

A romantic couple is shown in a white boat, with the woman in the foreground and the man behind her. They are both looking towards the right. The background is a soft, warm sunset over the ocean. The title 'Caricias entre kilts' is written in a large, elegant, blue script font across the middle of the image.

Caricias entre kilts



ÁNGELES VALERO
ZAHARA C. ORDÓÑEZ

Sucedió en Escocia 3

Selecta



Caricias entre *kilts*

SERIE

Sucedió en Escocia 3

Ángeles Valero

Zahara C. Ordóñez

Selecta

*A todas las mujeres que, como Aylin,
no lo creen, pero que son fuertes y valientes.
Y a los hombres que las valoran
y acompañan.*

Capítulo 1

Aylin

Ser escocesa y adorar las tormentas viene de la mano.

Baileaghràid era un lugar tan bello como salvaje. En el pueblo, enclavado en una bahía y rodeado de bosque, las tormentas podían significar estar aislado durante días. Sin embargo, yo las amo. Todo mi ser es capaz de sentir la paz cuando los rayos iluminan la oscuridad de la noche y los truenos son tan potentes que no te dejan escuchar tus propios pensamientos. Por eso cuando esa noche cerré mi despacho en la fábrica de telas, de la que soy dueña, disfruté de la vuelta a casa a pie, a pesar del frío.

Sentía en mí ser cómo se iba fraguando la tormenta. El ambiente empezaba a cargarse de una electricidad familiar, las olas eran mucho más altas cuando crucé el último puente, provocando que las aguas del río estuvieran revueltas.

El río que separa el pueblo de Eilean Mo Chridhe, el castillo, suele discurrir manso y calmado por su cauce. En otra época fue todo un peligro, provocando inundaciones. Como aquella famosa noche negra en los años sesenta del siglo pasado, cuando inundó la fábrica y por poco perdimos todo lo que mis ancestros habían construido. Desde entonces las cosas habían sido difíciles, luchando constantemente para recuperar una posición y un prestigio que llevaba años en la cuerda floja.

Cerré la puerta de casa en el momento justo en que el primer trueno silenciaba el mundo con su sonido. Dispuesta a pasar una gran noche en el calor de mi hogar, sentada en el sillón leyendo alguna historia de miedo. Antes de ir a mi habitación para cambiarme de ropa, decidí encender la chimenea.

Había diseñado un coqueto rincón de lectura entre la chimenea y la ventana. Unos estantes de madera oscura iban de suelo a techo llenos de toda clase de libros. Justo enfrente de estos, un sillón orejero rescatado de la casa de mi abuela, el cual había retapizado yo misma con mucho éxito, tenía que reconocerlo. Aprovechaba sobradamente la ventajosa posición de la vivienda, situada en uno de los montículos que bordeaban el bosque; desde el sillón, podía ver no solo mi

amada fábrica de telas, sino también el pueblo, el viejo faro e incluso una parte del cementerio de los olvidados. Ese que se había ido formando durante los siglos anteriores y alberga los cuerpos de maleantes y mujeres de vida alegre. Algunas personas pensarían que aquello era siniestro o incluso un problema. A mí me parecía una vista panorámica que valía millones y la había obtenido prácticamente gratis, porque era la casa de la bruja.

Sonreí al recordar esas palabras, y es que así la llamábamos desde pequeños. Cuando, inmersos en nuestros juegos infantiles, corríamos por el pueblo y evitábamos incluso pasar cerca; la de historias macabras que pueden inventar las mentes despiertas de cinco niños.

Mi madre no fue bendecida con más hijos, pero yo tuve la suerte de crecer junto a cuatro personas a las que llamar «hermanos». Mis dos primos, Evans y Bryden, a los que adoro, y dos niños del pueblo, Logan y Olivia, que, por cercanía y edad, siempre incluíamos en nuestros planes.

A día de hoy, Olivia es mi mejor amiga, mi confidente, la persona que guarda todos mis secretos sin importar cuán oscuros o vergonzosos sean. Como ese verano, cuando le confesé que creía estar enamorada de su hermano.

Un escalofrío me recorrió entera, el salvaje y petulante Logan McLean. Por suerte fue solo un problema de hormonas revolucionadas y soledad, que se solucionó casi inmediatamente cuando mi querido primo Evans trajo algunos compañeros de estudios, a cada cual más apuesto, a pasar unos días.

Y es que, con dieciocho años, yo podría no saber mucho del amor, pero lo que sí que tenía claro era que no podía estar enamorada de ocho chicos a la vez, ¿o quizá sí? En todo caso, fue en esa época cuando empezó mi estudio exhaustivo del amor y del hombre escocés, que dura hasta día de hoy.

Con el fuego encendido, me levanté para ir al dormitorio y ponerme un pijama. Me di una ducha con agua caliente y busqué el más cómodo sin importarme que fuera también el más viejo. La Aylin que iba siempre impecable podía descansar diez horas, hasta que le tocara volver a vestirse de mujer empresaria y guerrera. Fui a la cocina y preparé un buen tazón de caldo, esa sería mi cena. Ese mediodía había ido con el capataz de la fábrica a la posada de Logan a comer, y aún estaba llena. Adhara, su madre, cocinaba como los ángeles. Me recordaba a las viejas comidas familiares, cuando todo iba bien y éramos unos niños inocentes que solo pensaban en jugar y en evitar la casa de la bruja.

Con la taza humeante entre mis manos me dirigí al salón, el fuego ya crepitaba con brío y la tormenta mojaba los cristales. Desde allí podía ver el agua del mar, la que las olas al chocar contra las rocas del acantilado alzaban hasta hacerla confundir con la lluvia. Y entonces una luz llamó mi atención, en medio de esa noche oscura y fría, un parpadeo fugaz cerca del faro. Giré todo mi cuerpo en esa dirección y observé. Seguramente se trataba de algún reflejo provocado por un rayo, o quizá un coche de regreso a casa.

El faro llevaba años abandonado, y al igual que sobre mi casa, sobre él pesaban muchas

leyendas. Aunque la más horrible de todas fuese precisamente cierta, pobre Seelie Drummond, qué final más horrible.

Con esa historia en mente le di un sorbo al caldo. Sentí cómo me templaba el cuerpo. Las cercanías del faro seguían oscuras, nada interesante, definitivamente se había tratado de un reflejo extraño. Dispuesta a seguir con el plan, fui hacia el sillón; estaba a punto de sentarme cuando de pronto volvió a aparecer. Pero esta vez no fue fugaz, fui capaz de ver claramente una luz. Una luz que se movía, subiendo y bajando. El tazón se me cayó de las manos, rompiéndose y esparciendo todo su líquido por el suelo, salpicando mis acolchadas botas de ir por casa. Observé la luz, sin parpadear. Pequeña y verde, parecía titilar como las de las velas, un fuego de color esmeralda que subía y bajaba. Entonces, el viento comenzó a hacer de las suyas, porque esos sonidos extraños que empecé a escuchar no podían ser otra cosa que el viento unido a la antigüedad de la casa.

Un rayo restalló en el cielo, iluminando el bosque y emitiendo sombras de lo más tenebrosas. Instantes después, un trueno que sonó más que nunca. Juro que escuché pasos que hacían crujir las maderas de las escaleras.

Traté de convencerme de que nada de eso era real. Solo fruto de mi mente agotada por trabajar con facturas pendientes y de una imaginación despierta y retorcida. La misma que años atrás inventaba historias para asustar a Bryden y Olivia. Completamente autosugestionada intenté calmarme, pero, entonces, esa maldita luz volvió y no se conformó con quedarse en un segundo plano, esta vez lo hizo andando por encima de una de las partes derruidas del faro, saltando de pedrusco en pedrusco invitándome a seguirla.

Aterrada no fui capaz de pensar; salí corriendo hacia la puerta con un solo objetivo, coger la chaqueta y acudir al único lugar que en ese momento consideré seguro: la posada de Logan.

De pequeños, aquella distancia nos parecía abismal, la casa de la bruja era la última vivienda del pueblo y estaba muy apartada. En realidad, siempre estuvo a menos de media milla de la posada. Un paseo de apenas diez minutos, que en ese momento hice en tres y medio. Nuevo récord personal y sin importarme ir en pijama y pantuflas. Lo único que necesitaba era tener gente cerca, escuchar las voces de los amigos y olvidarme de esa maldita luz verde que me tentaba desde el acantilado. Corrí tan rápido que no me di cuenta de que estaba sin aliento hasta que llegué a la puerta y la abrí de golpe haciendo que los asistentes me miraran confusos.

—Por Saint Andrew, prima, ¿qué ocurre? —Evans vino hacia mí y dejó que lo abrazase, me resguardé entre sus brazos cálidos y cariñosos—. Estás temblando.

—Es que...

Fue Logan, porque no podía ser de otro modo, el que se dio cuenta de mi aspecto.

—¿Vas en pijama? ¿Acaso tu casa está en llamas?

Esas palabras hicieron que media taberna se asomara por puerta y ventanas en la dirección de mi vivienda. Y no era de extrañar, pues de todas las cosas que podrían esperarse de mí, que saliera a la calle de forma desaliñada no era una de ellas. Sin embargo, el miedo que había

sentido instantes antes había sido tan real que poco me había importado si iba o no adecuada.

—He visto una luz —balbuceé como si eso lo explicara todo.

—¿Una luz?

Evans me miró desconcertado. Entonces una voz femenina que no esperaba dijo:

—Eso lo solucionamos con un buen lingotazo de agua de vida, amiga.

—¡Olivia! —Dejé los brazos de mi primo para tirarme sobre ella mientras reía a carcajadas—. No sabía que estabas aquí.

—Lo he pensado esta mañana y he venido sin avisar.

Volvimos a abrazarnos como si lleváramos años sin hacerlo, seguía con ese extraño miedo instalado en el cuerpo. Mi amiga debió sentirlo, pues intensificó el abrazo y en un aparte buscando mi oído dijo:

—¿Estás bien?

Le di un beso en la mejilla y respondí a la pregunta para que me escuchara también el resto de mis amigos, pues Evans seguía muy pendiente y a Logan, por mucho que hiciera bromas, también se le veía algo preocupado. Mis pintas y la que estaba cayendo fuera lo habían puesto sobre aviso.

—Siendo sincera, no sé por qué estoy así. Algo ha pasado en casa mientras veía esa luz en el faro.

—¿En el faro? —preguntó Evans—. ¿Estás hablando del antiguo faro?

—Sí, había una luz verde que subía por el faro y luego bajaba.

Los tres me miraron sorprendidos, mientras Alba nos observaba sin entender el porqué de mi estado. Me dejé guiar por Olivia, que me sentó en uno de los bancos corridos y Logan me sirvió un vaso con whisky, mientras se sentaba mirándome a la cara. Evans lo hizo a mi lado; y junto a él, Alba.

Estaba dando el segundo trago de licor cuando Logan no pudo esperar más y dijo:

—¿Estás diciendo que has visto en el viejo faro una luz verde que subía y bajaba?

—Eso he dicho, sí. —Resoplé frustrada—. Y lo peor de todo es que juraría que la he visto entrar, salir y después andar por la parte derruida hacía el acantilado.

—¿Pero solo una? —Quiso asegurarse Evans.

—¿No te parece suficiente una? —Se adelantó a responder Olivia, que ya no estaba tan feliz.

—A ver, es que... Bueno, lo diré yo, porque si todos estamos pensando en lo mismo, es una tontería callar. Los fuegos fatuos no son uno, son varios, así que...

—¿Fuegos fatuos? —intervino Alba—. ¿Eso no se da en los pantanos?

—Y en los cementerios —matizó Logan, que ya no reía.

—Sí, eso tiene sentido. Pero no entiendo el porqué de esas caras tan largas. ¿No se supone que son unas inocentes llamitas que te guían a tu destino?

Los cuatro la miramos como si de pronto hubiera empezado a volar. Fue Evans, el más racional y calmado, el que dijo:

—En la cultura gaélica son espíritus malignos que intentan perder al viajero. Pueden indicar un destino, pero es un destino malo.

—Vaya —murmuró.

La española ya estaba acostumbrada a ver cómo nosotros nos tomábamos muy en serio las leyendas y supersticiones, así que aunque pudo parecerle absurdo que pensáramos en ello, no dijo nada. Todo aquello, unido a la antigua leyenda del faro, desde donde, según la historia, Seelie Drummond había saltado al vacío, nos había dejado mal cuerpo.

Esta vez el silencio lo rompió Olivia, que me abrazó de nuevo y trató de reconfortarme.

—Esta noche duermes conmigo.

La miré y junté mi frente con la suya. Aunque ya éramos adultas no iba a ser la primera vez que compartíamos cama, pues de niñas se había quedado más de una vez a dormir en mi casa y yo en la de ella. Sobre todo cuando su madre hacía pastel de chocolate.

—Gracias.

Su hermano nos miró y una media sonrisa empezó a dibujarse en sus labios. Conocía perfectamente ese gesto, algo horrible iba a decir, y más siendo después del momento que acabábamos de pasar. Logan necesitaba hacer un chiste para que el ambiente se relajara. Dejar de creer en cuentos de viejas y poder volver a la realidad. Estirando el torso, llevó sus brazos a la parte trasera de su cabeza y con voz de suficiencia dijo:

—Vaya, vaya, querida Aylin McFàrach, así que al fin lo he conseguido.

Parpadeé confusa.

—¿Qué has conseguido exactamente?

—Recuerdo perfectamente lo que gritasteis en las hogueras de celebración después de mi participación en los primeros juegos.

Maldito, de todas las formas de salir de aquel momento de tensión tenía que escoger precisamente la que me dejaba en peor lugar. Aquello había ocurrido hacía casi diez años, en la época en la que creí que mis sentimientos hacia él iban más allá. Él acababa de cumplir los dieciocho y yo regresaba de mi segundo año de facultad, ese tiempo sin vernos lo había cambiado, estaba más guapo y el entrenamiento para su participación en los juegos había ensanchado su espalda hasta hacerla fuerte y musculosa. Estaba muy atractivo. Se había pasado toda la noche hablando con unas y con otras, coqueteando y mirándome de reojo. Cuando se cansó de retarme con las miradas se acercó hasta mí. Para ese momento, yo ya estaba más que cabreada con su actitud de pavo real y el alcohol tampoco ayudó a controlarme. Así que, cuando intentó decirme algo cerca del oído, no controlé mi reacción y lo único que me surgió fue decir con una voz bastante más alta de lo que me gustaba recordar: «Jamás me tendrás en tu cama, Logan McLean». Desde ese día, aquel momento había sido recordado en varias ocasiones incluso por mi parte. Sin embargo, allí estaba esa media sonrisa de ganador.

—Sabes exactamente que no me refería a una comprada por ti, sino a compartirla contigo, y mantengo mis palabras. Lo último que haré es dormir contigo.

—Eso te lo puedo asegurar —dijo jugando con sus cejas y provocando que fuera Evans el que saltara.

—¡Logan!

—¿Qué?! Después de tantos años aún no sé por qué dijo eso, lo mínimo sería explicármelo.

—Si quieres luego te hago un croquis, zoquete —dijo su hermana, furiosa—. Nos vamos a tu casa ¿vale?

—Te lo agradeceré.

Fue en ese momento, cuando Logan vio que aún necesitaba la compañía de Olivia esa noche, cuando se excusó a media voz y se retiró para recoger las mesas. Evans se levantó justo después, pero yo posé mi mano sobre la suya.

—Déjame a mí. Por mucho que peleemos aprecio a ese cabeza de chorlito.

Me levanté con toda la dignidad que mi atuendo nocturno me permitía y aproveché que estaba en uno de los recovecos para acercarme a él, acariciar su brazo y hacer que me mirara.

—Lo has visto de verdad —murmuró.

—Llevo toda la noche contándoos lo que he visto.

—Ya, pero hasta ahora creía que encontrarías una explicación.

—Y lo haré, pero no esta noche, y si Olivia se queda conmigo me sentiré reconfortada.

—Podéis quedaros aquí, la cama la compró mi padre, así que no romperás tu palabra.

Sonreí y lo abracé.

—Eres un idiota, Logan McLean.

—No permitiría que te pasara nada malo, por mucho que me saques de mis casillas, Aylin McFàrach.

—Lo sé y no creo que me vaya a pasar nada malo, pero sí que es verdad que algo he visto y que esta noche es complicada.

Rompimos el abrazo cuando me dio un beso en la mejilla. A pesar de ser dos años menor que yo, en ese momento era como si yo fuera su hermana pequeña, así me hacía sentir la mayoría del tiempo. Así de adulto podía ser Logan cuando adquiría ese gesto y se trataban los temas sobrenaturales.

—Habla mañana con mi madre, ella sabrá qué hacer.

—Te diré lo que hay que hacer, dejar de leer historias de terror antes de dormir y no tener tanta imaginación. —Le devolví el beso—. Hablaré con Adhara, te lo prometo, ir a ver a tu madre siempre me sienta bien. Es como una hora de terapia, pero con *scones* deliciosos.

—Tiene mermelada de moras recién hecha.

Su sonrisa fue dulce, le respondí ampliando la mía y dejando que volviera a abrazarme. Así era Logan, el fiel protector, el guerrero que lucharía hasta con maldiciones o fantasmas por sus amigos. Nada malo podría pasarnos si él estaba cerca y lo había demostrado a lo largo de los años.

Volvimos a la mesa con todos y aprovechamos un momento en el que la tormenta aminoró,

para irnos y dejar que cerrara. Olivia vino conmigo, me ayudó a recoger los restos del tazón que se habían quedado en el suelo, apagamos el fuego y fuimos a la cama.

—Tenemos que buscar un día para irnos de fiesta a Edimburgo, esto te pasa porque llevas meses aquí encerrada.

—No es verdad —protesté como si esas palabras hubieran pretendido atacarme.

—¿Crees que porque yo no he venido no lo sé? Me mantengo informada, se que desde Rodric no has vuelto a quedar con nadie. Y eso fue solo un tonto, además de eso hace meses.

—No es por él, Oliv. Rodric fue solo un pasatiempo, yo también lo fui para él, entre nosotros no había amor, simplemente una atracción que nos llevó a un par de escarceos.

—¿Entonces qué ocurre?

—La fábrica no va bien —reconocí, porque a ella no podía esconderle nada—. Los clientes importantes están desapareciendo, las deudas aumentan y la pésima gestión de mi padre sigue planeando sobre mí.

Tuvo la suficiente consideración para no preguntar por qué no dejaba que Evans me ayudara. Habíamos tenido esa conversación muchas veces y sabía perfectamente que mi primo, por mucho que a él le pesara, no era una opción.

—Todo irá bien —murmuró abrazándome.

Yo hundí mi nariz en su cabello. Olivia olía a caramelo como si el hecho de que su madre se pasara la vida cocinando dulces en casa hubiese impregnado su piel. Su aroma me trasladó a tiempos mejores, unos en los que solo temíamos a los fantasmas que venían de otro mundo y no a los reales de carne y hueso.

—*Oidhche mhath* —susurré.

La respuesta de mi amiga fue un ligero murmullo que entendí como un: «Buenas noches a ti también». Cerré los ojos y me dejé llevar por un profundo sueño.

Capítulo 2

Kenneth

Que en Escocia llueva no es una novedad, y que si eres escocés, o aprendes a vivir con ello o vivirás tus días como si fueran una maldición, tampoco. Bueno, no soy escocés, en realidad soy inglés, pero para el caso que nos atañe es lo mismo. Jamás he tenido problemas con la lluvia, he sabido vivir con ella. Nací un día de tormenta y algunos de mis mejores momentos han ido acompañados de su sonido, como mi primer beso y mi primera vez con una chica. Sin embargo, mi experiencia esa noche no servía de nada, la tormenta me había superado.

Sin duda había escogido el peor día para rehacer mi vida.

La cara de mi jefe cuando después de tanto tiempo me había plantado en su despacho para decirle que me cogía vacaciones, que lo había preparado todo para estar un mes fuera y el resto, hasta pasado el verano, de teletrabajo, había sido para enmarcar. Después de muchos tiras y aflojas lo había conseguido. Y es que el trabajo puede ser una vía de escape como cualquier otra, pero nada es eterno y con el tiempo tienes que volver a retomar esa parte de vida de la que has escapado. Normalmente la gente suele buscarse un *hobby*, algo que lo distraiga y con lo que pueda conocer a otras personas con sus mismas inquietudes. No lo digo yo, lo dijo mi psicólogo. El doctor Taylor, una grandísima persona que, cuando se enteró de que mi idea no era apuntarme a clases de baile sino reformar como vivienda un antiguo faro enclavado en un pueblo perdido de las Highlands, torció el gesto por primera vez desde que lo conozco.

—Kenneth, cuando dije que tenías que reconstruir tu vida, no me refería a un modo literal. Eres publicista, no arquitecto —dijo con la voz pausada que lo caracterizaba.

Aquellas palabras provocaron en mí una sonora carcajada. Le aseguré que no era mi intención rehabilitar el faro Lòchran solo con mis manos, y que pensaba contar con buenos profesionales. Con una pequeña obra podría estar viviendo allí en un corto periodo de tiempo. La zona de trabajo, y que en un futuro tenía pensado que fuera el comedor y lugar de esparcimiento con las mejores vistas al mar del Norte, costaría más. Durante los años de abandono había quedado más expuesta y derruida. Para esta zona sí necesitaba ayuda profesional. Por eso había hablado con

mi hermano, Aidan. Tenía un amigo arquitecto y podría ayudarme. Las partes fáciles las podría ir haciendo solo, de ese modo haría algo útil para el presente y para el futuro, esperando poder superar el pasado.

Había encontrado el faro navegando por internet en una de mis noches de insomnio. Había saltado de una web a otra, leyendo artículos que en ese momento me parecían interesantes, pero que en realidad no tenían nada de importante. Uno de ellos trataba sobre lugares extraños donde vivir, por lo visto en Egipto hay gente que vive en un cementerio. El caso fue que la cadena de enlaces me llevó a una entrada de un blog que hablaba sobre personas solitarias y junto a ese había otro: «Lugares poco conocidos para hacer una escapada desde Edimburgo». Lo tomé como una señal, era lo que necesitaba si quería sentirme dueño absoluto de mi vida y no solo parte de ella.

Si se me permite añadir algo en mi defensa, diré que, al salir de casa esa mañana, el cielo prometía sol y noche estrellada. Una defensa floja, lo admito, pues eso en Escocia, donde en pocas horas podemos vivir las cuatro estaciones, no te garantiza nada. Después de dejar mi casa lista y de avisar a Aidan de que tal vez habría momentos en los que estaría incomunicado, subí las maletas al coche y puse rumbo a mi aventura.

El camino directo desde Edimburgo es de poco más de una hora, eso si no te paras cada cierto tiempo a investigar los alrededores. Otra señal de que no estaba en el mejor de mis momentos. Lo sensato habría sido llegar con luz al faro, comprobar que todo funcionaba bien, tal y como me habían asegurado en la agencia. Una vez hecho esto, podría perder todo el tiempo del mundo en contemplar el paisaje. Sin embargo, yo lo hice al contrario. Entreteniéndome más de la cuenta en mi viaje, llegué cuando ya era de noche y los primeros rayos caían en medio del mar. Desde ese momento las cosas empezaron a encadenarse de manera catastrófica. La electricidad de la vivienda no funcionaba y en medio de lo que ya se preveía una tormenta de las gordas solo pude encontrar un antiguo farol, el cual, por alguna gracia del destino, aún funcionaba.

Pero si pensaba que lo peor había sido aquello, estaba muy equivocado, mi mejor idea llegó cuando quise encontrar el generador, porque por alguna razón no quería dormir en ese lugar sin tener luz. No es que duerma con la luz encendida, pero había algo en ese impedimento de poder ver en mitad de la noche que no me hacía gracia. Por eso salí completamente desorientado y justo cuando más agua caía. Desde luego, si mi intención era partirme la crisma y salir en los periódicos de todo el país como la muerte accidental más absurda, estaba sumando puntos por momentos: «Hombre se parte la crisma al intentar encender un generador».

No solo no encontré lo que buscaba, sino que además me giré el pie provocando una caída que me magulló la mejilla y por poco me partió el brazo. Vencido y completamente empapado decidí poner fin a mi patético primer día de aventura.

Volví a la vivienda, con un plan establecido: dejaría el farol cerca de la cama; y de ese modo, si necesitaba luz, la tendría a mano. La voz del amigo de mi hermano me llegó clara cuando al entrar en lo que había preparado como mi habitación vi cómo encima de mi cama caían dos

buenos regueros. «Kenneth, no te fíes nunca de una construcción antigua». Casi pude escuchar su risa cuando, agotado, me dejé caer en la silla y esta se partió dando con mi trasero en el suelo.

Frustrado, congelado y avergonzado, salí de allí. Entré en el coche y puse rumbo a la población. En mis investigaciones había descubierto una posada; y aunque no eran horas de ir a ningún lado, seguro que entendían que se trataba de una emergencia.

Aparqué cerca, cojeando llegué a la entrada. Estaba cerrada. Sin pensarlo dos veces empecé a llamar al timbre y golpear la puerta, como si mi vida fuera en ello, y en parte así era. Si no abrían me tocaría pasar el resto de la noche en el coche y con esa temperatura y mi estado podría amanecer congelado. Una nueva forma de aparecer en los periódicos: «Publicista aparece congelado en su propio coche al intentar reconstruir su vida».

Por fin, después de varios minutos llamando a la puerta, vi cómo se encendía una de las luces de la planta baja y poco después me abrió la puerta un hombre. Tenía más o menos mi edad, el pelo, negro como la noche, deshecho. Vestía una bata a cuadros grises y negros atada a la cintura y su cara de pocos amigos me hizo tragar saliva.

—Dime que el pueblo entero se está inundando —dijo con una voz fuerte y seria.

—Buenas noches. Disculpe las molestias, me llamo Kenneth Murray y necesito una habitación.

El hombre frotó sus ojos con el puño y carraspeó. Debía tener una pinta patética, porque después de mirarme de arriba abajo un par de veces, dio un paso atrás y me dejó pasar.

—Me llamo Logan. Las habitaciones cuestan ochenta libras, incluye desayuno, que se sirve hasta las nueve en este comedor. Debido a lo intempestivo de la hora le tomaré los datos mañana, pero pagará en efectivo ahora.

—Sin problemas. Muchísimas gracias, Logan —dije temblando por el frío.

Cerrando la puerta se dirigió a la barra donde tenía también las llaves de las habitaciones y me facilitó una.

—Subiendo la escalera, primera puerta a la izquierda, es la mejor que tengo en estos momentos.

—Será excelente, solo necesito una ducha caliente y una cama mullida. —Saqué el dinero y lo dejé sobre la barra—. Aquí tiene, ¿quiere mi identificación?

—No será necesario. ¿Quiere que le prepare un té para entrar en calor?

—¿Un vaso de whisky?

Hizo media sonrisa pese a que aún estaba medio dormido. Se giró y dejó sobre la barra un vaso y dos pequeñas botellas de una marca local.

—¿Cuál de las dos prefiere?

Las observé antes de decidir, escogí la del tapón azul, el otro parecía ser ahumado y una buena decisión para otro día.

—Me quedo con esta.

—Perfecto entonces. Si no necesita nada más...

—No, ha sido muy amable. Muchas gracias y buenas noches.

—Buenas noches.

Subí por las escaleras de madera con una moqueta granate hasta el primer piso. Un pasillo adornado con dos lámparas de pared antiguas daba la bienvenida al visitante. Frente a mí, un aparador de madera oscura con un espejo; giré a mi izquierda para toparme con una pesada puerta de madera con un signo grabado en ella, el mismo que colgaba del llavero. Abrí para encontrarme una habitación de tamaño medio. En el centro, una cama con dosel sobre una alfombra redonda, una pequeña chimenea junto a la ventana, la cual daba a la misma calle por la que había accedido. Entre la cama y la chimenea, un secreter hacía las veces de escritorio y lugar donde dejar las pertenencias, y un sillón tapizado con los mismos tonos granates y hueso que dominaban la estancia.

Me di la ducha, serví el whisky y me tumbé arropado en la cama, disfrutando de la lluvia que golpeaba las ventanas. Con ese sonido cerré los ojos y me dejé llevar por el sueño.

Capítulo 3

Aylin

Como suele ser habitual, la luz del sol trajo sensatez a todo lo vivido la noche anterior. A pesar de que me encontraba completamente repuesta, gracias a un sueño más que reparador y que reconocer lo ocurrido me daba un poco de vergüenza, no había nadie mejor que Adhara para hacerlo.

Por eso, esa mañana al despertar fui con Olivia a ver a su madre y ella consiguió calmar todos mis pesares. Un buen tazón de té con *scones* recién hechos rellenos de mermelada de mora y una charla con su voz calmada eran toda la medicina que necesitaba.

La familia McLean siempre había tenido una conexión especial, un sexto sentido el cual les había garantizado más de un rechazo en otra época, pero que a mí, aficionada como era a todo lo místico, me atraía sin remedio. Ya desde niña podía pasar horas escuchando a Adhara contar historias, se sabía las mejores y no tenía ningún reparo en hablar de fantasmas o seres mágicos.

Fue ella la que me aficionó a las novelas de terror y mis estanterías eran una muestra de ello: Bram Stoker, Mary Shelley, Poe o Robert Louis Stevenson habían sido solo algunos de mis compañeros de aventuras. Las tardes de tormenta tumbada en mi cama leyendo sus historias, algunos de mis recuerdos más queridos. Cuando me ponía a leer, el resto del mundo desaparecía, quedando solo yo y las letras. No había otros problemas más que los ocasionados por la ficción.

En esas horas, mi cabeza podía olvidar que mi padre era un ludópata que había perdido casi todo nuestro dinero y que, frustrado porque mi madre le había cortado el grifo, se dedicaba a difamarla y perder lo único que ella podía conservar: nuestra amada fábrica de telas. Nunca me asustaron Drácula, el Hombre Lobo o el Doctor Jekyll, el verdadero monstruo de Frankenstein, pues desde muy temprano conocí a los de verdad. Seres como Cailean McFàrach, que lo único que supo hacer bien fue morir de forma rápida y sin causar más daños que los que hizo en vida. A pesar de todo, mi madre lloró su pérdida. Una mujer enamorada de un crápula, incapaz de aceptar en lo que se había convertido el hombre de su vida. En ocasiones, después de alguno de mis muchos desengaños amorosos, me preguntaba si no pesaría sobre nosotras una maldición

que nos hacía dar nuestra vida por hombres que no la merecían.

Aylin McFàrach, la doble maldita, no puede montar a caballo por parte de padre, no encontrará una buena pareja por parte de madre.

Con esos pensamientos y muchos otros llegué a mi despacho, situado en el piso superior de la fábrica, allí me volví a encontrar con la realidad, la de unos números cada vez más rojos y menos negros.

Agnes, la capataz de la fábrica y mi mano derecha, entró en el despacho. Siempre tenía la puerta abierta, no quería que mis empleados me vieran como alguien ajeno e inalcanzable para ellos. Si había alguien que buscaba el bien de la fábrica, incluso más que yo misma, esos eran todos ellos. Habitantes de Baileaghràid que tendrían que abandonar su hogar si la fábrica cerrara. Pues esta, junto con la destilería de Logan y Evans, eran los dos negocios fuertes de la zona. Muchos de nuestros jóvenes se habían ido a Edimburgo en busca de una vida mejor; no obstante, muchos otros habían decidido quedarse y poner de su lado para que las cosas avanzaran hacia un futuro más moderno y adaptado a los tiempos. Por ellos y por los más ancianos que lo habían dado todo. Por esa gente, me levantaba a diario y perdía mis noches y tiempo de descanso. Me aferraría con uñas y dientes a todo lo que hiciera falta, para no fallarles.

—Buenos días, jefa.

Chasqueé la lengua ante el tratamiento.

—Agnes, necesito buenas noticias, porque he pasado una noche horrible, dime algo positivo.

—Está bien. —Se sentó en la silla frente a mi escritorio, lo cual seguía sin ser buena señal—. El último pedido que enviamos a Nueva York ha llegado sin problemas y el cliente está satisfecho, tanto que ha dado la palabra de que pronto realizará otro.

—Eso es estupendo.

—Madeline está recuperada de su accidente y según le dijo el doctor pronto le darán el alta, por lo que podremos contar con ella para la preparación y organización de la apertura de la tienda el día de los juegos.

Madeline era la mujer de Agnes, después de años disfrazando su relación de amistad, por fin, hacía diez, las dos se armaron de valor para confesarle al mundo que se amaban y este las acogió como se debe, como a dos personas que muestran su amor. Después llegó la ley que tanto deseaban y su boda fue una gran fiesta en Baileaghràid, todo el pueblo participó de ella. Eran dos mujeres muy queridas de nuestra comunidad.

—Eso es aún mejor que lo anterior. Me alegro mucho por ella y por ti.

—Gracias, Aylin, sé que lo dices de corazón. —Ambas sonreímos ante el cambio de tratamiento. Cuando lo personal asomaba ya no era jefa, era Aylin y me trataba como a una de sus sobrinas. Con dulzura y cariño.

Madeline, al igual que Agnes, era una fiel empleada. Hacía un mes se había caído saliendo de la ducha y se había lastimado un brazo. Desde entonces sufría su ausencia a diario. En los últimos cuarenta años ella había sido la encargada de organizar el papel de la fábrica en los

juegos que todos los veranos se organizaban en el pueblo y en todas las Tierras Altas. Un evento en el que, además de algunas competiciones deportivas, se mostraba nuestra cultura y gastronomía. Un escaparate perfecto donde lucirse y mostrar al mundo de lo que éramos capaces.

Agnes me miraba en silencio, había algo más, algo que le dolía tener que decirme.

—¿Qué ocurre?

—Es precisamente sobre los juegos, jefa. Anoche estuve mirando números, y aunque estamos siguiendo un buen camino, estos van a ser determinantes.

—¿Qué quieres decir?

—Que necesitamos que esa promoción sea la mejor de todas para poder tirar de ella y sacar más ventas.

—Pero con los últimos clientes la cosa había mejorado.

—Sí, eso es cierto; sin embargo, desde que...

Calló, porque las dos sabíamos lo que iba a decir.

Desde que Scott, mi última pareja estable, me la jugara por última vez, la cosa había estado más que complicada. No solo se había encargado de humillarme como novia, siéndome infiel repetidas veces en sus viajes de negocios, sino que además, cuando me enteré y decidí romper nuestra relación, se dedicó a robarme los clientes con mentiras y malas artes.

—Scott —murmuré y ella afirmó con la cabeza.

Ese era el ex por el que debía preocuparme y no Rodric, como había dicho ayer Olivia. El pobre no había hecho nada; sin embargo, Scott... ese era el demonio en persona.

—Ya nos estamos recuperando de su última treta, aun así, es el momento de mostrarle al mundo que todo lo que dice no son más que embustes y falacias.

—Lo haremos, te doy mi palabra, Agnes, de que lo haremos. Resistiremos este bache como llevamos haciendo desde que esta fábrica se creó.

—Lo sé, jefa, lo sé. Por eso estamos aquí, porque la primera en estar siempre al frente es usted. Lucha por nosotros como tiempo atrás lo hicieron todas las generaciones de su familia. —Carraspeé y ella chascó la lengua—. Él también lo hizo. Al final le ganó la adicción y lo convirtió en algo horrible, pero hubo buenos tiempos a su mando. Era un buen jefe y un buen negociador.

—Agnes...

—Lo sé y jamás llegaré a perdonarme no haberme dado cuenta antes de lo que os estaba haciendo a ti y a tu madre.

—No eres responsable.

—Un poco sí, pero del mismo modo que te digo esto, te aseguro que hubo una buena época, cuando él aún era joven, cuando eras muy pequeña para recordarlo. El padre que conociste, ese que te traía hasta aquí a caballito y que te presentaba a sus empleados diciendo con orgullo: «Algún día serás la dueña y te tratarán igual de bien que a mí». Ese padre existió.

—Lo sé y haces bien en recordármelo de vez en cuando.

—Bueno, jefa, ya ha pasado mi tiempo de descanso, vuelvo a mi trabajo.

—Gracias, Agnes, por todo. Por tratarme como a una jefa, pero hablarme como a una hija.

—Pase lo que pase, somos una familia.

Salió colocándose la boina y dejándome sola con los mails y llamadas de los proveedores y clientes, mientras mi cabeza daba vueltas a sus palabras: los tejemanejes de Scott seguían ocasionando problemas.

Era completamente de noche cuando decidí que ya había hecho suficiente por ese día. Apagué la luz del escritorio, moví la espalda estirando los brazos al techo e hice círculos con la cadera. Estar tanto tiempo sentada frente al ordenador estaba causándome dolores. Me puse el abrigo, pese a estar casi en junio, pues las mañanas y las noches eran frías, me aseguré de que estaba todo cerrado y salí.

Anduve despacio, era una preciosa noche estrellada, en el cielo no había ni una nube, como si la terrible tormenta de la noche anterior no hubiera sucedido. Así era la vida, las cosas pasaban y muchas veces por muy fuertes que fueran en su momento no dejaban marca a su paso. Ninguna tormenta dura eternamente. La luz de la luna llena ayudaba a ver en las zonas menos iluminadas del camino.

Me habían dicho muchas veces que realizar ese paseo de vuelta a casa podía ser peligroso. Que siempre salía de trabajar demasiado tarde como para ir sola de una parte del pueblo a otra y mucho más atravesando el bosque, pero tenía que confesar que era el mejor momento del día. Algunas personas buscan música relajante y un lugar especial para meditar, yo lo hacía en ese momento. Además, la criminalidad es algo que solo vemos en los periódicos.

Allí lo máximo que había ocurrido en todos mis años de vida había sido el robo misterioso de algunas ovejas y el causante acabó confesando por presión popular. En ese entonces no habíamos necesitado llevarlo frente a la justicia. Después de la confesión devolvió los animales y todo el pueblo se negó a prestarle servicios. Se le hizo un vacío total, incluso algunas personas fingían no verlo y le lanzaban cubos de agua sucia desde las casas, con la excusa de que iban a limpiar la calle. Finalmente, el legítimo dueño de los animales entendió que ya había pagado por su delito y la normalidad volvió para todos.

Así era el lugar en el que me había criado, un pueblo pequeño en el que la gente podía andar por la calle, dejar abiertas sus casas e incluso olvidar sus pertenencias en algún lugar público pues siempre acababan encontrándolas.

Por eso, cuando esa noche vi de nuevo aquella maldita luz verde en medio del bosque, la sangre se me congeló. Aquello no era posible. Temblando por el miedo logré esconderme detrás de un árbol.

Controlando la respiración, para no delatar mi presencia, me asomé. La distancia era mínima, y pese a que no tenía cerca ninguna farola pude distinguir perfectamente una forma humana portando un farol.

—Ahí tienes tu explicación, Logan. Es un maldito farol —murmuré como si él estuviera a mi

lado.

De pronto la luz desapareció y escuché una voz masculina lanzando una maldición. Su portador se había lastimado, seguramente con alguna de las piedras que sobresalían de las tumbas y que, si no conocías bien el terreno, con la escasa luz acababan por hacerte caer.

Entonces otro miedo peor que el de la noche anterior, pues este era muy real, me atenazó. ¿Qué hacía esa persona a esas horas rondando el cementerio de los olvidados? Seres tan ruines en vida que no merecían ser enterrados en sagrado, pero aun así dignos de un plácido descanso eterno.

Petrificada por el miedo, me aseguré de estar bien guarecida detrás del tronco, necesitaba ver a esa persona para poder delatarla frente a las autoridades. En mi cabeza solo había una razón válida para lo que estaba ocurriendo y es que tenía frente a mí a un ladrón de cadáveres, como aquel del que hablaba el bueno de Robert Louis Stevenson en su libro.

Lo primero era dar la voz de alarma, después esperaría observando, cavar en busca de un cuerpo debía llevar su tiempo. Si no me delataba lo pillarían en plena acción.

Sin embargo, todo eso se me olvidó en cuanto la luz volvió a aparecer y reconocí la zona en donde se encontraba, cerca de la tumba de Seelie Drummond. Habrase visto mayor ofensa que esa. Lo último que merecía la buena de Seelie era que tres siglos después robaran su cadáver. La rabia y la furia sustituyeron al miedo e incluso lo vencieron, porque ya no veía nada más que las ganas de que ese ser pagara por sus actos. Me agaché buscando un arma con la que defenderme y amenazar para mantenerlo en su sitio mientras llegaban las autoridades. Por supuesto al primero que iba a llamar era a mi primo Evans, él vendría con un par de hombres del pueblo, podrían detenerlo y evitar que huyera. Otra opción era Logan, pero si llegaba a enterarse de lo que pretendían hacer con su querida antepasada, ya no hablaríamos de robo, hablaríamos de asesinato y el culpable sería mi amigo.

Lo único que encontré cerca de mí fue una enorme piedra que agarré con todas mis fuerzas; estaba buscando el móvil para realizar la llamada cuando la luz volvió a aparecer mucho más cerca de lo que esperaba y provocó que el aparato se me cayera al suelo delatando mi presencia.

—¿Quién anda ahí? —dijo la voz con un leve acento que no supe identificar.

Guardé silencio, podía ser un sonido provocado por un animal, aún tenía una oportunidad. Agachándome despacio recuperé mi teléfono. Entonces él dio un paso en mi dirección y volvió a gritar.

—¿Quién anda ahí?

Aterrada porque estaba cada vez más cerca decidí salir de mi escondite, mostrar mi arma y salir corriendo de ahí en busca de ayuda.

—Estoy aquí, y como te muevas aunque solo sea un poco te juro que te rompo la crisma con esta piedra.

Lo alumbré con la linterna del móvil y él se cubrió los ojos con la mano libre. Vi entonces a un hombre alto, cubierto de tierra, con los pantalones rasgados. No tenía pinta de ser un

maleante, más bien un vagabundo.

—Tranquila, no me moveré, pero, por favor, ayúdame a encontrar el camino.

—¿El camino? —pregunté, porque lo último que había esperado era que ese desconocido me pidiera ayuda.

—No soy de aquí. He salido a pasear al atardecer, me he desorientado y estoy completamente perdido.

—¿Cómo sé que no mientes?

—¿Qué otra cosa estaría haciendo en mitad de...? No sé lo que es, pero lo último que he visto ha sido una cruz y espero que no sea un cementerio.

—Es un cementerio.

—Santo Dios —dijo a medio camino entre la queja y la culpa—. Entonces he tropezado con una lápida. ¿Qué voy a estar haciendo en un cementerio si no estoy perdido?

—Robando un cadáver.

Escuché la expresión de asco.

—¿Quién en su sano juicio pensaría tal cosa? Mira —levantó las manos mostrando que solo llevaba el farol—, ¿cómo iba a robar un cadáver sin una pala?

—Puedes haberla perdido —dije firme en mi tétrica teoría.

—Oh, por el amor de Dios. Me llamo Kenneth Murray, llegué aquí ayer por la tarde y te prometo que no pienso robar ningún cadáver. Solo necesito que me digas cómo encontrar el camino de vuelta a la civilización.

En medio de ese discurso me di cuenta de lo absurdo que estaba resultando todo. Bajé el foco de la linterna y, sin soltar la piedra, me acerqué.

—Puedes soltarla, no voy a atacarte.

—Eso no lo sé. Podrías ser un loco.

—Tú también. De momento, eres capaz de creer que robo cadáveres, y de los dos eres la única que va armada. No necesitas acercarte, solo dime hacia dónde queda la carretera que me llevará al pueblo.

Su voz me hizo ver que no mentía. Vencida por la lógica solté la piedra y di un paso más hacia él.

—Disculpa, en circunstancias normales somos mucho más hospitalarios. No suele haber gente a estas horas por aquí. Los visitantes se quedan siempre en las zonas más cercanas.

—Y los entiendo. Me he despistado, he ido a ver Clachan Draoidheil^[1], son lugares con una energía especial, sobre todo al atardecer. Me gusta visitarlos cuando voy a los sitios. Al volver he debido coger otro camino y de pronto estaba aquí. Prometo que si mi visita ha causado algún daño pagaré su reparación.

Sonaba sincero y le creí. Moví el móvil para apuntar a la tumba de Seelie, solo necesitaba saber que ella estaba bien.

—No te preocupes, estás en el cementerio de los olvidados y, como su nombre indica, nadie

los recuerda ya. Si es que alguien alguna vez lo hizo.

—A ellos sí.

Su voz sonó diferente. De haberlo conocido un poco más quizá habría identificado en él compasión, cariño e incluso dolor por la pérdida. Pero estaba alerta y atenta a otras cosas.

—Ellos son Seelie y Lucas. Nuestros amantes más queridos.

—¿Y entonces por qué están enterrados aquí?

—Es una larga historia. Vamos, la carretera está por aquí, ten cuidado que el camino no está tan limpio como debería.

Empecé a andar y él me siguió alumbrando con su farol, el mismo que el día anterior me había hecho salir en pijama de casa. Ese recuerdo me enfadó de pronto, algo más seca de lo que esperaba pregunté:

—¿Por qué tu farol es verde? —Cuando en realidad lo que quería saber era: ¿qué hacía en el faro la noche anterior en mitad de la tormenta?

—Es el que tenía en casa. ¿Algún problema?

—No, es que no es habitual. ¿Cuándo llegaste al pueblo?

—¿Eres la policía local? —dijo con un tono burlón que me hizo sonreír pese a que seguía algo reacia a relajarme.

—Disculpa, suelo ser más discreta, pero no es habitual recibir visitas en esta época y menos entre semana.

—Y encontrarlos en el cementerio debe serlo menos aún.

—Hay cementerios famosos que son lugares de interés.

—Eso es cierto, aunque nunca hice ese tipo de turismo. Podría ser una visita interesante, ¿tú has visitado alguno? ¿Irías a ver la tumba de alguien en especial?

—¿De un famoso? No. —Hice una pausa—. Bueno, no sé, nunca lo había pensado. ¿Tú sí?

—No fue exclusivamente por eso, pero una vez fui con unos amigos a visitar la Abadía de Dryburgh y allí está enterrado...

—Sir Walter Scott —murmuré.

—Eso es —dijo con un toque extraño en su voz, como si cupiera la posibilidad de que no supiera quién era uno de nuestros más ilustres escritores.

Las luces de un coche que pasaba por una carretera que discurría por la montaña cercana iluminó nuestros caminos, esto provocó una nueva pregunta que me sacó del hilo de pensamientos.

—¿Aquella es la carretera? ¿Tan lejos estamos? —preguntó sorprendido por su desastrosa excursión.

Me apiadé de él, perderse en el bosque debe ser una experiencia horrible. Frené y esperé a que llegara a mi altura, lo hizo con dos zancadas. Cuando se situó a mi lado me paré a observar, era un hombre alto de espalda ancha. Debido al tropiezo iba algo desaliñado y por eso antes me había parecido un vagabundo. Sin embargo, ahora que lo tenía más cerca, con la escasa luz del

farol podía apreciar una ropa elegante. Quizás demasiado para ir de excursión al bosque, eso me gustó. Hice una señal con la mano.

—Esa no es la carretera del pueblo. La que buscamos se encuentra al final de este camino, si te fijas ya se ven entre los árboles algunas casas. Solo tenemos que bajar por este camino y llegaremos a la carretera principal. ¿A dónde te diriges exactamente?

—Me hospedo en la posada que hay cerca de la plaza.

—En diez minutos estarás allí, seguro que Logan te recibe con un buen tazón de caldo caliente.

—Gracias. De algún modo tengo que pagarte tu ayuda, ¿y si son dos caldos y me cuentas quién fue Seelie y porque la queréis tanto?

No respondí, pero sí hice media sonrisa, tenía aún un trecho para decidir si aceptar o no esa invitación. Estaba por declinarla, el día había sido largo. Además, el fantasma de mi relación con Scott había vuelto a salir del baúl donde lo tenía encerrado y tenía la sensación de que cualquier decisión que tomara con él cerca sería un error.

En silencio llegamos hasta la plaza y vi en su rostro que ya identificaba el camino. Anduvimos hasta la puerta de la posada.

—Muchas gracias —dijo con el pomo de la puerta en la mano.

—No ha sido nada. Disculpa que te llamara «ladrón».

—Para ser sinceros, ¿qué otra cosa iba a estar haciendo a estas horas en un cementerio?

Los dos reímos abiertamente. La luz, ahora más intensa, debido a la farola que teníamos cerca y la ventana de la posada, me mostraba a un hombre joven, más o menos de mi edad, los rizos del cabello que se adivinaba pelirrojo caían despeinados sobre la frente. Los ojos eran claros y la nariz recta llegaba hasta unos finos labios. La mandíbula marcada lucía un poco de barba, señal de que era de los que se afeitaban, como a mí me gustaba.

—Estoy en desventaja.

Esas palabras hicieron que me diera cuenta de que todo ese análisis lo había hecho en silencio. Parpadeé y lo miré a los ojos.

—¿Cómo dices?

—Que estoy en desventaja, porque tú sabes mi nombre, pero yo no sé el tuyo.

Una tenue sonrisa se dibujó en mis labios, me gustaba su modo de proceder, primero con una invitación que al no ser aceptada de inmediato no había insistido. Ahora, intentaba llegar de otro modo y por alguna razón sabía que si seguía sin responderle tampoco insistiría. Sin embargo, esta vez sí lo hice.

—Aylin. Me llamo Aylin McFàrach.

Su sonrisa se amplió haciéndose más dulce. Alargó la mano hacia mí.

—En ese caso, gracias, Aylin McFàrach, por salvarme la vida.

Le estreché la mano, que a pesar del frío me resultó cálida y suave, un agradable cosquilleo me recorrió la espalda al sentir su contacto.

—Una noche al raso no mata a nadie.

—Una noche al raso, rodeado de tumbas, tal vez sí.

—Nah, son vecinos silenciosos. Los mejores en todo caso.

Los dos reímos.

—Ahora que has comprobado que no mentía, ¿aceptas mi invitación?

—La acepto, pero de momento no he comprobado nada, solo estamos en la puerta.

—Está bien, entremos y permanece atenta al detalle.

Abrió la puerta y todo el barullo de la posada llegó hasta nosotros. Casi inmediatamente Logan me confirmó que mi misterioso desconocido no mentía.

Capítulo 4

Kenneth

—Menos mal, ya creía que tenía que llamar a las autoridades, hace horas que saliste diciendo que volvías a cenar. ¿Qué te ha pasado?

El posadero vino hasta nosotros como si se tratara de una madre que recibe a su hijo adolescente después de una fiesta. Aliviado pero enfadado por el retraso.

—Me perdí. Tropecé con...

—Una rama del bosque, tenemos que limpiar mejor los caminos si no queremos que los visitantes se maten en un accidente.

Los dos miramos a mi salvadora. Aproveché la iluminación del local y la tranquilidad de haber llegado para fijarme en ella. Era alta, me llegaba casi por el hombro, rubia de ojos miel y rostro dulce. Llevaba un fino abrigo color camel hasta las rodillas y unas botas que, a pesar de ser adecuadas para el frío, contaban con un tacón altísimo. ¿Cómo había podido andar con ellas por el monte? Aquello sí que era un misterio.

Logan nos miró a los dos, parecía algo confuso, pero un mínimo gesto de ella lo hizo callar y seguir la conversación como si fuéramos dos clientes recién llegados.

—La mesa del fondo está libre, ¿qué vais a querer?

—Una cerveza y un poco de asado —respondió ella decidida, y yo me sumé a ese nuevo plan. Compartir con ella un caldo habría estado bien, pero una cena era mucho mejor.

Nos sentamos en la mesa que nos habían indicado.

—Si no te importa, voy a subir un momento a mi habitación a adecentarme, vuelvo en unos minutos.

—Claro, sin problemas.

No tenía muy claro cuál había sido su intención al cambiar de planes, pero fuera la que fuera no podía averiguarlo con esas pintas. Con la caída se me había roto el pantalón y tenía las manos llenas de tierra. Además, notaba cómo por la rodilla resbalaba la sangre del rasguño. Aquellas no eran formas de cenar con nadie y mucho menos con una mujer como ella. Cierto que no la

conocía, pero si de algo me valía haber trabajado en el mundo de la moda durante la mitad de mi carrera y tener a un hermano modelo era para identificar a los amantes de esta, y ella, pese a la sencillez de su atuendo, lo era.

Corrí al baño, comprobé que lo de la rodilla no era más que un arañazo y después me di una ducha rápida de solo dos minutos, me habría gustado repasar mejor mi aspecto, pero hacerla esperar más era de mala educación. Busqué unos pantalones azul oscuro y un suéter crema y volví a su compañía. Bajando las escaleras me descubrí ansioso e ilusionado por entablar una conversación. Recordé las palabras de Taylor, mi psicólogo, cuando empecé mis citas con él: «Algún día volverás a ilusionarte por conocer a una mujer y será un gran primer paso, mientras tanto no pienses en ese momento».

Había hecho falta mucho tiempo y trabajo, pero volvía a disfrutar de esas sensaciones esperando algo bueno y con ganas de descubrirlo.

Aylin me aguardaba sentada hablando animadamente con Logan, estaba claro que en aquel pueblo todos se conocían, pero por sus gestos ellos debían ser amigos cercanos.

—¿Está todo bien? —preguntó él cuando me senté.

—Sí, todo correcto, gracias.

Lanzándole una nueva mirada a su amiga, se fue. Una vez solos, Aylin me sonrió con dulzura. La comida y la bebida ya nos estaban esperando.

—Disculpa el retraso, estaba peor de lo que imaginaba y he tenido que darme una ducha rápida.

—Tranquilo, es normal, el batacazo ha sido grande. ¿Seguro que estás bien?

—Sí, mañana me dolerá algo más, pero solo tengo un arañazo en la rodilla. —Alcé mi jarra de cerveza y, brindando con ella, dije—: Por mi salvadora.

La sonrisa volvió a asomar y esta vez le llegó hasta los ojos. Unos preciosos ojos almendrados que brillaban como pocos enmarcados en unas largas pestañas negras. El escaso maquillaje ayudaba a realzarlos, así como unos sonrosados y tentadores labios.

«Paso a paso», dijo la voz de mi cabeza, «no puedes empezar a correr ahora después de llevar años gateando». Decidido a hacerme caso e ir averiguando un poco más de esa agradable desconocida pregunté:

—¿Por qué has impedido que le dijera dónde estaba?

—Lo has notado. —Afirmé llevándome un buen trozo de estofado a la boca—. Verás, Seelie es una antepasada suya; y si en el pueblo ya le tenemos cariño, Logan mucho más. Esto que te voy a decir es extraño, pero es como si él sintiera una conexión con ella, pese a que hace siglos que vivió.

—Lo comprendo.

—¿Sí?

—Visito la tumba de mi abuelo a menudo, pese a que no lo conocí. No sé la razón, pero me gusta ir de vez en cuando, sentarme frente a él y contarle cómo va mi vida. —Vi una expresión

extraña en su rostro y me adelanté a explicar—: Debe haber sido por el golpe que me he dado. De normal, no suelo hablar de visitas a cementerios hasta la cuarta cita.

Vi cómo evitaba sonreír ante mis palabras. Le dio un trago a la cerveza y, tratando de permanecer seria, dijo:

—Primero: esto no es una cita, la taberna de McLean no cuenta para las citas; y segundo: me gusta el tema de conversación. Nuestros antepasados son parte de nosotros; a veces somos lo que somos gracias a ellos, y otras, pagamos sus deudas. No veo nada extraño en decir que acudes a rendirles culto aunque solo sea de un modo informal y sin rezos. La gente suele olvidarlo, pero *hodie mihi, cras tibi*.^[2]

—Muy cierto. —Vi en su mirada que le había gustado no tener que explicar nada sobre esa expresión y por alguna razón el hecho de sumar ese tanto en mi haber me gustó. Me sentía bien allí sentado en esa taberna alejada del mundo compartiendo un asado sin mayor intención que conocerla—. Entonces, no te asustan los muertos.

—No, claro que no. Eso es una patraña sin sentido, ¿qué me van a hacer? Los que me asustan de verdad son los vivos.

—Muy inteligente, aunque me consta que sabes defenderte.

—No de todos —murmuró apartando la mirada por primera vez en la conversación.

—¿Ocurre algo?

Volvió la sonrisa forzada, la comprometida, esa que de no estar atento te hace creer que la persona está bien, pero no es así. La conocía bien, pues llevaba dos años viéndola en mi reflejo.

—Está todo correcto, no te preocupes.

—Entiendo que soy un desconocido que has encontrado en un cementerio. Por cierto, no me has dicho qué hacías tú por ahí, ¿sueles pasear de noche por la zona?

—Es mi camino de vuelta a casa. Trabajo en la fábrica de telas que hay al otro lado del río.

Afirmé con la cabeza, sabía de qué fábrica me hablaba.

—La vi en el plano cuando descubrí la posada. ¿Y de qué trabajas?

—Podríamos decir que soy la dueña, una herencia familiar, pero no quiero seguir hablando del tema.

Su tono fue amable pero cortante.

—Disculpa nuevamente, soy demasiado curioso. Te agradezco que aceptes cenar conmigo, pero no me gustaría que te sintieras obligada.

—Al contrario, disculpa tú, es una pregunta normal, pero es un tema delicado para mí. No me siento obligada a cenar contigo. Si fuera así, te habría condonado la deuda por el rescate. Solo necesito que regresemos a la anterior conversación.

Acepté su propuesta volviendo a darle un trago a la cerveza.

—Está bien, hablaremos de tumbas y cementerios. ¿Cómo es que encuentras a alguien perdido y lo primero que piensas es que está robando un cadáver?

—Eso es culpa de Robert Louis Stevenson y *El ladrón de cadáveres* —dijimos los dos a la

vez, y una mirada cómplice nos acercó un poco más—. ¿Lo has leído?

—¿Por quién me tomas? Por supuesto que lo he leído, soy un gran aficionado al género.

—¿Lo dices de verdad?

—¿Acaso podría ser de otro modo viviendo en Edimburgo? No hay una ciudad con más misterios y leyendas.

Y esa sencilla afirmación nos mantuvo hablando toda la cena. Después de dar buena cuenta del asado y de una tarta de frutos del bosque deliciosa. Encargamos otra cerveza, esta vez acompañada por un vaso de whisky, y nos trasladamos a unos de los sofás que hacían más agradable y hogareña la estancia.

—Así que has visto decenas de veces *La cumbre escarlata* y *El retrato de Dorian Gray*.

—Así es —respondió orgullosa alzando el mentón—. Me sé hasta los diálogos.

—Claro, porque las has visto por eso, no tiene nada que ver con Tom Hiddleston y Ben Barnes vestidos como dos hombres del siglo XIX, ¿verdad?

Sus ojos me confirmaron no solo que llevaba razón, sino además la sorpresa por haber sido descubierta.

—¿Qué sabes tú de eso?

—Poca cosa, lo justo para saber que son dos actores estupendos y que ojalá pudiera tener la voz y el temple de ambos.

—No creo que te haga falta ninguna de las dos cosas.

Fue mi turno para sorprenderme, aquella afirmación se alejaba mucho del tono en el que habíamos estado conversando hasta el momento. La vi enrojecer de golpe.

—Perdona, yo...

—No hay nada que perdonar, en todo caso agradecer. —Noté cómo se removía en el sillón, señal de que haber llegado a ese tema en la conversación la incomodaba, así que regresé al punto de partida—. ¿Quién crees que hace mejor de villano, Ben o Tom?

Aceptando mi capote, pero sin abandonar el tono dulce con el que había respondido antes, dijo:

—Me gusta más Tom, sin ninguna duda.

—Como he dicho, no soy un experto en la materia, pero ya imaginaba esa respuesta.

—¿Prefieres a Ben?

Y entonces fui yo el que puso la chispa, pues si algo había aprendido en los últimos tiempos era a conocer mis reacciones; y cuando ella había intentado jugar y avanzar me había gustado y ahora quería más. Me sentía aterrado por una parte, pues no había previsto que aquello ocurriera en ese momento. Sin embargo, una parte de mí entendió de algún modo que así era y dejé que ganara. Me incliné levemente y, buscando mi voz más sensual, si es que tenía de eso, dije:

—Preferiría que me dijeras cuál de las cualidades de ellos crees que tengo y por qué.

Vi en su mirada que esta vez no estaba incómoda, que se había repuesto ya de sus palabras. Con media sonrisa en los labios y un tono juguetón respondió:

—Pues tenemos un problema, no sé cuál de los dos es más vanidoso.

—Empezaste tú.

—Sí, porque tienes ese acento inglés que me pone nerviosa.

—Eso no es verdad, no tengo acento inglés. —Alzó una ceja—. ¿Tengo acento inglés? Pero si lo he camuflado muy bien a lo largo de los años. Mis compañeras dicen que parezco un verdadero escocés.

—Tus compañeras quieren llevarte a la cama a base de mentiras.

Y ese descaró consiguió sacarme una sincera carcajada.

—¿Tú crees?

—Por supuesto. ¿Cómo iba a saber yo que no eras escocés de no ser así?

—Cierto, entonces, aclárame una cosa. —Hice una pausa dramática y tomé un pequeño sorbo de whisky para aclararme la garganta. Mirándola fijamente a los ojos, agravando la voz y buscando mi acento más correcto, dije—: ¿Mi acento te pone nerviosa para bien o para mal?

Se mordió el labio inferior y yo acepté la respuesta positiva. No iba a seguir por ese camino, al menos esa noche. Tenía por delante quince días de vacaciones y un futuro no muy lejano para ir poco a poco conociéndola y acercándonos, pero era agradable estar de nuevo en ese tira y afloja. Sentirse deseado y desear. ¿Cuánto tiempo hacía que no deseaba siquiera rozar otros labios? Demasiado. Aylin estaba siendo un descubrimiento delicioso.

Capítulo 5

Aylin

Guapo, elegante y descarado. Kenneth Murray estaba resultando ser un hombre diseñado para llevarme a la perdición. Porque además de todas esas cualidades, parecía compartir conmigo ese gusto extraño por el terror gótico.

Cuando había propuesto que escogiera entre Tom y Ben, mi cerebro no había tardado ni medio segundo en imaginarlo como ellos en esas películas, con los rizos pelirrojos engominados hacia atrás y sus ojos azul claro mirándome con deseo. Medio segundo después lo que había en mi mente, pero de un modo tan claro que parecía real, era la imagen de un elegante lord escocés, con las botas hasta los gemelos, los calcetines azul marino y un *kilt* que combinaba el azul claro y el oscuro. No voy a fingir que me avergüenzo, pues estamos hablando de mi imaginación y en ella está todo permitido. Por eso reconozco que no llevaba más vestimenta que esa y estaba arrebatador.

Le habían bastado solo un par de horas para meterse en mis fantasías, pero es que al abrirse la puerta de la taberna, había descubierto a un hombre muy atractivo, por eso el cambio de tazón de caldo a cena completa. Por eso, y porque en todo el camino de regreso no había nombrado a ninguna mujer, y cuando uno se pierde, lo primero en que piensa es en avisar a sus seres queridos que está bien. Además, Logan me había informado de que se hospedaba solo. No obstante, y a pesar de todas esas pistas, necesitaba que él me dijera que no existía otra esperándolo. Aunque eso, como había descubierto en otras ocasiones, pudiera ser mentira. Fijé mi mirada en sus profundos ojos azules y algo me dijo que esta no sería una de esas veces, que ese hombre no sería perfecto y quizá no era el adecuado, pero no me iba a mentir.

Envalentonada, tomé el último sorbo de whisky y después apuré la cerveza, su pregunta seguía en el aire: «¿Mi acento te pone nerviosa para bien o para mal?».

—Aún no lo he decidido.

La sonrisa franca que se dibujó en sus labios me animó a seguir con mis intenciones, me acomodé en el sofá, ahora sin bebida, me apoyé lateralmente en el respaldo, doblé el codo y

descansé la mano en mi mandíbula mientras doblaba la pierna bajo la otra, preparándome así para seguir con aquella agradable conversación.

—Y dime, misterioso visitante con acento inglés, ¿estás aquí por trabajo o de vacaciones?

—Estoy de vacaciones.

—¿Solo?

—¿Acaso se necesitan más personas?

Me enderecé como si de pronto el sofá estuviera en llamas, si aquello no era rehuir una pregunta directa que bajara Dagda y lo viera.

—Siento haber vuelto al tema personal.

Me miró extrañado por mi reacción.

—¿Qué ocurre?

—Me acabo de dar cuenta de que se ha hecho tardísimo, será mejor que me vaya.

De pronto, todas las partes de mi ser necesitaban salir de allí, ni siquiera esperé a que Logan viniera a traer la cuenta de la cena para hacer el teatro en el que él me invitaba y yo me negaba porque era una mujer del siglo XXI. Le hice una señal indicando que al día siguiente yo pagaría mi parte y, balbuceando un «buenas noches», me puse el abrigo y salí.

Había sido todo tan rápido que cuando llegué a la calle, él aún estaba en el sofá. Había salido con suficientes capullos como para no ver las banderas rojas y rehuir una pregunta tan sencilla como esa era una de las grandes. De las que decían: «Tengo una relación en la ciudad, pero no te enterarás de esta hasta que un día abras Instagram y me veas con ella. Pensarás que te he engañado, pero después descubrirás que la otra eres tú. También puede ser peor, tal vez te lleve a pasar un fin de semana romántico a mi coqueta casa en Inverness y entonces aparezca ella, porque es mi prometida y la dueña».

Había andado dos pasos cuando la puerta de la taberna volvió a abrirse y Kenneth me llamó:

—Aylin.

Me giré para ver cómo detrás de él salía Logan. La parte mala de llevar a un chico a la taberna de McLean es que resultaba como ir a casa de tus padres en la primera cita, ninguna intimididad. La buena, que si alguno se ponía bravucón tenía guardaespaldas personal.

Le hice un gesto a mi amigo indicando que estaba fuera de peligro, al menos físico, y esperé a que Kenneth me alcanzara.

—¿Qué acaba de pasar?

—Que te he preguntado algo sencillo, como si estabas de vacaciones solo, y has preferido sortear a responder con claridad —respondí con calma. Pues aunque había sonado como excusa, era verdad que era tarde y no quería alertar a los vecinos cercanos.

—Yo no he sorteado nada, he respondido legítimamente. No necesitas a nadie para irte de vacaciones, ¿no has viajado sola nunca?

—No, y sabes perfectamente que mi pregunta no iba con esa intención. No quiero un discurso de empoderamiento personal, en el que se hable de los buenos momentos que puedes tener en

soledad. Vivo sola desde hace años, sé perfectamente lo que es, y créeme, me aferro a ello con uñas y dientes.

—¿Podemos volver dentro? Hace frío y no creo que sea una conversación para tener en mitad de la calle.

Nueva señal de que tenía que salir de allí antes de que esos ojos siguieran embrujándome. ¿Qué conversación? La respuesta que pedía era corta y sencilla.

—No voy a volver a entrar y te agradecería que siguieras siendo tan formal como hasta ahora, regresaras solo y te olvidaras de cualquier cosa que hayas podido pensar o creer que pasaba mientras hablábamos, porque...

—Sí, viajo solo y no porque me guste, sino porque estoy solo. ¿Es lo que querías saber?

Y el dolor que había en aquellas palabras me dejó paralizada, porque aunque parecían buenas noticias no se sentían como tal.

—Yo...

—Sí que debes de haber coincidido con verdaderos cabrones si has saltado de ese modo. Habría contestado de forma rápida, porque no tengo nada que esconder, pero esa pregunta lleva a otras que, siendo sinceros, no me apetecen en este momento.

—Como cuando yo te he dicho que cambiáramos de tema en la cena.

—Así es.

—Siento la escena, pero como has dicho: ya voy sobre aviso con este tipo de cosas, me han pasado muchas y he saltado sin miramientos.

—Lo comprendo. ¿Todo aclarado?

Sonreí mucho más tranquila.

—Sí, gracias.

—No es nada. Y ahora dime: ¿qué has querido decir con eso de «lo que hayas pensado durante la cena»?

Abrí los ojos de golpe y menos mal que la luz mortecina de la farola no alumbraba lo suficiente, pues en ese momento mis mejillas ardían. Él soltó una carcajada y se volvió mucho más arrebatador.

—Nada, no he querido decir nada.

Entonces, y solo entonces, cuando me supo segura, cuando percibió que mis ganas de huir se habían agotado, dio un paso hacia mí acercándose mucho más, rozando su hombro con el mío, bajó la cabeza hasta estar cerca, pero aún conservando cierta distancia, y con su voz profunda dijo:

—Es una lástima, porque he pensado muchas cosas esta noche.

Esas palabras lograron excitarme más que muchos besos, incluso más que muchos preliminares. El coqueteo discreto y elegante de Kenneth estaba consiguiendo que cayera en una red invisible. Carraspeé incapaz de decir nada, porque lo único que deseaba en aquel momento era romper la distancia y besarlo. Sin embargo, recogiendo toda la fuerza de voluntad de la que

carecía, lo impedí. No iba a ceder, no al menos tan pronto, esta vez me frenaría para conocerlo mejor.

Y como si todo aquello no hubiera pasado, volvió a retroceder a una distancia correcta, sin invadir mi espacio personal, sin que me sintiera amenazada, pero sí tentada. Con una voz menos sensual, pero más cálida, dijo:

—¿Puedo acompañarte a casa? Como has dicho, es tarde y no quiero que te pase nada malo.

—En este pueblo lo máximo que te puede pasar es encontrarte a un forastero perdido en el cementerio.

Rio alegremente.

—Iré tirando miguitas de pan para poder regresar a mi habitación.

—Está bien, me fío porque no vivo lejos y es un camino recto.

Emprendimos la marcha, juntos, pero sin tocarnos, andaba a mi lado haciéndome una grata compañía. Al llegar a la valla de mi casa, dio un paso atrás despacio, como si le costara alejarse, como si, al igual que yo, hubiera sido capaz de pasar toda la noche hablando allí fuera, junto a la verja.

—Gracias por acompañarme, buenas noches.

—A ti por dejarme hacerlo, buenas noches.

Con un leve gesto de cabeza se dio la vuelta y deshizo sus pasos. Contemplé su camino, recreándome en la amplitud de su espalda y en su elegante manera de caminar. Antes de entrar saqué el móvil y le mandé un mensaje a Logan para que no lo matara cuando lo viera entrar, pues sabía que aunque se había venido conmigo, mi amigo no estaba tranquilo después de mi modo de actuar.

Aylin

Ha sido un malentendido. Está todo bien.

Perdona el susto y las formas.

Logan

Operación «Meterle en la habitación una ardilla rabiosa» suspendida.

Aylin

Ja, ja, ja. Eres el mejor.

Logan

Solo protejo lo que me importa.

Ya tengo aquí a mi huésped, buenas noches.

Aylin

Buenas noches.

Entré en casa suspirando. Esa noche dormí con una sonrisa en los labios que tardó mucho en desaparecer.

Capítulo 6

Kenneth

Mi reacción ante la huida de Aylin me había dejado clara una cosa: esa chica empezaba a importarme.

Ver su cara en ese momento y escucharla balbucear la excusa de la hora me habían hecho sentir mal. En otra ocasión tal vez me habría despedido cortésmente y olvidado ese encuentro en un par de días; sin embargo, sentí verdadera curiosidad por esa mujer.

El camino hasta su casa lo hicimos en silencio, como si ya no tuviéramos más que decir, pero no pudiéramos despedirnos. Era un silencio calmado de dos personas que están cómodas en la compañía de la otra y no necesitan mucho más.

Llegamos hasta una coqueta casa, con una verja de madera que limitaba la entrada y un pequeño jardín que decoraba el acceso. La luz de la luna mostraba unas enredaderas en los pilares del porche dándole un toque hogareño pese a la soledad de su ubicación.

Llegamos a la puerta y nos miramos frente a frente, no había nada más en la oscuridad de la noche que el brillo de sus ojos. La fría luz de la luna destacaba el color miel de los de ella. Conteniendo el impulso de retirar uno de sus mechones rubios y romper así la barrera física, di un paso atrás; pese a que todo lo vivido esa noche con ella había surgido de forma natural, sentía la necesidad de frenar en ese instante. Avanzar deprisa sería el peor error que pudiera cometer.

Curiosamente, el único momento extraño de todo lo vivido fue ese: la despedida. Nuestro tono era dulce, delatando las ganas de seguir juntos, aunque esta vez ganó la lógica y con un tierno «buenas noches» emprendí mi camino de regreso a casa.

Cuando llegué a la posada, Logan colocaba los últimos vasos en su lugar, balbuceé un saludo y me dirigí a las escaleras. Su manera de protegerla cuando ella había salido me decía que era algo más que un amigo. Un protector al que, en caso de acercarme más, debería tener en cuenta.

Cambiando de opinión, pues siendo sincero después de lo ocurrido esa noche iba a tardar mucho en dormirme y era preferible tomármelo con calma, me acerqué a la barra.

—Disculpa, ¿podrías ponerme un vaso de ese maravilloso whisky tuyo? Planeo una noche de

lectura en mi habitación y me gusta acompañar las letras con algo de bebida.

Sin mediar palabra puso un vaso en la barra y se giró buscando la botella. En ese instante, ante su última mirada, sentí la necesidad de aclarar que la huida había sido solo un malentendido.

—Lo que ha ocurrido antes...

Levantó una mano haciéndome callar y obedecí. Con voz muy seria, alzando la mirada del vaso, dijo:

—Ya sois mayorcitos. Soy el único lugar público donde los jóvenes del pueblo pueden venir a tomar algo y conocer a otras personas, mi obligación es no meterme. Dejar que la gente se relacione como si no viese nada.

—Gracias, pero no creas que no te he visto salir detrás de mí hace un momento.

Su media sonrisa me hizo sonreír también.

—Eso también forma parte de mi trabajo. Cuando una chica dice que no, es que no y no hay mucho más que decir.

—En eso estamos completamente de acuerdo. Ha sido...

—Un malentendido. Sí, me he dado cuenta.

Terminó de servir la copa, bastante más generosa de lo habitual, y dijo:

—Que tengas una buena lectura.

—Gracias, buenas noches.

Solo en la habitación, cogí el libro que al llegar había dejado guardado en la maleta. Una historia de terror escrita por un conocido, se inspiraba en los clásicos para trasladarlos a la actualidad. Me senté en la cama y, dándole pequeños sorbos al licor, fui metiéndome en sus líneas, dejando que la sensación de calidez del líquido ambarino al bajar por mi garganta se mezclara con los recuerdos de los roces ocasionales con Aylin.

Pronto el libro dejó de tener todo interés y en lo único que podía pensar era en ella. En su manera de arrugar la nariz cuando estaba en desacuerdo, en su forma de pasarse un mechón de pelo por detrás de la oreja cuando necesitaba concentrarse en algo; y pese a todas las contradicciones que estaba viviendo en mi interior, tenía clara una cosa: deseaba volver a pasar una noche tan maravillosa como esa en su compañía.

Con la sensación extraña de la ilusión, esa vieja conocida que llevaba años sin sentir, cerré el libro, apagué la luz y me dispuse a dormir.

Al día siguiente todo siguió el plan establecido. A primera hora llegaron los obreros al faro y poco después empecé a recibir visitas de vecinos curiosos que querían saber qué estaba ocurriendo. Cuando llegué a la posada a comer, todo el mundo parecía seguir mis pasos.

—Así que no eres solo un visitante —dijo Logan sirviéndome un plato de estofado.

Sentí que le había mentido, aunque no había sido mi intención. Tan acostumbrado estaba a vivir en la ciudad que no había pensado en la reacción de esas gentes al tener un nuevo miembro en una comunidad tan pequeña.

—No pensé en aclarar mi condición de vecino —reconocí bajando la mirada algo

avergonzado.

Estábamos los dos en la barra, el salón estaba vacío, supongo que sería algo normal al tratarse de un día de diario y que se iría animando a medida que cayera la noche, como había pasado el día anterior.

—Somos un pueblo pequeño y unido. Nos gusta saber lo que ocurre en él, aunque soy partidario de no meterme en la vida de nadie. No voy a negar que ha sido toda una sorpresa descubrir que habían comprado el faro.

—Fue una venta rápida.

—Y tanto, ni siquiera le diste tiempo al viejo Jason de venir a pavonearse de ella.

—¿Jason?

—El dueño de la inmobiliaria —aclaró tomando asiento frente a mí y acompañándome en la comida.

Tragué la primera cucharada de aquel delicioso guiso.

—Ese debe ser el problema. Yo no hablé con ningún Jason. La persona que me atendió se llamaba Kevin, era algo mayor que nosotros, pero desde luego no tanto como para llamarlo viejo.

Su rostro mostró el desconcierto que esas palabras le ocasionaron.

—No sabía que Jason ya estuviera jubilado, últimamente están cambiando muchas cosas.

Suspiró y se llevó una cucharada de guiso a la boca. Lo masticó lentamente como si de pronto se hubiera sumido en los recuerdos de un tiempo mejor. Lo observé comer con parsimonia, y entonces una idea fugaz cruzó por mi mente. Fue tan repentina que la cuchara se cayó de mis manos. El ruido del metal golpeando la loza hizo que Logan volviera a prestarme atención.

—Logan... —dije titubeando y él movió la cabeza como signo de que siguiera. Carraspeé porque una parte de mí me decía que lo que estaba pensando no tenía mucho sentido, y sin embargo la otra lo veía con toda la sensatez del mundo—. Crees... bueno, es que no sé cómo decirlo, pero...

—No le dijiste a Aylin que eras el nuevo dueño del faro y ahora te estás preguntando si se enfadará.

—Eso es.

—Sí, se enfadará, y si quieres evitarlo lo mejor es que seas un poco sensato. Yo que tú, iría a última hora de la tarde a la fábrica con la excusa de invitarla a una cerveza. Lo mejor es que seas tú quien se lo digas o de lo contrario vendrá y te cortará la cabeza.

—En realidad no lo preguntó ni salió el tema.

Me miró alzando las cejas e hizo una carcajada profunda y ronca.

—Estás muerto. Ha sido un placer conocerte, Kenneth Murray. Habría sido bonito presentarte a Evans e incluso retarte a un duelo de espada en los juegos. Te recordaremos como un valiente.

—No es justo.

—Justo o no, ayer ocultaste información, porque seguro que en medio de esa charla que os traíais podrías haberle dicho la naturaleza de tu visita.

Gruñí para mis adentros porque estaba en lo cierto y él sonrió.

—Ánimo, no es tan fiero el león como lo pintan.

—¿Cómo dices?

—Es una frase que dicen mis amigos españoles, si lo prefieres tengo otra: «Valor y al toro».

—Arrugué la nariz en desacuerdo y él volvió a reír escandalosamente—. Mejor, porque como sepa que le ocultaste cosas y encima crees que es una vaca serás el nuevo fantasma de esta posada y ya tenemos bastante con el Barón.

—¿El Barón?

—Ya hablamos de él otro día. Tengo que ir a ver cómo están Mantequilla y Mora.

Acepté con la cabeza, esa mañana había descubierto que en las cuadras, además de sus caballos, a los cuales cuidaba con esmero, en ocasiones pasaban la noche diversos animales. Por lo que me había dicho uno de los obreros que era lugareño, Logan no se creía dueño de ellos, pero los cuidaba como tal. Mantequilla y Mora eran dos vacas marrones de las Tierras Altas, él las adoptó siendo terneros porque estaban perdidas; y ahora, aunque ya tenían los cuernos igual de grandes que mi brazo, seguían yendo a verlo y a pastar en las cercanías. Como los viejos amigos que siempre vuelven a visitarte. Terminé mi plato y subí a mi habitación.

A última hora de la tarde me dirigí hasta la fábrica de telas. Admiré el maravilloso paisaje que encontré por el camino y me reafirmé en la buena decisión que había tomado al mudarme, pues a cada paso que daba, me confirmaba que Baileaghràid era un lugar maravilloso.

Al llegar dudé qué hacer, no tenía su teléfono para avisarla de mi presencia; por suerte vi que en uno de los laterales de la fachada, había una pequeña puertecita con un cartel arriba que indicaba: «Tienda». Entré y la chica detrás del mostrador me miró con cara de pocos amigos y no era para menos, estaban a cinco minutos de cerrar y yo era el turista inoportuno. Aun así, su expresión cambió rápidamente y me dirigió una amable, aunque falsa, sonrisa.

—Buenas tardes, ¿en qué podemos ayudarlo?

—Buenas tardes. Verá, soy Kenneth, un amigo de Aylin, y he venido a verla sin avisar, ¿podría decirle que me encuentro aquí?

La chica parpadeó confundida, como si de pronto me hubiese puesto a hablar en otro idioma. Entendí que debía llevar poco en el negocio y que no sabía muy bien cómo tratar ese tipo de situaciones. Volvió a sonreír y se giró para dirigirse a la puerta que tenía tras ella y que claramente era la trastienda.

Mientras, me dediqué a pasear por el comercio. Grandes estantes de madera envejecida por los años mostraban al público cientos de tejidos con los que poder confeccionar el famoso *kilt* escocés. Aunque en los últimos tiempos, la gente utilizaba esas telas para todo tipo de prendas. Una de las precursoras de ese resurgimiento había sido la famosa diseñadora Vivienne Westwood, lo sabía porque era mi tarea saber esas cosas y porque mi hermano había trabajado para ella en diversas ocasiones. De pronto me vi allí con Aidan, seguro que le gustaría ver aquel lugar que parecía haberse detenido en el tiempo. Podía imaginarlo cogiendo los diferentes

colores y llevándoselos a la cara, preguntando cuál le quedaba mejor e incluso encargando el *kilt* del clan Murray. Debido a Vivienne y sus últimos trabajos, a Aidan le había dado por todo lo escocés y no dejaba de repetir que necesitábamos un tartán, como emblema de nuestra familia. El rostro de mi abuelo paterno se ponía rojo de rabia cuando lo escuchaba decir eso y él reía con todo el descaro que le proporcionaba su juventud.

—Kenneth, qué agradable sorpresa.

Giré al escuchar la voz de Aylin. Portaba un primaveral vestido azul celeste que le aportaba luz a su rostro, con un fino lazo blanco por debajo del pecho. De él salía la falda haciendo que la prenda tuviera un vuelo especial. El pelo rubio caía en bucles por sus costados y el conjunto se terminaba con unos zapatos de tacón del mismo tono del vestido. Estaba arrebatadora.

—Hola, he creído que ya habías trabajado suficiente por hoy y vengo a invitarte a una cerveza.

—¿Donde McLean?

—Sí, nada de citas, solo dos amigos tomando cerveza —dije con un tono risueño mostrándole que recordaba lo aprendido el día anterior.

Vi la duda en su rostro y me obligué a mostrar mi expresión más cautivadora. Me di cuenta entonces de que la chica que había ido a buscarla no había vuelto, era el momento de atajar la conversación y evitar malos entendidos. Di un paso en su dirección situándome en su costado.

—Antes de que digas nada, necesito decirte una cosa.

—¿Ocurre algo?

—No, pero ayer hubo algo que no te conté y hoy me he dado cuenta de que tal vez es importante. —Se tensó, como era de esperar, pues si no quería ponerla sobre aviso lo estaba haciendo de pena.

—¿Qué no es importante?

—Cuando dije que estaba de vacaciones...

—Lo sabía, no estabas solo, acabas de romper y solo es un...

La frené acariciándole el brazo.

—Espera, no es lo que tú crees. Respira.

—Respiro, no he dejado de respirar en todo este tiempo. Pero si has venido hasta aquí para darme malas noticias, mejor podrías habértelas ahorrado, no tienes que darme explicaciones.

—En eso estamos los dos de acuerdo. No tengo que hacer nada, pero aun así, aquí estoy. ¿Puedo decirte lo que he venido a decir? —dije en tono serio, pero calmado.

Como había ocurrido la noche anterior, Aylin subía todas sus defensas cuando sentía que algo no encajaba y, lejos de enfadarme, me provocaba ternura e incluso pena. ¿Cuánto daño le habrían hecho en el amor para actuar como un animal herido protegiéndose con uñas y dientes? No podía imaginar la clase de mentiras y engaños a los que estaría acostumbrada.

Bajó la mirada en señal de aceptación y yo cogí aire, aquello no era malo, por lo que me dejaría de rodeos y le daría la noticia.

—Soy el dueño del faro.

Alzó la mirada con una ceja enarcada.

—¿Cómo has dicho?

—Que estoy aquí de vacaciones, eso es verdad, pero no es toda la verdad. Soy el dueño del faro y mi intención es restaurarlo para convertirlo en mi vivienda habitual. En pocas palabras, soy tu futuro, extraño, vecino.

Su expresión pasó de la sorpresa a la diversión, subió la mano para taparse la boca y que no viera que se estaba riendo.

—¿Te parece gracioso?

—Me parece muy dulce e inocente que creas que no lo sabía ya.

—¿Lo sabías?

—Esta mañana no se hablaba de otra cosa en la fábrica. No estaba segura de que fueras tú, porque en los rumores eras el doble de Sam Heughan.

—Ahora entiendo la sorpresa de tu trabajadora, siento la decepción que se ha llevado, esperaba ver a un hombre sexy y arrebatador.

—Es lo que ha visto, y además dulce y considerado.

Me acerqué un poco más y rocé con cuidado el dorso de su mano, ella bajó la mirada a mis labios, se humedeció despacio los suyos y volvió a mirarme a los ojos. Tuve que tragar saliva, porque ese gesto tan sutil había despertado en mí un deseo por años apagado. Permanecí quieto, sin saber qué hacer, luchando con el deseo de besarla y a la vez sintiendo que era un estúpido por ello. Cogí aire y, soltándolo despacio, dije:

—¿Me concedes esa cerveza?

—Por supuesto. Vengo ahora mismo.

Desapareció por la misma puerta que la dependienta y yo me volví a quedar solo. Podría haber caído en la culpa de no haber aprovechado el momento para besarla; sin embargo ahora sabía que ese instante existiría, tarde o temprano volvería a ocurrir y me encontraría preparado y sin dudas.

Cuando volvió fue apagando todas las luces a su paso. Abrió la puerta de la tienda y salió al exterior, me paré a mirar dentro.

—¿Y la chica?

—Está dentro contándoles a su grupo de amigas que el hombre apuesto y misterioso que compró el faro ha venido a ver a la jefa. Esto me va a costar una semana de rumores.

Bajé la cabeza riendo.

—Lo siento, no esperaba tanta expectación.

—Sí que es verdad que has vivido siempre en la ciudad. Somos un pueblo pequeño, ¿cómo pensabas que íbamos a aceptar al nuevo sin examinarlo?

Me paré en el quicio de la puerta, Aylin me miró extrañada. Pasé con parsimonia la punta de mi lengua por mis labios, jugué con mi mirada dirigiéndola a sus labios y después a sus ojos, y con la voz profunda que tanto le había gustado la noche anterior dije:

—¿Eso estás haciendo tú? ¿Examinarme?

Noté cómo empezaba a ponerse nerviosa, tiró suavemente de la chaqueta de punto fino que llevaba y después desvió la mirada al interior de la tienda, como si quisiera comprobar algo. Lo único que hacía era rehuir mi pregunta.

Di un paso hacia el exterior acercándome a ella, recuperando la posición que habíamos tenido antes entre los *kilts*, rozando mínimamente el dorso de su mano con mi índice. Entreabrió sus labios dejando escapar un suspiro, se giró buscando los míos y fui yo el que tragó saliva. No estaba preparado para ese beso, desde luego que no, pero lo último que iba a hacer era impedirlo.

Aylin eliminó toda distancia, un mínimo paso pegó su cuerpo al mío, se puso de puntillas; y cuando sus labios estuvieron a punto de rozar los míos, escuchamos un relincho justo detrás de nosotros. Ambos dimos un salto ante lo inesperado de ese poderoso sonido. Fue ella la que se ladeó rompiendo así toda la tensión.

—Cally Berry, eres la yegua más celosa e inoportuna del universo.

Sonreí ante el tono de reproche empleado, como si pudiera entenderla y tal vez fuese así, pues el animal bajó la cabeza y pateó la tierra con la pata delantera derecha como si se avergonzara de su treta. Esto hizo que Aylin riera, se acercara a ella y le palmeara el cuello mientras con voz dulce decía:

—Ven aquí, preciosa mía. ¿Quién te ha sacado del establo? ¿Ha sido Agnes?

—¿De quién es? —pregunté acercándome.

—Es mía.

—Ah, ¿te gusta montar?

—No exactamente. Las mujeres McFàrach no cabalgamos.

Esa poderosa afirmación me dejó algo confuso, era una generalización muy extensa como para tratarse de una cuestión de gustos. Sin necesidad de riendas, ya que la yegua no portaba, la guío hasta la parte trasera de la fábrica donde había unos establos.

—Se llama Cally Berry por la diosa protectora de los animales, ¿verdad?

—Sí, así es —respondió con una sonrisa—. Poca gente entiende el nombre sin que lo explique.

—Me alegro de estar en el otro grupo.

—Cally llegó a mí un día de tormenta. Apareció de pronto en mi jardín trasero. No era más que una potrilla asustada, estaba desnutrida, se le marcaban las costillas, y si no la hubiera acogido habría muerto.

—¿Y su madre? Entiendo que sería una yegua salvaje.

—Sí. Unas semanas después, Logan encontró un cadáver devorado por los carroñeros, entendimos que era ella. Les pedí a los chicos que me ayudaran a adecentar estos establos, hacía años que no se utilizaban. Menos en noches de tormenta, dejo la puerta abierta por si su instinto le pide salir, pero siempre regresa a mí.

La dejamos en su sitio y Aylin se aseguró de que tuviera paja fresca y agua.

—Vale, bonita, estás preparada para la noche. —La yegua movió la cabeza para rozarse con su

cuerpo y ella la abrazó—. Sí, yo también te quiero mucho. Mañana te traeré dos zanahorias, pero ahora no llevo ninguna encima.

Salimos y emprendimos el camino hacia el pueblo.

—Así que tienes una yegua que cuidas como si fuera tuya, pero en realidad no es tuya.

—La cuido como se debería cuidar a todo el mundo. Preocupándome por ella, pero dejando que escoja su camino.

—Como Logan con Mantequilla y Mora.

Soltó una carcajada.

—No lo había pensado, pero ahora que lo dices sí, en eso McLean y yo somos muy parecidos, nos gusta cuidar de los nuestros, pero les dejamos su espacio para escogernos a diario.

—Me parece una de las mejores formas de querer.

Su mirada me dijo más que cualquier discurso. El camino que nos restaba hasta la posada lo realizamos en silencio.

Capítulo 7

Aylin

Volvimos a pasar una noche maravillosa, sin mayor objetivo que conocernos y dejar que la tensión entre ambos fuera creciendo. Un juego extraño en el que llevaba tiempo sin participar, pues siempre había avanzado de forma rápida en mis relaciones entendiendo los tira y aflojas como una pérdida de tiempo. Con Kenneth la cosa era diferente, me sentía bien con él y los pequeños avances eran mucho más tentadores.

No iba a mentir, esa mañana al enterarme de la venta del faro y unir las pistas sobre el nuevo dueño, me había sentido engañada y algo celosa. Sobre todo, cuando las chicas habían empezado a alabar su porte y atractivo. Sin embargo, esa vez la frialdad ganó a mi temperamento y recordé que en el momento que había podido salir el tema, yo había dejado la taberna. Además, ¿quién era yo para exigir nada? Apenas nos conocíamos de unas horas, aunque hubiésemos conectado bien. Pero al verlo dispuesto a explicar lo ocurrido, sin necesidad, pero solo para no causar un malentendido, todas las barreras se bajaron de golpe. Del mismo modo que las banderas rojas se habían disparado la noche anterior, las verdes lucían ahora con mayor esplendor.

Sin pretenderlo, esa invitación creó una rutina, y en los días sucesivos, la visita de Kenneth marcaba el final de la jornada. Christin me avisaba con una risita de su llegada por el interfono que comunicaba mi despacho con la tienda, y yo recogía todo a la velocidad de la luz. Esperaba ansiosa la llegada de ese momento para ir a la posada y hablar durante horas de cualquier tema.

La mayoría de las ocasiones cenábamos cualquier cosa que Logan nos sirviera, otras el cansancio nos hacía terminar antes, pero en todas me acompañaba hasta casa. Se despedía de mí con un inocente beso en la mejilla, el cual poco a poco se iba acercando, no sabía si intencionadamente o por accidente, hasta la comisura.

El viernes, unas horas antes del final de la jornada, Agnes vino a mi despacho con cara muy seria.

—¿Qué ocurre?

Antes de hablar cogió aire llenando sus pulmones y, tras soltarlo poco a poco, dijo:

—Está controlado, pero hemos sabido cuáles son los próximos negocios de Scott y no te van a gustar.

Una mano invisible me ató la boca del estómago. ¿Qué más le quedaba por hacer a aquel ruin? Me lo había quitado todo.

—Has dicho que está controlado.

—Sí, eso he dicho, porque es verdad. Aun así tienes que saberlo.

—Está bien.

—Ha subido la demanda de producto a nuestro principal proveedor y este nos ha mandado un comunicado, no puede servirnos.

—¿Cómo dices?

—Él es ahora su mayor cliente y tiene que renunciar a alguien, no puede abastecer a los dos. El aire empezó a faltarme, ella me miró con cariño.

—Es un golpe, pero no va a conseguir hundirnos.

—¿Estás segura? Porque ahora mismo me veo contra las cuerdas.

—Porque no te he contado una parte. Hace unos meses que estoy en negociaciones con otra empresa.

—Agnes...

—Lo sé, no tengo autorización para ello, pero digamos que cuando Dios te pone las cosas delante es mejor aceptarlas. No daré muchas vueltas, el hecho es que hace un tiempo conocí al dueño de otra fábrica de lanas, esta es más pequeña y hasta el momento no podía servirnos; sin embargo, dijo algo que me hizo querer ayudarlo.

—¿Qué?

—Habló de la familia Wilson.

—¿De Scott?

—De su abuelo y de cómo este ya se la jugó al de él en un negocio en ultramar. Pensé que los enemigos de nuestros enemigos serían nuestros amigos, así que lo investigué. Son sólidos y fiables. Si levanto el teléfono hoy en unos días podríamos tener un adelanto de los materiales, y siendo más previsores nuestra producción no se vería afectada.

Las lágrimas asomaron en mi rostro y me froté con fuerza los ojos. Ella se levantó y me abrazó.

—Llora, nadie lo sabrá. Llora toda esa rabia que llevas dentro y después sales y vas a buscar a ese hombre con el que tomas cervezas estos días y te hace sonreír como nadie.

—Agnes, Kenneth y yo solo somos amigos.

—Y no digo otra cosa, pero no me negarás que en los últimos días, cuando ha llegado la hora de cerrar estabas más feliz.

No lo hice, porque aquello hubiese sido mentir. Afirmé con la cabeza y ella me miró satisfecha para seguir con su discurso.

—Olvídate de Scott porque tienes algo que él jamás comprenderá. —Ante mi mirada

interrogativa siguió—: Una red de apoyo que no va a dejar que caigas.

Me dio un beso en la frente, intensificó el abrazo. Poco después la llamaron y salió haciéndome prometer que me tranquilizaría porque estaba todo controlado.

Sin embargo, cuando la alarma sonó dando por concluida la jornada, no tenía fuerzas para bajar y enfrentarme al mundo. Esta vez fue Kenneth el que me llamó al móvil para indicarme que estaba abajo esperándome y yo descolgué para anularlo todo.

—Lo siento, pero he recibido una mala noticia y no tengo ganas de estar rodeada de gente.

—Creo que puedo solucionar eso.

—No hay nada que solucionar, puedes ir tú y nosotros nos vemos mañana.

—¿Y qué gracia tiene ir a la taberna con tus amigos sin ti? Espera media hora y después baja, te prometo que valdrá la pena.

Sin mucha convicción acepté. Cuando bajé lo encontré en la puerta con una cesta de mimbre en una mano y el maldito farol verde.

—¿Qué es todo esto?

—Nuestra cena especial del día: «No quiero ver a nadie, pero no estoy sola». —Agarró el farol verde con la otra mano, llevando la cesta hasta el codo, para poder portar ambas cosas, y alargó el brazo libre en mi dirección para que me sujetara. Lo hice porque, aunque no tenía muchas ganas, si alguien piensa en ti de ese modo merece un poco de tu tiempo—. Nos vamos.

—Si no te importa, vamos a cambiar ese farol. —Sin esperar contestación, cogí uno que teníamos en la trastienda para cuando las tormentas hacían que se fuera la luz—. Mejor este.

—¿Por qué? —preguntó extrañado.

—No te lo he dicho hasta ahora porque, la verdad, no he vuelto a pensar en ello, pero te vi la primera noche que estuviste en el faro.

—¿Cómo dices?

—Desde casa puedo ver el faro y al ser noche cerrada se distinguía el reflejo verde del farol.

—No me digas más, conociéndote, pensaste que era un fantasma —dijo entre risas.

—No. —Bajé la mirada—. Creí que eras un fuego fatuo.

La carcajada rompió el silencio de la noche.

—¡Aylin!

—Eras una luz verde sin forma que aparecía y desaparecía en las ruinas del faro, ¿qué más podías ser?

Entre risas me abrazó, rompiendo por primera vez toda barrera física. El escalofrío que sentí en ese momento recorrió por completo mi cuerpo. Fue un abrazo corto, como el que podría darme con cualquier amigo, pero dejó claro que entre nosotros había algo más que una amistad.

—Tienes toda la razón. Siento mucho haberte asustado esa noche, como compensación por ello te ofrezco mi postre.

Aún algo aturdida por todo lo que había despertado en mí, respondí:

—Será un principio, pero no suficiente. Tuve que ir corriendo a la posada, en pijama.

La carcajada de Kenneth volvió a llenarlo todo y me hizo reír a mí también.

—Está bien, buscaré el modo de compensar ese daño. Aunque no sabía que lo estaba causando. Ahora vamos a cenar.

Y de un modo natural, como si ese abrazo espontáneo hubiese roto ya toda barrera, rodeé su cintura y él pasó su brazo por mis hombros. Anduvimos un trecho de este modo, hasta que la dificultad del camino nos hizo separarnos. Fuimos directos a Clachan Draoidheil, el círculo de piedras que había provocado que se perdiera el primer día. Una vez allí, Kenneth lo preparó todo, nos sentamos muy juntos con la espalda apoyada en una de las grandes rocas que rodeaban el lugar. Frente a nosotros, el mar y la inmensidad del cielo nocturno. La luz del farol despertaba algunas sombras extrañas, pero era nuestra única iluminación en esa oscura noche de luna nueva.

—He pensado que, aunque no quieras ver a nadie, tienes que alimentarte, así que podemos cenar en silencio, este lugar me inspira paz. Desde que estoy aquí, después de dejarte vengo algunas noches y me siento a pensar.

—No me lo habías dicho. ¿Y en qué piensas?

Retiró la mirada, como si el hecho de mantenerla pudiera hacer que leyera sus pensamientos, algo me dijo que yo tenía que ver. Sentí una sensación cálida en el pecho. Apoyé mi cabeza en su hombro.

—Perdona, no tengo derecho a hacer esa pregunta.

Se movió para hacer que quedara recostada en su regazo.

—Eso no es verdad, puedes preguntar lo que quieras, pero es un tema delicado y preferiría contártelo en otro momento. ¿Qué te ha pasado a ti?

—Problemas en la fábrica.

—¿Puedo ayudarte?

—¡No! —Me di cuenta del tono que había empleado y bajé el rostro arrepentida—. Lo siento, no quería gritarte, es que son temas que prefiero manejar sola.

—Lo entiendo.

Se movió para alcanzar la cesta y la dejó frente a nosotros.

—Si no me han aconsejado mal, he traído tu empanada favorita.

—Seguro que sí.

Y si no lo era, en ese momento lo sería, porque ese detalle lo valía.

Pasamos la noche entre confidencias y miradas cómplices. En algún punto la conversación nos llevó a la infancia. Entre risas le conté como una vez, con quince años, había bloqueado a Logan, el cual pese a que tenía trece ya me sacaba una cabeza y era el doble de ancho que yo.

—La rabia me ayudó. Era una mujer musculosa en ese momento.

—Seguro, me habría gustado verle la cara.

—No veas el enfado que se pilló.

—Confieso que Logan es una persona a la que no me gustaría ver enfadado.

—Uy, tiene muy mala leche, pero luego es un buenazo, y Evans también.

—¿Tu primo? No he coincidido con él.

—Está en España, su chica, Alba, es de allí y se han ido unos días. Vendrán para el inicio de los juegos. Te los presentaré.

—Me encantará conocerlos.

El frío de la noche ya empezaba a calar en nosotros. Kenneth se levantó y me ofreció su mano para ayudarme. La acepté aunque no fuera necesaria. Al levantarme me quedé muy cerca de él. Tanto que podía sentir el calor de su cuerpo a través del fino suéter que vestía. Su aroma me rodeó y un escalofrío me recorrió por completo.

—¿Tienes frío?

No pude decirle que no, que eso que había sentido eran las ganas de mi cuerpo porque él me abrazara. Antes de que me negara, se había quitado su chaqueta y la estaba poniendo sobre mis hombros. No fue su abrazo, pero sí su calor y cercanía los que me recorrieron por completo. Emprendimos el camino de regreso mucho más cerca.

—Llegamos —dije en la puerta.

—No me había fijado en estos días que desde aquí se ve el cementerio.

—Sí. Solo a mí se me ocurre irme a vivir a la casa de la bruja.

—Me gusta.

Lo miré de reojo para buscar sarcasmo en su expresión; sin embargo, no lo encontré, había dicho esas palabras creyéndolas.

—Gracias. En los días de primavera y verano me siento en el jardín trasero. Se ve salir el sol y crea unos juegos de luces muy bonitos con los vidrios de la ventana que tengo en el salón.

—Mañana cuando salga me fijaré.

—Podría invitarte a un té.

Y en otro momento, quizá me habría lanzado a cambiar ese té a primera hora por un desayuno después de pasar toda la noche juntos. Incluso habría pensado que no le gustaba tanto si él mismo no había intentado entrar ya. Sin embargo, Kenneth no despertaba esas dudas en mí. Era como aferrarse a algo firme en un camino de montaña, como si solo fuéramos a dar el siguiente paso una vez que estuviéramos seguros en el actual y eso era lo que yo necesitaba, avanzar sin precipitarme.

—Cambia ese té por un café y yo pondré los bollos.

—Madre mía, prefieres el café al té. ¿Tus congéneres lo saben?

Me miró de reojo y yo forcé mi sonrisa, como una niña pillada en una broma a un adulto. Entonces él se irguió subiendo el mentón, puso cara seria y cuando habló lo hizo con un acento inglés que no dejaba lugar a dudas de sus orígenes.

—Mi querida niña, soy lo suficientemente inglés para tomar café por la mañana y saltarme el té de las cinco sin que nadie dude de mi nacionalidad.

—Y para beber buen whisky escocés.

—Solo si la compañía es igual de buena.

Esos gestos eran los que me atrapaban, su manera tan segura de mostrarme que estaba allí conmigo.

—Gracias.

—A ti. Me encantará tomar un té contigo mañana y que me cuentes algunas de las historias del pueblo. Estoy seguro de que está lleno de leyendas turbias.

—Por supuesto, tenemos de todo, ladrones que desaparecieron, maridos infieles que terminaron misteriosamente muertos, fantasmas, de todo.

—Interesante, ¿habéis pensado escribir un libro sobre esas historias?

—Algunas lo tienen, ¿no has oído hablar de *El faro delator de Baileaghràid*?

Sus ojos se abrieron mostrando genuino interés.

—¿Te refieres a mi faro? ¿Hay un fantasma en mi faro y no me habías informado? —preguntó a medio camino entre la ofensa y la broma.

Con el mismo tono divertido traté de defenderme como si las preguntas hubieran sido una acusación.

—No soy la culpable de que estés tan zumbado como para comprarte un faro y querer irte a vivir a un lugar apartado del mundo. Te aguantas y te toca el fantasma.

—Necesito paz y serenidad. Toda mi vida he vivido en grandes ciudades. De pequeño mis padres tenían una casa en pleno centro de Londres, ahora vivo a pocos metros de la Royal Mile. Te aseguro que ya tengo suficientes vecinos y gente a mi alrededor, venir aquí y escuchar solo el rumor de las olas será un cambio de lo más gratificante. Además, no está tan lejos del pueblo, es un agradable paseo de apenas tres millas.

—Eso si no llueve.

—Y si llueve, pues en coche. Me gusta lo que he visto de Baileaghràid y sus habitantes.

Esto último lo dijo fijando sus impactantes ojos azules en mí y yo volví a sonrojarme con la insinuación. No sabía por qué, pero esas palabras tan claras pero veladas tenían más efecto que la más directa de las declaraciones.

—Me alegro de formar parte del pueblo.

Su sonrisa fue cálida. Me acompañó justo hasta la verja de entrada y una vez allí nos quedamos frente a frente. Sin saber que decir, bajé la mirada y jugué con la punta de la bota en el suelo.

—Nos vemos mañana para ese café —murmuré vergonzosa como si fuera la primera vez que me acompañaba a casa.

Con una voz cautivadora dijo:

—Lo estoy deseando. Yo pondré los bollos.

—Los *scones* me gustan con mermelada de moras.

—Tomo nota —murmuró con voz profunda, mientras se inclinaba para darme un dulce beso en la mejilla que me provocó un escalofrío por toda la espalda—. Buenas noches, Aylin.

—Buenas noches, Kenneth —murmuré.

Ese inocente beso me hizo suspirar como una adolescente que nunca ha vivido el amor, para la que todo mínimo gesto fuese algo mágico y digno de celebrar.

Cuando posé mi rostro en la almohada mis labios formaron una sonrisa que no se desdibujó en toda la noche.

Capítulo 8

Kenneth

No tardé en llegar a la posada. Logan recogía las últimas mesas. Me miró con media sonrisa y me dio las buenas noches con tono cantarín. Lo miré como si fuese mi hermano pequeño, aunque de espaldas fuese más grande que yo, la edad era correcta.

—¿A qué viene ese tonito? —pregunté como si fuera Aidan el que estuviera tras la barra.

—Pues que no hay muchos lugares donde cenar en el pueblo, y si no lo habéis hecho en este salón es que has estado en un lugar más íntimo. —La frase terminó con un juego de cejas por su parte y una risita burlona.

Evité reír ante su insinuación, al fin y al cabo, a quién pretendía engañar después de nuestros encuentros. Me acerqué a la barra y me recosté en uno de los taburetes.

—Sí, hicimos un pícnic en Clachan Draoidheil. —Al ver su cara me adelanté a aclarar—: Lo hemos dejado todo recogido, no ensuciamos nada.

—Lo sé, es solo que creí que...

—Que venía de pasar la noche en su casa.

—Sí.

Parecía desconcertado, como si no entendiera lo que ocurría, y lo comprendía. Después de esos días con Aylin y de ver la conexión que teníamos, era difícil entender que no hubiese pasado nada entre nosotros. Pero ese no era el momento para dar las explicaciones, ni la persona.

—Buenas noches, Logan —dije girándome hacia las escaleras y él cabeceó en señal de respuesta.

Estaba ya en el primer escalón cuando recordé la estantería llena de libros situada junto a la chimenea; no les había hecho mucho caso porque seguía enfrascado en el que había llevado, pero después de lo que había dicho Aylin sobre el faro, quería ver si tenía suerte y encontraba allí un ejemplar. Lo vi de los primeros, no era muy largo; en la cubierta, la imponente figura del faro se alzaba en medio de un cielo gris y un mar embravecido, el título con letras góticas y entrelazadas decía: *El faro delator de Baileaghràid*, de Inés de Miranda. ¿Una española? Aquello despertó

aún más mi curiosidad. Alcé el libro para mostrárselo a Logan.

—¿Puedo llevarme esta lectura a mi habitación?

—Los libros están a disposición de los huéspedes. ¿Seguro que quieres llevarte precisamente ese?

Di unos pasos hacia la barra para no ir hablando a voces.

—Ya me ha dicho Aylin que hay un fantasma en mi propiedad y que a la suya se la conoce como «la casa de la bruja».

—Exacto, la casa de Aylin la bruja —dijo guiñándome el ojo.

Sonreí y negué con la cabeza.

—Algún día te escuchará y verás.

—Eso es lo bueno que tenemos, que se lo digo a la cara también. Yo le llamo «bruja» y ella a mí diversos adjetivos según requiera la ocasión. ¿Whisky?

Como buen anfitrión recordaba mi costumbre de beber una copa mientras leía.

—Claro.

Sirvió generosamente mi favorito y yo lo cogí para subirlo a mi habitación. Cuando llegué, me puse el pijama y, acomodándome en la cama, me dispuse a pasar un rato agradable descubriendo a mi compañero de casa.

El libro resultó ser de lo más adictivo. La prosa de Inés, pese a los años, resultaba ligera y cautivadora. Y la historia tan dramática como pasional. Había visto con mis propios ojos la tumba de Seelie en el cementerio de los olvidados, por lo que el final feliz de la historia era una licencia que se había tomado la autora. Posiblemente para cerrar el libro con una sensación positiva. Como indicarle al lector que no todo era tan malo como habría cabido esperar y que siempre había esperanza.

Faltaban aún un par de horas para que saliera el sol, cerré el libro y me dispuse a dormir. Nunca había necesitado mucho tiempo para amanecer descansado y en los últimos años casi me había especializado en pasar días sin dormir. A pesar de que las pesadillas se habían acabado, la noche avivaba los peores recuerdos.

Me despertó el sonido de mi teléfono. Aún con los ojos cerrados, palpé la cama en su búsqueda, descolgué para escuchar la voz de mi hermano.

—¿Por qué tardas tanto en contestar? —preguntó enfadado.

—Buenos días, Aidan. ¿Cómo estás? Yo también me alegro de escucharte.

—Sí, todo eso está genial, si no fuera porque has aprovechado mi viaje a Milán para realizar esa escapada al culo del mundo y aislarte de la civilización.

—Baileaghràid no es el culo del mundo, es un pintoresco pueblo de las Highlands, cuando vengas lo verás con tus propios ojos; y no estoy aislado, estoy conociendo gente.

—Los ancianos del lugar no son gente, Kenneth.

—No son ancianos. Hablo de gente de mi edad. Cuando me perdí en el cementerio...

—¿Cementerio? ¿Qué hacías allí? No tenemos a nadie a quien visitar.

—Te lo he dicho, me perdí.

—¿Cómo puedes perderte en un lugar enano? No importa, está bien, dime a quién conociste.

Y lo habría hecho con gusto, pero entonces el reloj de la iglesia dio las campanadas, y aunque no habíamos quedado a una hora, las diez era ya tarde para desayunar.

—Aidan, te agradezco el interés y en otro momento estaré encantado de pasar un rato hablando contigo, pero se me hace tarde.

Después de lo vivido en los últimos años, esa conversación iba a provocar miles de preguntas para las que de momento no estaba preparado. Ni siquiera sabía si lo iba a estar en breve. Lo mejor era ir poco a poco.

—¿Tarde para qué? Kenneth, no me puedes dejar así.

—Está bien, te pongo el altavoz y me cuentas mientras me visto.

—No hay mucho que contar, solo que llevabas dos días sin hablar conmigo y quería saber cómo estabas. Te imaginaba pasando las horas solo en el faro, mirando al mar, y un nudo de miedo se me ponía en el estómago.

—Eso no pasará.

—Tendré que creerte.

Su voz sonó triste y eso me dolió. Solo se preocupaba por mí y debía reconocer que le había dado más que razones para hacerlo. Cogí aire y, con voz pausada, dije:

—No estoy en el faro, llamé a los obreros porque está más inhabitable de lo esperado. Y ya te lo dije, no he venido aquí para aislarme de mi gente, solo del mundo y su estruendo. He mejorado mucho en el último año y ya no busco la soledad como única solución, aunque me guste.

—Bien, cuando vuelva a Edimburgo voy a visitarte.

—Avisa y reservaré otra habitación en la posada. Este lugar te encantará.

—¿Tiene servicio de habitaciones?

—No, pero si vieras al dueño quizá lo exigirías.

Escuché la carcajada de mi hermano al otro lado.

—¿Es guapo?

—Moreno, con aspecto salvaje y suele ir vestido con *kilt*.

—El hombre de mis sueños existe.

—Creo que es hetero.

—No podía ser todo tan perfecto. —Esta vez reímos los dos—. ¿Me prometes que estás bien?

—Te prometo que estoy bien y no te miento cuando te digo que voy a pasar el día en compañía.

—Lo sé, nunca me has mentido. Voy a ponerme una mascarilla hidratante en el rostro y tomar una de mis bebidas vegetales *detox*. Las horas de trabajo me agotan y mi piel se resiente.

—Y por muy raro que pueda parecer, he entendido todo lo que acabas de decir.

—Eres el mejor. Nos vemos en unos días. Un abrazo y no te olvides de mandarme algún

mensaje.

—No lo haré, lo prometo.

Después de colgar me vestí con esmero, acomodé mi cabello y cuidé hasta el último detalle de mi indumentaria: pantalón oscuro y camisa blanca. Según me había explicado mi hermano en una de sus muchas clases de colorimetría, esa era la paleta que mejor me quedaba en esa época del año, me daba luz a la cara. Aunque el azul marino resaltaba la claridad de mis ojos y aportaba un toque romántico a mi aspecto. Quizás fuera una de las ventajas de tener un hermano modelo y que no solo prestaba atención a su aspecto, sino que también se preocupaba por el mío.

Cuando salí a la calle me encontré con un pueblo lleno de vida, la gente iba y venía cargada de bolsas de la compra, los comercios locales invitaban a entrar y adquirir todo tipo de viandas. Me enamoré aún más de Baileaghràid. No estaba muerto, no era el culo del mundo, era el lugar perfecto para la calma que buscaba.

Caminando sin prisa llegué a la plaza, el día anterior había descubierto allí una panadería, y aunque ya era muy tarde, tenía la intención de comprar algunos bollos de desayuno. Una señora muy amable me sonrió desde detrás del mostrador.

—Debes ser nuestro nuevo vecino. Bienvenido a Baileaghràid.

Seguía sorprendiéndome el interés de la gente, solo esperaba que una vez pasada la novedad me volviera anónimo. Sonreí para aceptar la bienvenida y dije:

—Sí que corren las noticias en el pueblo.

—Y además son madrugadoras —dijo una voz femenina detrás de mí.

Me giré para ver a Aylin y podría haber estado enfadada, en cierto modo la había plantado; sin embargo, sonreía con amabilidad.

—Buenos días, Aylin.

—Buenos días, Kenneth. ¿A qué hora se desayuna en Londres?

—Temprano, salvo si te pasas la noche leyendo un apasionante libro de amor y venganza en tu nuevo pueblo.

—¿Has leído *El faro delator*?

—Así es, no he podido dejarlo hasta llegar al final, discúlpame.

—No importa. Veo que, aunque tarde, has acertado en el destino.

Me acerqué un poco más a ella, como si no hubiese nadie más en el horno y no temiera que en medio minuto todo el pueblo hablara de nuestro tonto.

—Lo sé, venía a por un par de pastelitos de mora.

—¿Dos? Entiendo, eres de los que se despiertan sin hambre.

Reí y moví la cabeza como gesto de entendimiento.

—Está bien. —Me giré hacia el mostrador, la señora nos observaba con un genuino interés, estaba claro que ese rumor iba a correr aún más rápido que el de mi mudanza—. ¿Puede ponerme cuatro pastelitos de mora?

—Claro —respondió saliendo de su aturdimiento y guardando en una bolsa de papel los bollos

—. Aquí tiene.

—Muchas gracias.

Pagué y salí junto a Aylin.

—¿Te parece si compramos un café para llevar y nos vamos de excursión? —sugirió.

—Me parece una buena idea. En el libro se mencionan algunos lugares, una vieja abadía y una cueva de piratas. ¿Existen?

—Todas las localizaciones del libro son reales. La cueva no está muy lejos de tu nueva casa.

—Pues vayamos en esa dirección.

La sonrisa que asomó en los labios de Logan cuando entramos para pedir el café me indicó que el rumor había llegado incluso antes que nosotros.

—Lo vuestro no es la discreción.

Aylin salió en nuestra defensa.

—No sé de qué estás hablando, McLean, solo hemos comprado unos bollos para nuestra excursión.

—Entiendo. ¿Dos cafés?

—Sí, por favor, y ponlos en uno de esos termos tan prácticos que tienes, después te los devolvemos. Vamos a ver las cuevas.

—Marchando.

Nos sentamos a esperar el pedido y observé las diferentes miradas de nuestro alrededor, incluso hubo un par de personas, chicas jóvenes sobre todo, que asomaron por la puerta y ventanas de la posada buscando algo en su interior. No hacía falta ser muy avisado para darse cuenta de que ese algo era yo.

Cogí aire, nunca se me había dado bien ser el centro de atención.

—Dime que esto pasará pronto.

Aylin miró en mi dirección y arrugó la nariz.

—Me gustaría decirte que sí, pero soy una persona que valora mucho la sinceridad y no creo que pase.

—No me gusta este interés, quería pasar desapercibido.

—No has venido al lugar indicado en ese caso —dijo Logan dejando sobre la barra un termo de cuadros rojos y azules y dos vasos de plástico con el mismo estampado—. En Baileaghràid toda novedad es celebrada.

—Y con ese porte y esa sonrisa mucho menos. Eres demasiado guapo como para que esto sea cuestión de unas horas, vas a tener que acostumbrarte a la fama —añadió Aylin.

Esa descarga de sinceridad me dejó fuera de combate por completo.

—¿Demasiado guapo? —Reí—. ¿Lo dices en serio?

—Claro, a las pruebas me remito, ¿crees que eres el primer nuevo vecino?

—No, imagino que no.

—Y, sin embargo, no todos han causado ese interés, lo tuyo ha sido todo un récord.

—Me alegro, supongo.

Debió ser mi gesto el que hizo que se compadeciera de mí.

—No siempre será tan intenso. Dales un tiempo y dejarás de ser una atracción, aunque no te equivoques, seguirán pendientes. Aquí todo el mundo se fija en el prójimo, nuestras vidas son muy rutinarias y necesitamos cotilleos para vivir. Venga, vamos, que se nos echa la mañana encima.

—Sí, eso. Id juntos y solos al Pico de los Amantes, seguro que así los rumores se terminan pronto —dijo Logan muerto de risa. Ella le sacó la lengua y se apresuró a salir de allí.

La seguí en silencio y disfrutando del paisaje. Llegamos a un mirador con un banco desde el cual teníamos unas vistas únicas no solo del faro, sino del pueblo y de una pequeña cala donde unas focas tomaban el sol. Nos sentamos, ella abrió el termo para servir el café y yo saqué los bollos.

—Aylin...

—Si vas a decir algo sobre por qué he querido traerte a este lugar o sobre los rumores, será mejor que no lo hagas. Nací en este pueblo y estoy acostumbrada, pero entiendo que para ti ser objeto de interés sea nuevo.

—No lo creas. No es la primera vez que me pasa.

Se paró para mirarme directamente a los ojos.

—Creí que estas cosas en la ciudad no ocurrían.

—Cuando tienes un hermano famoso, sí. Aunque suele mantener su vida privada en secreto, alguna vez me ha salpicado. De hecho, hace unos años, cuando él empezaba, llegué incluso a estar en una portada junto a él, como su nuevo y misterioso novio.

—¿Quién es? ¿Lo conozco?

Y justo cuando iba a contestarle me sonó el móvil, era Aidan por videollamada.

—Si no supiera que es imposible te diría que ha puesto un micrófono en mi móvil y sabe cuándo hablo de él. ¿Me disculpas un momento?

—Claro.

Me levanté para tener un poco de intimidad, me puse los auriculares inalámbricos que tenía por costumbre llevar encima y descolgué.

—Aidan, hemos hablado hace dos horas, ¿qué ocurre?

—¿Eso es un acantilado? ¿Qué haces ahí? El otro día un cementerio, hoy un acantilado, Kenneth, ¿te das cuenta de lo nervioso que me pone todo eso?

—Para empezar, no estoy solo; y para seguir, no tiene sentido...

—Las focas no cuentan.

—¿Las ves?

—Las escucho por encima del rumor de las olas y el viento.

—Estoy... estoy con una chica —reconocí a media voz, confesando en ese momento lo que había callado esa misma mañana.

—¿Con una chica? ¿Me has cogido el teléfono en medio de una cita? Cielo santo, eres más tonto de lo que creía.

—No es una cita. —Sonreí al ver su mirada—. No lo digo yo, lo dijo ella. Por lo visto si quedamos en el pueblo o en la taberna no cuenta como cita.

—¿Quedáis en plural? Te has callado muchas cosas esta mañana. Venga, gira la cámara que la vea al menos.

—No pienso hacer eso. Si quieres te la presento, pero es solo una amiga. Nos estamos conociendo y todavía no sé dónde vamos a llegar.

—Soy tu hermano, no un cura, déjate de chorradas, llega donde tengas que llegar. El simple hecho de que estés con una chica es ya motivo de celebración. Venga, dile que soy un controlador o muy sobreprotector. Dile lo que te dé la gana, pero quiero verla.

Me senté junto a Aylin con el móvil enfocando el mar.

—Esto suena un poco extraño, pero a mi hermano le gustaría conocerte, ¿te importa?

Me miró sonriendo y aceptó afirmando con la cabeza. Cuando le di la vuelta a la cámara y le mostré la pantalla pasaron dos cosas a la vez: la voz de mi hermano, en los auriculares, diciendo que le parecía muy guapa; y la de ella, a mi lado, reconociéndolo.

—¿Tú hermano es Aidan Murray?

—¿Lo conoces? —pregunté sorprendido.

—Claro que lo conozco, ha trabajado muchas veces para Vivienne Westwood. Mi negocio está altamente ligado a la moda, ¿cómo no iba a conocerlo? Es todo un icono.

—Me gusta cada vez más esa chica, dile que la quiero.

—Aidan...

—¿Qué dice? Ay, olvidé que me escuchaba y ahora he quedado como una loca y...

—Hazla callar con un beso.

—Aidan...

—Bésala. La adoro. Me gusta. La quiero.

Y mientras mi hermano seguía gritando en mi oreja, ella se tapaba más la cara poniéndose roja por momentos. Pasé mi brazo por sus hombros y se ocultó entre mi brazo y pecho. Este gesto hizo que Aidan se volviese loco de contento.

—Por favor, es maravillosa. Mírate, hacéis una pareja adorable. ¡Bésala! Os declaro marido y mujer.

—Vale, suficiente —dije para que cesara en sus gritos y yo pudiera concentrarme—. Aylin, no has quedado como una loca, mi hermano está encantado con que conozcas su trabajo, te lo pasaría para que te lo dijera él mismo, pero temo la burrada que pueda contarte. Aidan, ahora que ya has comprobado que no voy a lanzarme al vacío, voy a colgar, ¿vale?

—¡Bésala!

—Sí, hablamos pronto. —Colgué mientras él reía y seguía gritando locuras. Una vez los dos solos, hice que ella me mirara—. ¿Estás bien?

—Sí, pero tendrías que haberme dicho que tu hermano era uno de los modelos más reconocidos del mundo.

—Supongo que sí, que el tener una fábrica de telas en Escocia te da muchas probabilidades de conocer a Vivienne y por lo tanto a Aidan, pero es que yo no pienso en la gente así, por sus profesiones. Para mí, tú no eres la dueña de la fábrica, eres Aylin, la chica con la que me gusta pasar tiempo.

Su sonrisa llegó hasta sus ojos y la volvió incluso más bonita de lo que ya estaba tan sonrojada.

—Siempre dices cosas muy bonitas cuando hablas de mí.

—Porque las mereces. Es muy agradable pasar tiempo en tu compañía. Y ahora que sabes que yo soy publicista y mi hermano modelo, si podemos ayudarte con el problema de ayer...

—No es necesario, puedo sola.

—Jamás dudaría de eso —dije con firmeza y ella me creyó. Abrí la bolsa con los bollos y le ofrecí uno—. Está bien, hálame de mi compañera de casa, Seelie Drummond, y de sus gustos; ya que voy a redecorar hagamos que se sienta cómoda.

Sonrió cogiendo el dulce y dándole un bocado, la crema de moras del interior salió con fuerza manchando la barbilla y la comisura de su boca. Se movió rápido para impedir que otra gota cayera en su ropa y yo saqué uno de los pañuelos de tela que siempre llevaba conmigo, pues soy muy propenso a ese tipo de accidentes. Se lo ofrecí.

—Gracias —dijo cogiéndolo y limpiándose la mancha de la barbilla.

—Sí que van bien rellenos estos bollos.

—No esperaba que me atacara. ¿Ya?

Me miró y no pude evitar reírme, al tratar de limpiarse se había esparcido más la mermelada y ahora tenía manchada gran parte de su mandíbula.

—Disculpa, pero es que...

—Genial, seguro que parezco un payaso.

—No, pero, deja que... —No terminé de hablar; como si hubiera más confianza de la real, cogí el pañuelo, busqué la parte limpia y froté despacio la mancha hasta su comisura.

Los carnosos labios de Aylin se teñían del color de las moras, se entreabrieron y su lengua asomó buscando la mancha cercana. La seguí con la mirada mientras mi pulgar acariciaba con sutileza su pómulo.

Tenía demasiados sentimientos contradictorios dentro de mí, pero había aprendido algo durante las largas jornadas enfrascado en mí y era a descifrar cuál era el predominante. En ese momento, el único que ganaba a todos los demás eran las ganas inmensas de besarla.

Moví despacio mi dedo, llegando un poco hasta el labio, y ella giró la cara para rozarlo, depositó en él un suave beso y yo sonreí. Armándome de valor me incliné un poco, dándole tiempo a retroceder, a desviar la mirada y romper el hechizo. Sin embargo, nada de aquello ocurrió; y para cuando mi nariz rozó la suya, el deseo de saborear sus labios era mayor que

cualquier otra cosa.

Dejándome llevar por él, recorté esa mínima distancia, sentí la suavidad de su boca y el sabor dulce de la fruta. Percibí la calidez al posar mi mano en su nuca para acercarla a mí e intensificar el beso. Escuché su leve gemido cuando, dejándome llevar por la pasión, mordí sin fuerza su labio inferior.

Acaricié con mi lengua la suya, en un juego acompasado como el más hermoso de los bailes; y cuando quise alejarme noté cómo era ella la que se acercaba para impedirlo. La que pasaba los brazos por mi cuello para acercarme, la que se movía despacio juntando aún más nuestros cuerpos.

Capítulo 9

Aylin

Dulce, cálido, pasional, así había sido el primer beso con Kenneth, y solo podía desear más. Cuando sentí que su cuerpo se alejaba lo impedí abrazándolo. Las ganas de ir despacio se desvanecieron por completo después de ese beso. Quería más de él, no tenía ninguna duda.

Tiré despacio de su labio inferior, retrocediendo un poco; él gruñó y yo sonreí, dando así por finalizado el beso. Con la voz ronca dijo:

—Tienes razón, estos pasteles de mora son los mejores. A ver que vuelva a probar.

Y sus labios volvieron a adueñarse de los míos, con una ferocidad desconocida hasta ahora.

Me moví despacio, buscando su cuello y mordiendo sin fuerza su lóbulo. Esta vez el gemido fue más intenso y apreciable. Acaricié con las uñas su mandíbula, una fina barba empezaba a notarse, señal de que esa mañana no había podido afeitarse; me gustaba sentir su roce en mis mejillas. Jugué con mi nariz despacio, rozándola con su pómulo y volviendo a buscar sus labios.

Besos cortos con los labios cerrados, largos y pasionales mientras nuestras lenguas se buscaban. Con mordiscos al final. Interrumpidos por un gemido, por una palabra a media voz. Esa mañana nos dimos todos los besos que no nos habíamos dado esos días, y alguno más.

Estar entre los brazos de Kenneth me aportaba una seguridad que pocas veces había sentido. El hecho de que sus caricias fueran controladas y no pasaran de ciertas zonas. Su delicadeza. Cómo se tomaba su tiempo para acariciar con ternura una mejilla o cogía mi rostro entre sus manos antes de volver a besarme.

Todos esos gestos sumados hicieron que pasara la semana más dulce y pasional de mi vida. Ni siquiera los retrasos en algunos patrones provocados por algunas acciones de Scott perturbaron esa paz en la que me encontraba cuando veía a Kenneth esperando en la puerta y juntos nos íbamos a pasear para terminar cenando en la taberna entre gestos de complicidad.

Los atardeceres paseando por la playa que unía el pueblo con el castillo nunca fueron tan perfectos.

El viernes por la noche habíamos estado cenando con Olivia y Logan, el cual había

aprovechado la contratación de una camarera para la temporada de verano y se había tomado la noche libre. Mientras mi amiga nos contaba la última de sus anécdotas provocada por una oca malcarada y su última conquista, nosotros no habíamos dejado de hacer manitas bajo la mesa.

Sintiéndome como una adolescente con su primer chico nos despedimos temprano y salimos. Kenneth me acompañaba a casa, como todas las noches, cogidos de la mano hasta la valla. Una vez allí me miró profundamente a los ojos y yo esperé impaciente mi ansiado beso. Si algo había aprendido en ese tiempo era que esperar a que él lo hiciera era mucho más placentero. Nunca sabía qué beso me iba a dar primero, podía tratarse de un beso rápido, uno pasional e intenso o juguetero y tentador. Cualquiera de ellos podría ser el inicio a todos los que vendrían después.

Nunca he sido una persona que demostrara mucho amor a mis parejas en público. De hecho, alguna vez se me acusó de ser fría y poco cariñosa, pero esa noche con Kenneth al lado y sin besarlo para no causar incomodidad en nuestros amigos me había parecido eterna. A eso se unía que el día anterior no habíamos podido quedar, él tenía demasiado trabajo. Había sido el periodo más largo sin vernos desde que nos habíamos conocido.

Rozó con sus pulgares mis pómulos a la vez que el índice acariciaba mis labios despertando un deseo contenido. Me los humedecí preparándome para recibirlo y él sonrió, se inclinó despacio y entonces sentí la calidez de los suyos y la humedad de su lengua. Entreabrí los míos a la vez que rodeaba su cuello con mis brazos y lo acercaba más a mí. Tiré de su labio inferior con suavidad y escuché el leve gruñido que terminó de excitarme. Necesitaba más de él, necesitaba que sus manos acariciaran todo mi cuerpo, sus besos, sentir sus labios en otras zonas desconocidas para ellos. Bajé mis manos hacia su firme trasero e hice presión juntándolo con mi cadera, sentí que él también me deseaba.

—¿Quieres pasar? —pregunté murmurando y besando su cuello.

—Aylin...

Y aunque mi nombre había sido pronunciado con deseo y entre gemidos, había algo en el tono que me indicaba que no era así.

—¿Qué ocurre?

Me besó como respuesta, un beso lento y pasional. Un beso que decía muchas cosas, y sin embargo yo sabía que no iba a entrar.

—Sí quiero entrar, acompañarte donde me digas y hacer todo lo que estás pensando.

—Pero no lo vas a hacer.

—Hoy no, no puedo hoy.

—¿Puedo saber por qué?

—Es un poco complicado, una historia larga de la que aún no hemos hablado y ahora no es el momento.

—¿Y cuándo? Porque me estás asustando.

—No, cariño, no te asustes, no es nada malo. Te lo prometo. Mañana con tiempo hablamos tranquilamente.

—Mañana —murmuré bajando la mirada.

—Aylin, no hay otra mujer ni nada por el estilo que me impida entrar en esa casa y ser tuyo. Es solo que esta noche no es el momento.

Forcé una sonrisa, que pretendía ser sincera, pero que en ese momento no lo pareció. De verdad le creía, pero que no explicara las razones hacía saltar todas mis alarmas.

Nos despedimos como siempre, prometiendo vernos al día siguiente.

Esa noche dormí intranquila, miles de pesadillas me atacaban y no era capaz de conciliar el sueño más de una hora seguida.

Era primera hora de la mañana cuando escuché que alguien llamaba a la puerta, unos golpes suaves, pero insistentes.

Me levanté y fui a abrir sin molestarme en ponerme nada más encima que la camisa de dormir.

La cara de asombro de Kenneth cuando me vio con esas pintas me provocó una carcajada.

—Disculpa, es que estás...

—Hecha un asco —concluí con media sonrisa, porque ya había identificado el termo de Logan y la bolsa de bollos del horno.

—Yo iba a decir exuberante. —Esas palabras me hicieron sonrojar, bajé la mirada y él se acercó un poco más. Con la voz más dulce que había escuchado hasta entonces dijo—: He traído el desayuno, ¿puedo pasar?

Me retiré para que lo hiciera y le indiqué dónde estaba el salón, entró y lo dejó todo encima de la mesa. Fui a la cocina, saqué tazas y unos platos, nos sentamos el uno frente al otro. Observé cómo Kenneth servía el café con parsimonia, su sola presencia bastaba para alejar todos los demonios que me habían atormentado en la oscuridad.

Dimos el primer bocado en silencio y lo pasamos con un sorbo de café, como si de un ritual de preparación se tratara.

—No has pasado buena noche —dijo acariciando mi mejilla—, siento que fuera por mi culpa.

—No fue por eso.

—Sí lo fue y por eso estoy aquí, voy a contarte la razón por la que no entré ayer. Podrás hacerme todas las preguntas que quieras y después, si quieres, tendremos nuestra primera cita.

Alcé una ceja confundida.

—¿Cómo dices?

—Todos nuestros encuentros han sido en la taberna y eso no cuenta. Lo dijiste el primer día.

—Lo recuerdas —murmuré emocionada.

—Claro que lo recuerdo. Esta noche he planeado algo especial, pero antes de todo eso, debo darte una explicación.

—¿Me cambio y damos un paseo? Creo que esa conversación es complicada para ti y tal vez si la tenemos en un sitio que te serene sea más ligera.

—Podríamos ir donde nos conocimos. Aún no he visitado la tumba de mi compañera de casa y al final se enfadará conmigo y no me dejará dormir. Lo último que necesito es un espíritu

cabreado.

Me levanté y le di un beso dulce en los labios que me supo a moras y café. Subí a la habitación, busqué unos vaqueros, las zapatillas y un suéter amplio color hueso que dejaba al descubierto un hombro. Bajé en su búsqueda. Terminamos de desayunar y salimos.

Anduvimos en silencio hasta el inicio del bosque, donde estaba situado el cementerio de los olvidados. Como si la naturaleza marcara el inicio de algo, buscamos una gran piedra para sentarnos, apoyamos la espalda en un tronco y Kenneth empezó a hablar.

—Tal vez debería haberte dicho algo de esto estos días, pero disfrutaba tanto de tu compañía sin sacar al presente este recuerdo que me dejé llevar.

—¿Qué recuerdo?

—El jueves no fui del todo sincero contigo. Era cierto que tenía mucho trabajo y que necesitaba pasar el día en casa, pero eso no era todo. Era una fecha extraña para mí. Verás —se aclaró la garganta—, hace cuatro años perdí a mi prometida, Catherine, en un accidente de coche.

Fui a hablar y no pude, me faltaba el aire. Me vio boquear y esperó a que asumiera lo que acababa de decir.

—¿Prometida?

—Nos hubiésemos casado un mes después. Una preciosa boda íntima. Han sido unos años duros, pero ahora estoy mucho mejor. Conocerle y estar contigo es una prueba de ello. En otro momento me habría negado siquiera a una cerveza. En mi cabeza creía que era como engañaros a ambas.

—Es un punto difícil.

—Sí, pero ahora puedo decir sin ninguna culpa ni duda que me gustas, me gustas mucho, Aylin. Te deseo, y el tiempo que paso contigo es pleno y feliz. —No supe reaccionar a esas palabras más que cogiendo aire y dejándolo continuar—. El jueves fue el cumpleaños de Catherine. Es un día complicado para mí, pues cuando estábamos juntos lo dedicábamos por completo a nosotros. Y aunque este año estaba mucho mejor, en parte gracias a lo que estoy empezando a sentir por ti, aproveché la sobrecarga de trabajo para aislarme. Es verdad que pasé el día completo enviando mails y recibiendo llamadas, pero también que había otra razón por la que me negué a quedar. Por eso ayer... —Bajó la mirada y yo le subí el mentón con ternura.

—No importa lo de ayer.

Vi en sus ojos que necesitaba decirlo, así que le hice un gesto animándolo a ello.

—No quería acostarme contigo habiéndome pasado el día anterior recordando a Cat. Besarte ya fue...

—¿Complicado?

—No, no tanto. Lo habría sido hace dos años, cuando creía que no sería capaz de besar a otra mujer. Mi terapeuta me ayudó a comprender que no era así. Le hablé de ti el día que te conocí. Le di las gracias por ayudarme en esa parte del problema, porque estaba seguro de que podría empezar algo contigo sin fallarte. Y así ha sido todo este tiempo, no has competido con nadie, no

hay fantasmas en mi corazón, pero ayer...

Lo abracé, hundiendo mi cabeza en su pecho, aspirando el olor de su perfume.

—Eres la persona más dulce que he conocido en la vida. Gracias por contármelo. Anoche te noté presente y pendiente de mí. No habría pasado nada si hubieras entrado, porque sé que me habrías dado toda tu atención. Pero te agradezco haber sido tan sincero y considerado. No pasa nada porque pienses en Cat, y si quieres contarme algo de ella te escucharé.

—De momento solo quería que supieras de su existencia y que no imaginaras cosas extrañas cuando pensaras en lo ocurrido.

Chasqueé la lengua.

—Ya me conoces demasiado.

—Te han hecho daño y eso hace que estés alerta. Me gustaría que pudieras relajarte conmigo, pero sé que eso llegará en su momento. Solo tengo que demostrarte que puedes confiar en mí.

—Ya lo siento, aunque a veces no lo parezca. Lo de ayer me extrañó y es verdad que una parte de mí lo veía sospechoso, pero otra mucho más grande sabía que había una explicación racional y buena para que no pasaras. Confío en ti, Kenneth.

—Me alegra escuchar eso. ¿Me hablarás de lo ocurrido con Scott?

—No —respondí fría.

—Aylin, sé que has tenido otra vida antes que yo.

—Ese hombre no forma parte de mi vida.

—Pero interfiere en ella como si lo hiciera. No tiene que ser hoy, pero sí en algún momento.

No respondí, aunque yo no le dijera nada, alguien lo haría, en aquel pueblo todos conocían a Scott y algunas personas estarían muy interesadas en contarle todos los malos comentarios.

—Bueno, lo pensaré, pero hoy no. No estoy preparada.

—Lo comprendo, solo necesito que sepas que soy un lugar al que acudir si necesitas desahogarte.

—Lo sé. Ahora quiero que me cuentes qué tienes preparado para nuestra primera cita.

—Solo te diré que te prepares porque vamos a cenar fuera de Baileaghràid.

Emocionada di unas palmadas de felicidad y lo abracé. Nos levantamos de la piedra y, cogidos del brazo, paseamos tranquilamente por las tumbas del cementerio. La mayoría de ellas, sucias y desgastadas por las inclemencias del tiempo. Algunas incluso rotas. Menos la de Seelie, la de ella estaba en perfecto estado, incluso tenía sobre ella un ramillete de brezo atado con un lazo violeta.

Volvimos a casa y nos despedimos hasta la tarde. Nerviosa llamé a Olivia, necesitaba que me ayudara a decidir qué ponerme. Kenneth no había dado muchas pistas, salvo que con cualquier cosa estaría preciosa y yo ya tenía medio armario sobre la cama, incapaz de decidirme. Estaba claro que necesitaba a mi mejor amiga.

Capítulo 10

Kenneth

No había estado más nervioso en mi vida. Lo tenía todo organizado y sabía que era un plan seguro, pero incluso con esas no paraba quieto. Tanto que incluso llegué a hacerle una videollamada a Aidan.

—Hola, hermanito. Te veo alterado, ¿ha pasado algo?

—Necesito que me ayudes a decidir si me pongo la camisa blanca o la azul.

—¿Tienes una cita?

—Sí, con Aylin. Estamos... estamos saliendo. Bueno, creo, no sé, nos hemos besado y he preparado una noche especial.

Mi hermano abrió los ojos asombrado, su sonrisa se volvió comprensiva y su voz, dulce.

—Me alegro mucho, parece una buena chica y ya sabes lo que pienso de ella.

—Lo sé. Hoy le hablé de Cat.

—Es un paso muy grande. Me enorgullece que lo hayas dado.

—¿Dónde estás? —pregunté al ver mucha gente a su alrededor y escuchar demasiado ruido.

—En la estación...

La megafonía ahogó sus palabras.

—No te he entendido.

—Nada, te decía que te pusieras la azul, que resalta tus ojos, y que sonrías. Si sonríes te vuelves irresistible. Ninguna mujer... bueno, nadie, pero nos interesan las mujeres en tu caso, ninguna se resiste a tu sonrisa.

—Solo me interesa una mujer.

Aidan dio un pequeño grito de emoción.

—Lo que echaba de menos a «Kenneth el intenso». Hola, querido, te adoro.

—No te burles.

—No me burlo, es la verdad. Te adoro cuando estás enamorado porque eres el hombre ideal, tan dulce, atento y detallista.

—Bueno, deja de bailar el agua. ¿Te veré pronto? Estoy deseando darte un abrazo.

—Mañana empiezan mis días libres, me organizo la agenda y planeo una semana en tu pueblito con encanto. Yo también te echo de menos. Además, tienes que presentarme al highlander.

—Eso no se te olvida, no —dije riendo, y él me guiñó un ojo.

—Un abrazo.

—Otro de vuelta.

Colgué mucho más tranquilo. Me vestí con un pantalón azul oscuro y la camisa azul claro; pese a que ya era principios de junio, las noches estaban siendo frescas, así que cogí un *blazer* del mismo color que el pantalón y fui a por Aylin.

Cuando abrió la puerta me quedé con la boca abierta. Llevaba unos zapatos amarillos de tacón bajo, porque lo único que le había indicado para ayudarla en su elección de vestuario era que íbamos a andar, y un vestido sujeto al cuello azul noche, ceñido hasta la cintura con una falda con vuelo, el tul que la elevaba era del mismo tono que los zapatos, y para completarlo llevaba una chaqueta corta y un bolso, ambos amarillos.

—¿Voy adecuada?

—Vas preciosa. —Me acerqué para besarla—. Eres preciosa. Cógete a mi brazo, empieza la cita.

La noté emocionada y sonrió ampliamente cuando vio que iríamos en coche. Traté de despistarla por el camino, pero una vez que cogimos el último desvío estaba claro que íbamos a Edimburgo. Sin embargo, no preguntó, prefirió que todo siguiera siendo sorpresa.

Estacioné en la plaza de garaje que hacía unos años había comprado cerca de mi casa y fuimos dando un agradable paseo por las calles de la ciudad. Edimburgo al atardecer puede ser el lugar más romántico de la Tierra, o el más misterioso. En nuestro caso unía ambas cosas, porque andando íbamos entrelazando nuestras manos, besándonos de modo casual para ir a algunos puntos de la historia negra de la ciudad y recordar juntos las catástrofes allí ocurridas.

La cruz del mercado, el Teatro Festival y muchos otros con los que los amantes del terror nos habíamos ido criando. Hicimos un alto en el bar Maggie Dickon's para tomar una cerveza. La pedimos y nos sentamos en una de las mesas de fuera, veíamos a la gente ir y venir, observaba a Aylin mover los pies juguetona, se la veía feliz.

El camarero no tardó en servirnos y nosotros brindamos por una maravillosa noche.

—Kenneth, es la mejor cita que podía esperar, muchas gracias —dijo con una maravillosa sonrisa y después se lamió la espuma del labio superior.

—Me alegre, pero esto no es la cita. Bueno, sí, claro, ya ha empezado, pero esto ha surgido de un modo natural, tengo planeado otra cosa.

Su mirada se iluminó, como la de una niña el día de su cumpleaños frente a una fiesta sorpresa. En ese momento me prometí que haríamos planes como aquel más a menudo. Debía volver a ver esa mirada y esa sonrisa.

Terminamos nuestras consumiciones y pasé mi brazo por sus hombros a la vez que ella se aferraba a mi cintura.

—Todo esto no era necesario. Una cena tranquila, tú y yo solos es más que suficiente.

—Aylin, no hice nada, solo reservé una visita a un lugar que espero que te guste.

—Has preparado esta cita pensando en mis gustos, eso es mucho.

Me incliné para besarla.

Andamos despacio, pues no teníamos prisa alguna, hasta encontrarnos en las puertas del cementerio de Greyfriars. Me miró sin entender qué hacíamos allí.

—Nos conocimos en uno y creí que este sería el apropiado para iniciar una tradición. Tiene muchas anécdotas y leyendas, además dijiste que no habías venido.

—¿Qué tradición? —preguntó con voz temblorosa.

—Hagamos un mapa de los cementerios que queremos ver y vayamos a visitarlos en nuestros aniversarios.

Sus cejas se alzaron con la impresión, la vi tragar saliva y coger aire. Entonces fue cuando empecé a ponerme nervioso, ¿y si me había dejado llevar demasiado por mi parte romántica?

—¿Me estás pidiendo salir?

—Creía que en eso consistían las citas, ¿no?

—Sí, pero... es decir que... has puesto un plural y yo no creía...

—Está bien, lo diré: Aylin McFàrach, ¿quieres ser mi novia?

Rodeó mi cuello con sus manos y, poniéndose de puntillas para alcanzarme a la vez que elevaba uno de los pies, me besó. Mordió delicadamente mis labios, entrando con su lengua y jugando con la mía. Terminó el beso dándome otro más dulce y corto.

—Prepárate, Kenneth Murray, el año que viene nos vamos a París.

Sonreí y volví a besarla.

Cogidos de la mano entramos en el cementerio, un guía ataviado como si estuviéramos en la Escocia de 1800 nos recibió amablemente. Aproveché un momento a solas, mientras recibía a otras personas, para explicarle a Aylin qué íbamos a hacer.

—He contratado una visita guiada, incluye el Mausoleo de los Covenants y el Mausoleo Negro.

—¿Lo dices de verdad?

—Sí, vamos a visitar el Edimburgo más tétrico.

Se lanzó a mis brazos emocionada.

—Es la mejor cita de mi vida.

Y así fue. Extraña o no, los dos disfrutamos de una velada maravillosa. La visita fue mejor de lo esperado, veía a Aylin asombrada con todo e incluso llegamos a sentir algunas presencias extrañas que hicieron que ella se pegara mucho más a mí.

—¿Lo estás pasando mal?

—No, es solo que...

Hice que rodeara mi brazo con el suyo y me incliné para llegar a su oído.

—Tienes razón, así es mucho mejor.

Hicimos así el resto de la visita y después fuimos a cenar. Paseamos por la ciudad como si fuéramos dos turistas, yendo de un lugar a otro y besándonos en cada esquina. Era ya tarde, andábamos con calma por la Royal Mile cuando dijo muy segura:

—Yo lo he sentido. Un escalofrío me ha recorrido la espalda de arriba abajo. Allí había presencias, es un lugar extraordinario. Ha sido la mejor primera cita del mundo.

Me paré para atraerla y besarla.

—¿Por qué hablas en pasado? Aún no ha terminado.

—¿Tienes preparado algo más?

—Bueno, hay opciones. Podemos ir a tomar un whisky aquí cerca, aunque no sea como el de Logan.

—Ya bebo mucho whisky en casa.

Tamborileé mis dedos con mi barbilla en un gesto pensativo.

—¿Pasear hasta el castillo?

—Ya he visto el castillo muchas veces —dijo jugando con los suyos en mi pecho y poniendo una voz sexy—. ¿Qué otra opción tenías pensada?

Me acerqué hasta su cuello y lo besé dulcemente, fui subiendo hasta su lóbulo y al llegar lo mordisqueé sin fuerza. Rozándolo con mis labios, dije:

—Vivo cerca de aquí, podríamos ir a mi casa.

Jadeó al sentir mi beso justo debajo del lóbulo izquierdo.

—Es una parte de Edimburgo que no he visto.

—Pues es muy interesante, acogedora y moderna —murmuré haciendo una pausa en cada adjetivo para besarla.

—Vayamos.

Entramos en la casa comiéndonos a besos. Se puede decir que la acorralé contra la pared del pasillo para besarla por todas las partes que aún no había podido, bajando por el escote que dejaba al descubierto el vestido.

Me di cuenta de que estábamos junto a la puerta del baño, tenía que coger los preservativos antes de ir a la cama e interrumpir nada. Con esa idea en mente encendí la luz y empecé a hurgar en el mueble junto a la entrada. Aylin se movió asomándose a la habitación, extrañada.

—¿Qué haces?

—Busco una cosa —dije sin despegar los labios de la suave piel que bordeaba su pecho—. Aidan siempre tiene y los deja aquí.

—¿Le vas a robar los condones a tu hermano?

—Que no coja mi casa como su hotel de Edimburgo.

—Tienes razón.

Se movió para ayudarme a buscarlos mientras yo reía. Abrió más el cajón y encontró la caja.

—¡Ajá! Vamos.

—¿Entera?

—Tenemos mucha noche por delante.

La abracé subiéndola a mis caderas. Chocándonos con todo, llegamos hasta mi habitación, conseguí frenar antes de caer precipitadamente sobre la cama.

—Quiero disfrutar de esto —murmuré con mis labios rozando su oído—. Quiero disfrutarte, Aylin McFàrach.

La escuché jadear de deseo y me acerqué para demostrarle que yo también lo sentía.

Inicié un camino de besos, bajando despacio por su cuello y rozando con las yemas de mis dedos la suave piel de su espalda que el vestido dejaba al descubierto. Llegando a sus clavículas, las seguí desde el hombro a su interior, mientras desataba el lazo que unía el vestido al cuello y después bajaba la delicada cremallera.

La prenda se deslizó por su cuerpo hasta el suelo, dejándola prácticamente desnuda ante mí. Un conjunto de ropa interior de delicado encaje azul marino por toda vestimenta. Unas bragas de cadera alta realzaban su figura, despertando todo mi deseo.

Seguí con mi camino bajando despacio por su pecho, llegando hasta el sujetador e introduciendo mi lengua para rozar el ya endurecido pezón. Los jadeos ahogados se transformaron en claros gemidos cuando lo hice.

Fue ella la que se lo desabrochó dándome libre acceso. Subí mis manos desde sus caderas, sin dejar de acariciarla, rozando despacio la piel de su costado hasta sus pechos, sosteniéndolos ahora con ellas y alzándolos para poder besarlos y lamerlos.

Con cuidado hice que diera un paso atrás para recostarla en la cama, tumbada ante mí la recorrí por completo, besando y lamiendo su cuerpo hasta llegar al principio de su única prenda.

Entonces fue ella la que me hizo subir, tomando el control se situó encima de mí, desabrochó la camisa rozando mi pecho y llenándolo de besos, bajando a la vez que me sostenía la mirada.

Me desnudó de forma más precipitada, pero sin dejar un poco de piel por besar o lamer. Recorrió mi pectoral rozándolo con las uñas, seguidas de su lengua, mientras yo me retorcí de placer y buscaba acariciarla.

Una vez desnudos por completo no hubo tregua alguna y tampoco miramiento, los dos apagamos la llama de la pasión que habíamos estado alimentando durante nuestros encuentros. La hice mía y fui suyo de todas las formas que se nos ocurrieron. Hasta que volvimos a caer agotados y satisfechos en la cama.

Ronroneando, jugó con su nariz en mi mandíbula.

—Eres un salvaje inglés, Murray —dijo con voz adormilada.

—¿Te hice daño? —pregunté asustado. Cabía la posibilidad de que me hubiera dejado llevar demasiado.

—En absoluto, pero me has sorprendido. —Me miró de reojo divertida—. Para bien, me has sorprendido para bien. Imaginaba un encuentro más pausado y habría estado bien, pero me gusta

lo que ha surgido.

—Y a mí. Aunque también puedo ser dulce.

—Eso ahora, mientras me besas y me duermo.

La acomodé en mi costado, besando su frente.

—Me falta el rumor del mar —dije, porque en esas semanas en Baileaghràid no había dejado de escucharlo en ningún momento.

—Ya eres del pueblo, no vas a poder dormir de verdad fuera de allí nunca.

—Eso es maravilloso, porque no pienso irme por mucho tiempo.

Se acercó para besarme. Volví a acomodarla en mi costado, apagué la luz y cerré los ojos sintiéndome un hombre nuevo. Uno que había vagado por muchos caminos y ahora se encontraba en casa, feliz con su presente y en paz con su pasado.

Capítulo 11

Aylin

Me desperté entre los brazos de Kenneth. Los besos que nos habíamos dado hacía unas horas seguían aún ardientes en mi piel. Recordaba todas sus caricias y mi cuerpo aún sentía la presencia del suyo. Pasional y delicado a la vez. Había sido maravilloso, atento y fogoso. Su manera de responder a mis jadeos adelantándose a mis necesidades, el modo en que sus manos habían recorrido cada centímetro de mi piel había sido delicioso.

Rocé con mis dedos sus labios, los cuales respondieron dándome un dulce beso. Abrió un ojo y sonrió.

—Por la mañana eres aún más hermosa.

Una risa vergonzosa salió de mis labios.

—No digas esas cosas, faltan algunas horas para que amanezca.

—En ese caso... —Se movió haciendo que quedara sobre él—. Tendremos que entretenernos con algo hasta entonces.

Sentí cómo su cuerpo respondía con rapidez y abrí mis piernas acomodándolo. Lo recibí gustosa de nuevo. Hundiendo mis labios en su cuello, cuando lo tuve nuevamente dentro murmuré lo mucho que lo deseaba.

Con nuestros cuerpos entrelazados, sin saber dónde acababa uno y empezaba otro, volvimos a quedarnos dormidos.

Esta vez me despertó el ruido de una puerta al cerrarse y alguien tropezando con un mueble y maldiciendo. En un primer momento, lo primero que vino a mi cabeza fue un ladrón, pero después ese alguien encendió una luz y nadie es tan torpe como para ello.

Busqué algo de ropa para cubrir mi desnudez, encontré la camisa de Kenneth y salí de la habitación. Descubrí a Aidan, que se había dejado caer en el sofá con pinta de ir bastante borracho. Al verme alzó la cabeza con gesto de dolor.

—Mierda. Creí que mi hermano habría ido a otro sitio —dijo con voz pastosa y alargando las eses—. Lo siento mucho. Me marchó ahora mismo.

Trató de incorporarse, pero su mano falló al buscar el reposabrazos y volvió a caer al sofá. Gruñó enfadado por su torpeza y trató de volver a levantarse. Lo impedí poniendo una mano con dulzura en su hombro y sentándome a su lado.

—Deja que me vaya a un hotel, hay uno aquí cerca, lo último que quiero es joderos la primera mañana pos noche de sexo.

—Ya he tenido mi primera mañana pos.

Miró su reloj cerrando un ojo para enfocar.

—Kenneth, siempre tan madrugador.

—No sabes cuánto. —Reí ante su cara de asombro.

Acaricié con ternura su pelo, algo en él me recordaba a mi primo Bryden y no era la primera vez que tenía una conversación por el estilo. La borrachera que veía no era el producto de una fiesta, allí detrás había una mala noticia.

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué estás así?

—Porque tengo una tolerancia baja al alcohol y alta a los cabrones.

—Soy experta en ambas cosas, sobre todo en la segunda. —Desvié mi mirada hacia la puerta de la habitación—. Aunque creo que de esa me estoy curando.

Su media sonrisa llegó hasta sus ojos que en ese momento rebosaban de orgullo por su hermano.

—Sí, con él sí. Él es de los pocos hombres que jamás te van a fallar. Jamás. Es atento, dulce, romántico y... bueno, no sé cómo es en la cama, pero seguro que si no...

—Bueno, es muy bueno.

—Lo sabía. Los más calladitos lo son. —Movié la cabeza para apoyarse en mi hombro y confesó—. He quedado con mi ex.

—Me da que no ha sido buena idea —murmuré, y él bufó.

—Ha cancelado la cita. Me ha mandado un mensaje una hora antes diciendo que no podía venir, que se le ha complicado el trabajo. —Hubo un silencio y su voz sonó más herida cuando dijo—: Me ha mentido. Es decir, yo vengo desde Ámsterdam, después de que él lleve cuatro días insistiendo en vernos. Cojo un vuelo dos días antes de lo previsto, porque pensábamos quedar para hablar.

Carraspeé, Aidan movió la cabeza para poder mirarme de frente y trató de no reírse al ver mi cara seria. Hice un esfuerzo para no hacerlo yo tampoco, estaba muy cómico con el pelo deshecho y la ropa desorganizada. Sin embargo, era un momento importante y no podía permitir que se hundiera más en sus malos pensamientos. Le apunté con el índice y muy seria dije:

—Ni un eufemismo más o me levanto y me voy con tu hermano.

Afirmó con la cabeza y la bajó incapaz de mirarme a los ojos ante lo que iba a reconocer.

—Está bien, como dice un amigo mío: «Pensaba darle como cajón que no cierra».

No pude aguantarme y solté una carcajada ante esa imagen tan gráfica.

—¿Quién dice eso?

—Andrés, es español, tiene millones de formas de decir cosas parecidas. El hecho es que me dice que tiene trabajo y que no puede quedar, y diez minutos después lo veo en las historias de otro compañero.

—Menudo cabrón.

—No, eso no es lo mejor, lo mejor es que está en Glasgow. Es decir que ni siquiera estaba en Edimburgo cuando me dijo de quedar, ni pensaba estarlo. Soy un gi...

Lo frené intensificando el abrazo y hundiendo su cara en mi hombro. Por nada del mundo quería que pronunciara esas palabras referentes a su persona.

—Eres una buena persona, eso es todo. Ese ser no se merece ni que pienses en él. Sé que es complicado y que ahora mismo te sentirás de muchas maneras, pero tienes que saber que el que ha fallado es él y no tú. Tú has sido una persona buena a la que han herido, no tienes que sentirte de ningún modo. Hay hombres que son como las cucarachas.

—Sí, pero sigo cayendo en ellos.

—Es porque no te valoras. Aidan, da igual quién sea tu ex, no te merece y punto. En algún lugar hay un hombre bueno, dulce, atento y muy fogoso que te hará volver a creer en lo bueno de este mundo. Solo necesitas tomarte un tiempo para que, cuando llegue, lo que te ha hecho ese cabrón sea historia y puedas disfrutar de lo que te mereces.

—Suenan tan bien todo eso, pero es que Jack está tremendo.

—Me da igual lo tremendo que esté... —Puso delante de mí una foto del susodicho medio en pelotas—. ¡Joder!

—Lo sé. Es actor.

Ladeé la cabeza para verlo mejor y él sonrió. Retiró la pantalla y buscó algo. Yo volví a ser consciente de lo dañino que era ese chico para él y seguí con mi discurso.

—Como si es el futuro rey de Inglaterra. —Él arrugó la nariz al imaginarse al príncipe Carlos y yo sonreí—. Hazte valer, porque ese tío no te merece lo más mínimo.

—Mira qué bien actúa.

Mis ojos se abrieron hasta el infinito. En la pantalla ahora había dos personas en la cama.

—¿Es actor porno? —murmuré.

—Sí. Pero este video no es una escena de sus películas. Se hizo viral cuando aún éramos pareja. Corrió como la pólvora por todos los móviles de prensa y gente del mundillo. Salvamos la situación diciendo que nos estábamos tomando un descanso, pero no era verdad. Sé lo que estás pensando: ¿por qué sigo hablando con él? Lo cierto es que si Kenneth se entera me cortará la cabeza, pero no puedo evitarlo.

—Te comprendo. Es como cuando alguien recae al dejar de fumar. Una necesidad que tienes de ir una y otra vez a su lado aunque sepas que te hará daño. No te juzgo porque yo he estado en tu misma situación. De hecho, sigo pagando el haber confiado en ciertas personas. Pero eso no quita que vaya a dejar que te sigas torturando, ahora mismo borras ese video, si tienes que buscar ayuda profesional lo haces, a veces es bueno que una persona te ponga los pies en la tierra.

Ahora, vas a prepararte la maleta, te vienes con nosotros a Baileaghràid. Seguro que así encuentras la paz que necesitas, al menos por unos días. Y si ese cabrón te vuelve a hablar, le dices que venga y habrá un fantasma más en el pueblo.

—¿Tenéis fantasmas?

—De los de carne y hueso, un par. De los divertidos, bastantes. Tu hermano tiene uno en su futura casa al que adoro.

Sonrió y me abrazó. En ese momento Kenneth salió de la habitación llevando solo los calzoncillos. Ambos lo miramos. Aidan, sorprendido. Yo, con deseo, algo que le hizo sonreír.

—Te parecerá bonito, me curro la mejor cita de la historia y cuando me despierto te encuentro en el sofá con mi hermano viendo... ¿Eso es una peli porno?

Aidan se apresuró a bloquear la pantalla y yo me levanté yendo a abrazarlo.

—Tenía que cotillear con alguien lo perfecto que fue todo ayer y Olivia me habría cortado la cabeza si la despierto a estas horas. —Su cuerpo desprendía el calor de las sábanas y yo rodeé su cintura sintiendo que estaba en el lugar correcto.

—Por lo visto eres un amante muy experimentado —dijo su hermano jugando con las cejas.

—¿Vas borracho?

—Contento —intervine—. Pero ahora mismo se va a dar una ducha de agua fría, se viene con nosotros al pueblo.

Kenneth me miró alzando una ceja.

—Ha sonado a castigo. ¿Qué has hecho, mini Murray?

—El gilipollas, pero tu chica tiene razón. Me voy a alejar de todo, pero de verdad, pondré en orden mis valores y después volveré. Trabajo y paz es lo único que necesito.

Fui a hablar, pero me callé, los dos me miraron.

—Tú la conocerás más, pero diría que se está callando algo, así que voy a la ducha y os dejo hablar en la intimidad. Tranquila, pondré música por si quieres tener el segundo de la noche —dijo guiñándome un ojo.

—Eso, dúchate que apesta a alcohol, no necesitas música, pero en todo caso sería el sexto.

Kenneth se frotó la cara al escucharme y Aidan soltó una carcajada cerrando ya la puerta del baño.

—No necesita tanta información —dijo mientras yo sonreía y lo besaba.

Pronto la música latina llenó la pequeña vivienda, intensifiqué el abrazo, hundiendo en su pecho mi rostro. En algún momento de la conversación con Aidan me había dado cuenta de que seguía tratando a mi gente con desconfianza, sin dejarme ayudar por mucho que me demostraran su fidelidad, como Evans o Logan. Él entendió que había algo que quería decir y, mirándome con dulzura, preguntó:

—¿Ha pasado algo más aparte de que mi hermano volviera a quedar con su ex?

—¿Estabas despierto?

Kenneth intensificó el abrazo y me dio un beso en la sien, buscó mi oído para murmurar:

—Sí, pero no podía salir. Si llego a verlo mal por ese cabrón no sé cómo habría reaccionado. Os escuchaba hablar de forma tan familiar y cercana que me he permitido pensar que estaba bien.

—Y lo está. Me ha hecho darme cuenta de una cosa, pero necesito desayunar antes de nada.

Me llevó de la mano hasta la cocina y empezó a preparar la cafetera en silencio, dejando que yo pensara lo que quería decir. Con la taza de café humeante frente a mí, dije:

—Sigo sin confiar en los que me rodean. Una parte de mí sabe que solo queréis ayudarme y yo os trato como si fuerais los causantes de mis problemas, cuando esos han sido otros.

Cogiendo aire le conté todo, el problema de mi padre con el juego y cómo había llevado a la ruina a la fábrica, y después lo de Scott. Cómo después de romper se había ido quedándose con todo, algunos de mis mejores trabajadores, ideas e incluso proveedores.

Me escuchó con paciencia mi monólogo, en el que no me dejé ni un punto. Después guardó silencio durante largo rato, sirvió una segunda taza de café y me llevó de la mano hasta el sofá.

—Lo que te ocurrió con tus ex a nivel personal es duro. Las mentiras y desconfianzas, pero si añadimos esto último ya es para alucinar. Jamás llegaré a entender qué gana la gente siendo tan ruin.

—«La única luz que molesta es la que está encendida». Eso me dice Olivia cuando hablamos de Scott.

—Y tiene toda la razón. Todo lo que hace es porque no soporta que tú seas mejor que él. Si te das cuenta está triunfando con tus ideas. Tiene la suerte de que su capital le permite realizarlas. Se ve mucho en mi trabajo, compañeros robando ideas o frases para campañas. Es triste, pero a veces pasa. Además, en tu caso creo que también hay algo de orgullo herido. Esa idea extraña de que si la mujer que está a tu lado es más exitosa que tú eres menos hombre.

—¿Seguís pensando eso?

—Por lo visto algunos sí. Yo nunca me sentí amenazado en ese aspecto. Para mí eres una profesional y serás mejor o peor según tus acciones, no por el género con el que te identifiques. Me gusta mucho lo que he visto en la fábrica, tienes a los trabajadores unidos y unos valores fuertes.

—Y, sin embargo, mírame, luchando constantemente con el agua al cuello.

—Aylin, pedir ayuda no te hace menos válida. Lo aprendí a la fuerza. ¿Crees que Evans te ofrece su ayuda porque piensa que no eres capaz de hacerlo sola?

—No, claro que no. Pero que Evans haga una inyección de capital en la fábrica no es una solución, es solo un parche.

—Eso lo tienes que decidir tú. A veces los parches te ayudan a llegar a la siguiente área de servicio y a solucionar de verdad el problema. Otras, puedes coger la rueda de repuesto de un amigo y ya se la devolverás. —Se acercó para tocar su frente con la mía—. Un amigo experto en marketing que te ayude a crecer, por ejemplo. No es que no seas buena en lo tuyo, es que no puedes ser experta en todo. Si algo he aprendido en mi carrera es que te rodees siempre de buenos profesionales que te faciliten el trabajo y te aporten su experiencia. Si no quieres que sea

yo porque despierta muchos fantasmas puedo hablar con alguna compañera.

—No —dije rápidamente para que no pensara ni por un momento en esa opción—. En este tiempo que nos estamos conociendo, no ha habido ninguna señal de todas las que hubo con Scott pero que ignoré.

—Tampoco te martirices con eso ahora.

—Lo intento con todas mis fuerzas —respondí tratando de sonreír. Kenneth me abrazó y me dio un beso en la sien—. He ido aprendiendo con el tiempo. El caso es que ni siquiera sé cómo podrías ayudarme.

—Tal vez no es el momento de pedirme ayuda, pero me gusta que ya puedas verme por la rendija de la puerta y no esté del todo cerrada.

—Me alegro de que me entiendas, no quiero tener secretos contigo.

—Ni yo que los tengas. Gracias por confiar en mí y por ayudar a Aidan.

Elevé la cabeza y lo besé.

Después de aquella noche, estaba segura de que esta vez sí estaba haciendo una buena elección.

Capítulo 12

Kenneth

Las semanas siguientes se convirtieron en una muestra de mi vida, tal y como siempre había soñado. Los albañiles por fin habían habilitado el piso superior; y para disgusto de Aidan, entre él y Logan había surgido una relación de amistad instantánea, abandonamos la posada para instalarnos en el faro. Desde allí podía dirigir el resto de la obra con mayor facilidad, la cual avanzaba despacio, pero empezaba a dejar ver los resultados.

Cuando mi trabajo requería cierta concentración volvía a la posada, durante el día el comedor permanecía casi vacío y podía instalarme allí con el portátil, una taza de café y algunos de los deliciosos dulces de Adhara. Solo en un par de ocasiones había tenido que ir de forma presencial a la oficina, era la prueba que necesitaba para saber que mi idea loca de irme a vivir a un pueblo alejado de la ciudad funcionaba.

El gran acontecimiento del verano, los Juegos de las Tierras Altas, se acercaba y se empezaba a notar en el ambiente. Aylin tenía mucho trabajo, pues además de cierto evento donde quería mostrar algunas de sus telas, Agnes la había convencido y estaban a punto de inaugurar una tienda, como la que ya existía en la fábrica, pero en el centro del pueblo, en una pequeña habitación que había en la parte baja de la casa de la capataz. La habían pintado y decorado de forma que pareciera una antigua mercería; la idea era poner al alcance de los visitantes de Baileaghràid artículos cotidianos hechos con las mejores telas, sin que tuvieran que desplazarse a la fábrica. Como publicista aprobé la idea cuando me la confesó una noche en la cama.

Después de nuestra primera cita no habíamos vuelto a poner barreras a la pasión y era muy rara la vez que no terminábamos durmiendo juntos. Ya fuera en la posada, el faro o la casa de la bruja. Sin importarnos qué dijera la gente. Éramos dos adultos libres y podíamos hacer lo que nos diera la gana.

—Agnes dice que así venderemos más.

—Es más probable. La gente no compra lo que no ve. Piensa que la fábrica está a las afueras, el entorno es precioso, pero sigue siendo una fábrica de telas sin ningún interés.

—Es un edificio del siglo XVIII, la gente adora visitarlos.

—Los grandes palacios y castillos, no una fábrica. —Acaricié su pelo y le di un beso—. Sabes que es una buena idea, ¿qué es lo que te preocupa de verdad?

—Que no funcione. Que la gente no quiera comprar nada aunque se lo pusiéramos en la cara. Mis telas son caras.

—Tus telas son de altísima calidad. Aidan está maravillado con ellas.

—Lo sé, pero no sé si la gente busca eso ahora. Entiendo la idea de Agnes, y cuando la expusimos a las chicas todas la apoyaron, por eso hice la inversión. Ha sido pequeña, ya que Madeline y Agnes donan gustosamente el local hasta que remontemos, pero...

—Eso es lo que te tiene angustiada, sientes la necesidad de pagarles una compensación y necesitas que sea ya.

—Me asusta lo mucho que sabes de mí en tan poco tiempo.

—Imagina lo mucho que te deben conocer ellas.

—Me han visto nacer, Kenneth. Mi padre las contrató cuando yo aún solo era un bebé.

—Pues deja de torturarte, saben que harás lo imposible por cumplir tu palabra. Ahora cierra los ojos y descansa, estás teniendo días duros.

—Gracias por ser la voz de la razón —dijo bostezando.

Poco después escuché su respiración pausada y no tardé en seguirla al mundo de los sueños.

Días después, a última hora de la tarde, Aidan entró en mi despacho sin avisar.

—Estoy asqueado, necesito salir de aquí o me volveré loco.

—Cuando quieras puedes volver a Edimburgo —dije sin levantar la vista del ordenador, acostumbrado ya al drama teatral de mi hermano.

—No quiero volver a Edimburgo, quiero hacer algo. Voy a hablar con Olivia y esta noche vamos a cenar a la taberna.

Aquello sí que me hizo dejar de hacer lo que estaba haciendo y prestarle toda mi atención. Aidan siempre había sido una persona sociable, mucho más que yo. De pequeños, nuestros padres nos llevaban a veranear a infinidad de sitios, nos dejaban solos en la playa o la piscina y a los pocos minutos él ya era el líder de un grupo que duraría los quince días que estuviéramos allí. Incluso a día de hoy seguía en contacto con algunas de esas personas. Sin duda su carácter, junto con su enorme atractivo, era lo que había conseguido que llegara tan lejos en poco tiempo y ahora fuera uno de los modelos mejor valorados del mundo.

Seguía siendo un niño de cuatro años con esa facilidad para hablar con desconocidos. Le había bastado una noche para hacerse íntimo de Logan y otra más para incluir a la hermana de este, a Evans y a Alba en ese grupo exclusivo al que recurrir cuando necesitaba unas risas. Pero en los últimos días el nombre de Olivia estaba más que presente en sus conversaciones.

—¿Por qué me miras así?

—Si no supiera que te van los hombres preguntaría qué hay entre tú y esa chica.

La carcajada resonó por las paredes desnudas de mi despacho.

—Kenneth, tienes que decorar este lugar, tiene demasiado eco.

—Lo haré cuando todo termine, ahora es absurdo, se llenará de polvo. ¿Qué te ha resultado tan gracioso?

—¿Te acuerdas de la última noche que pasaste en casa de Aylin?

—¿Esa en la que ibas tan borracho que terminaste en una cama de la posada incapaz de volver al faro?

—Sí. Bien, pues ella durmió conmigo. Estaba de bajón por culpa de algún capullo que no la había llamado y le dije que si quería dormir acompañada yo no tenía problemas, creo que aún me odia porque fue exactamente eso lo que hicimos.

—¿Esperaba algo más después de que confesaras tu deseo por su hermano?

—Hay gente dispuesta a montarse un trío con esos dos. Créeme.

—Te creo —dije alzando las palmas de las manos a la vez que reía y negaba con la cabeza.

—¿Qué te resulta tan raro, el trío o que sean hermanos?

—Ambos. Para mí el hecho de acostarme con una persona es íntimo y personal, tres son multitud.

—Te comprendo. Tendrías que haberle visto la cara a Logan a la mañana siguiente cuando nos vio salir de la habitación a los dos. Olivia aún iba con el pelo alborotado y cara de pocos amigos y él vestía uno de esos *kilts* que suele llevar, con esas camisetas que... Santo Dios —dijo abanicándose con la mano—. No dejan nada a la imaginación.

—No lo quiero imaginar.

—Ya lo hago yo por ti. El caso es que nos miró con cara de pocos amigos y por un instante estuve a punto de vivir por primera vez la escena de hermano protector acorralándome y diciéndome: «Como le hagas daño a mi hermanita te corto los huevos».

—¿Y qué pasó?

—Que Olivia bufó y dijo: «Ojalá, Logan, ojalá». Y no pude más que reírme y abrazarla con cariño. Eso es lo que hay entre ella y yo. Y ahora deja de entretenerme y ve a cambiarte, porque seguro que no quieres ir con esas pintas a cenar.

—Ve tú.

—¿Qué? No, ni de coña te dejo solo aquí, llevas encerrado en este despacho todo el día.

—No estoy encerrado, estoy trabajando. Son cosas diferentes.

—Para el caso es lo mismo, no voy a dejarte solo.

—¿Quién te ha dicho que me voy a quedar aquí? Solo dije que fueras tú a la taberna, yo tengo otros planes —dije alzando mis dos cejas y haciendo media sonrisa.

Aidan rio a la vez que aplaudía.

—Ese es mi hermano mayor. Venga, pues; en marcha, que tenemos lío.

Poco después llamaba a la puerta de Aylin con una cesta llena de su comida favorita. Abrió con una gran sonrisa.

—Buenas noches, caballero —dijo con voz sensual, apoyándose en el marco de la puerta.

—Buenas noches, bella dama. Vengo a ofrecerle una cena bajo las estrellas. —Alcé la cesta para mostrársela. Ella estiró su mano cogiendo mi camiseta y tirando ligeramente para que entrara.

—Tengo una idea mejor —murmuró ya con sus labios rozando los míos.

No tardé en rodear su cintura con mis brazos a la vez que terminaba de entrar y con un golpe de cadera ella cerraba la puerta.

La besé con lujuria, pasión y deseo, como si hiciera años que no lo hacía, apoyando su espalda contra la puerta sin pararme a pensar si aquello era adecuado. Empecé a besar su cuello despertando los primeros gemidos. Aylin se apoyó en mis hombros para elevar las piernas hasta mis caderas.

—Espera, la cena. —Pude decir entre besos, porque con la cesta en la mano era incapaz de sujetarla bien.

Ella cogió la canasta y la dejó caer en una de las sillas que decoraban la entrada. Con ambas manos libres, agarré sus piernas y la ayudé a elevarse. La camiseta larga que llevaba no fue impedimento para la postura y pronto mis dedos pudieron rozar la suave piel de sus muslos. Jugué a acariciar el interior mientras ella mordía mi cuello y me hacía perder la fuerza.

—Vayamos a la cama —gruñí.

—Hagámoslo aquí y ahora. Déjate llevar.

Y lo hice. Cumplí la petición con gusto. Aún con el miedo de hacerla caer, conseguí bajarme los pantalones e introducirme en ella sin esperar mucho más. Aylin no solo estaba receptiva, sino que lo esperaba deseosa, como si hubiera sabido de mi llegada mucho antes. Su cuerpo se arqueaba de placer contra la puerta mientras gemía pidiendo más.

Sus manos se hundieron en mi pelo dando un pequeño tirón y elevando mi mirada para después besarme con toda la pasión que ese encuentro estaba despertando en nosotros.

Los gemidos de ella se hicieron más intensos, la sentía cerca del final. Fue su excitación, sentir el placer que despertaba en ella lo que hizo que la acompañara en el orgasmo. Me quedé rendido, apoyándome por completo contra la puerta y tratando de recuperar el aliento.

Unos besos dulces en mi cuello me devolvieron a la realidad. Me moví para poder mirarla a los ojos. Rocé, ahora con ternura, mi nariz en su mejilla, y ella se movió para besarme. Con cuidado deshicimos la postura haciendo que sus pies tocaran el suelo, aunque sus brazos seguían aferrados a mi cuello.

—Gracias —murmuró.

—A ti por el recibimiento.

Los dos sonreímos entre cómplices y vergonzosos, como si fuera nuestra primera vez.

—Es que te he visto y no lo he podido evitar.

Acaricié una mejilla con mis dedos y mis labios los siguieron.

—Déjate llevar las veces que quieras.

Apagado ya el fuego ardiente de la pasión, cogimos la cena y fuimos a la cocina. Aylin sirvió

dos copas de vino a la vez que yo ponía la comida en platos. Cuando todo estuvo listo fuimos al salón. Allí, sobre el sillón frente a la ventana, descansaba el ejemplar de *El ladrón de cadáveres*, de Robert Louis Stevenson; lo cogí sonriente, recordando nuestro primer encuentro.

—¿De relectura?

—Sí —respondió acercándose a mí—. Llevo tanto lío en el trabajo que necesitaba una noche tranquila con un viejo amigo.

—Si es eso lo que...

Me calló con un beso.

—Mi noche ha mejorado exponencialmente.

Dejé el libro donde estaba y fuimos a cenar. Dimos buena cuenta de la empanada y los dulces mientras ella me ponía al día de los avances con la tienda; y aunque seguía negándose a que la ayudara con la publicidad, el hecho de que me hablara abiertamente del trabajo ya lo consideraba una victoria.

—Por primera vez siento que las cosas están yendo en la dirección correcta, Agnes acertó con los nuevos proveedores y la gente está respondiendo bien al evento de los juegos. Además, estás tú.

—Yo no hago nada.

—Eso no es verdad. Me apoyas y consientes. Si no, ¿qué ha sido eso que ha pasado hace un rato?

—Una sorpresa inesperada y placentera que estoy dispuesto a repetir las veces que haga falta. Solo dime qué lo ha provocado: ¿la cena, el estrés...?

Rio y se acercó a darme un beso.

—Tú, Kenneth Murray. Me vuelves loca y consigues que rompa todas mis barreras.

Me acerqué más a ella y besé despacio su cuello, subiendo hacia su oreja; una vez allí, con voz profunda, dije:

—Vamos arriba a romper alguna más.

Una risa traviesa fue su respuesta, volvió a deslizar sus brazos por mi cuello y la llevé hasta la cama con la clara intención de pasarme el resto de la noche amándola.

Capítulo 13

Aylin

Debí habérmelo imaginado, la felicidad no dura para siempre; y después de tres semanas con el viento a favor y buen rumbo, las nubes de tormenta, reales y figuradas, aparecieron dispuestas una vez más a destruirlo todo.

Como un presagio de lo que estaba por ocurrir, ese día hice el camino hacia la fábrica bajo un cielo gris como hacía semanas que no veíamos. Incluso el aire era frío, como si en lugar de estar en pleno verano estuviéramos a las puertas del invierno. Cuando llegué empezaban a caer las primeras gotas, torcí el gesto y murmuré para mí: «Solo espero que este fin de semana tengamos un cielo radiante como decía el pronóstico».

Escuché relinchar a Cally Berry y me acerqué a la parte trasera para ver si necesitaba algo, la yegua estaba feliz bajo techo, con paja seca de sobra y agua limpia. Le acaricié el cuello y me respondió con otro relincho, esta vez más alto. Parecía reír de felicidad por encontrarme allí.

—¿Qué pasa, preciosa? Qué bien te cuida Agnes, ahora cuando suba le diré que tiene que sacarte a cabalgar más a menudo, que es lo único que te falta. —Cabeceó como si me entendiera y quisiera que lo hiciera yo—. No, yo no puedo, ya sabes que las mujeres McFàrach no cabalgamos solas o nos pasan cosas terribles. Además, llueve.

Cerré los ojos recordando la última vez que había salido a cabalgar bajo la lluvia. Como no podía ser de otro modo, lo había hecho con Logan, a él poco le importaba si había tormenta. Había sido poco después de la muerte de mi padre; desoyendo los gritos de mi madre, había salido de casa dispuesta a romper con todo. Incluso había cerrado la puerta de la casa vociferando que no pensaba arreglar sus problemas. Que fueran los abogados o quien correspondiera, pero que yo no haría nada con las deudas que mi padre había dejado. En esa época rompí varias reglas; pero a pesar de mi espíritu rebelde, jamás había jugado con esa dichosa maldición, por muchas ganas que tuviera de hacerlo.

En mitad de mi intensa huida, corriendo por una de las laderas cercanas, me había topado con Logan, el cual también huía de alguna de las tareas que Adhara le tenía predestinadas. Se podría

decir que aquella fue mi última tarde con plena libertad. Volví a casa de madrugada, empapada de la lluvia, ebria de whisky y buenas sensaciones.

Como si no solo pudiera entender mis palabras, sino además adivinar mis pensamientos, Cally Berry acarició con el hocico mi mano como si fuera una muestra de apoyo.

—Lo sé, preciosa, sé que tú jamás me harías daño, pero no enfademos al destino.

Suspiré dándole un abrazo y me dirigí a mi despacho, tenía que empezar el día. Si hubiera sabido lo que me esperaba dentro, quizá me habría planteado volver a huir con Cally y desaparecer.

Nada más entrar sentí que el ambiente era extraño, sobre todo teniendo en cuenta que en dos días se celebraban los juegos y estaba la inauguración de la tienda. La gente trabajaba en un silencio que me pareció tenso, y no solo porque yo fuese la jefa, allí había algo más. No localicé a Madeline ni tampoco a Agnes, por lo que seguí mi camino hacia mi despacho en la planta superior.

Estaba ya subiendo por la escalera cuando distinguí las siluetas de ambas a través del cristal biselado de la ventana que daba a la fábrica. Las dos en mi despacho a puerta cerrada y a primera hora, ojalá las pillara como Gertrude pilló a Bryden cuando era adolescente, porque de lo contrario solo podía significar una catástrofe.

—Buenos días —dije entrando, y sus caras me aseguraron que no eran portadoras de buenas noticias—. ¿Qué ocurre?

Madeline fue a hablar, pero se calló, dio una vuelta por la estancia llevándose las manos a la cabeza, la conocía, estaba pensando las palabras correctas, las que me causarían menos daño.

—Cariño, no es tan horrible, solo un contratiempo más.

—Agnes, por favor, sal y deja que hable a solas con Aylin.

—Es que estás muy catastrofista y de verdad que no es nada. Ya ves, un anuncio cualquiera, eso es una tontería.

—¿Qué anuncio? Haced el favor de decirme algo una de las dos, lo que sea.

Madeline se frenó en seco, mirando por la ventana, incapaz de hacerlo a los ojos, y con la voz casi en grito dijo:

—Lo que sea es que Scott nos ha vuelto a joder y yo de verdad que no sé ese hijo de mil demonios de dónde ha salido y ¿cómo es capaz de adelantarse a todos nuestros movimientos? Ahora resulta que se ha unido a varios famosos de redes sociales y el sábado, justo el sábado, porque no hay más fines de semana con eventos este verano, celebra un desfile de moda.

Parpadeé sorprendida por su salida de tono, Madeline era una mujer muy calmada y pocas veces le había escuchado una palabra más alta que otra. Bajé la cabeza al darme cuenta de que yo era la causante, que en mis noches de confidencias de amantes había hablado de esos futuros eventos y planes como opciones para mejorar, creyendo que Scott estaría a mi lado y no que lo utilizaría para pasar por encima.

—Porque yo le hablé de ellos. Soy la culpable de todo lo que está pasando.

Agnes vino rápidamente a abrazarme, seguida de Madeline, la cual ahora se sentía culpable por su salida de tono.

—De eso nada, no eres culpable de nada. El único culpable es él, que te está traicionando. Ay, mi niña, después nos preguntamos por qué te cuesta tanto confiar en la gente y cada vez que lo has hecho has recibido una puñalada. —Me dio un beso en la cabeza como una madre consolando a su hija y con un tono más enérgico dijo—: Va a hacer un desfile de moda este sábado, pues menos mal que nosotros decidimos que ya teníamos suficiente con la inauguración de la tienda.

—No lo entendedéis —hablaba sin fuerza, como una mujer que ha luchado mil batallas y está cansada, aquello me asustó—. Esos famosos atraerán a gente y esa gente no vendrá a vernos a nosotros. La inauguración será un desastre; nadie, salvo los de siempre, sabrá que ha ocurrido y todo el esfuerzo y todo el trabajo se irán al traste porque...

Agotada, se dejó caer en uno de los sillones y entonces fue cuando lo entendí. Habíamos invertido todas nuestras energías en un proyecto y esta vez eran las últimas. El último esfuerzo antes de tirar la toalla. Una vez más Scott dejaba ver su crueldad, la que me había mantenido aferrada a él bajo una manipulación que a día de hoy aún me costaba reconocer en algunos aspectos. No sabía cuándo había empezado, pero sí que se había desbocado ante mis primeras muestras de rebeldía.

¿Tan ciega había estado como para enamorarme de un hombre que solo se movía para hundirme? Que solo deseaba verme caer. Ahora, dos años después, me parecía imposible haber amado a un ser tan ruin y mezquino. Sin embargo, así había sido y no solo eso, sino que además lo había hecho de tal forma que había descubierto todo mi juego. Mi estrategia en el negocio, aquello que jamás debes hacer bajo ningún concepto, y ahora lo estaba pagando paso a paso. Empezando por mis empleados claves, aquellos más importantes en la fábrica, pero que ante la amenaza de un posible cierre por la bajada de ingresos dejaban de ser fieles a mí y se iban con él. Lo mismo había pasado con los proveedores, uno a uno se los había ido quedando él, con pedidos más grandes y frecuentes, con una seguridad que en ese momento yo no podía darles. Ahora llegaba la estocada final, el tiro de gracia, fastidiar visibilidad al evento que tendría durante la celebración de los juegos en Baileaghràid, y este sí que era personal. Pues al contrario de lo que me pasaba a mí, su fábrica no estaba enclavada en las Tierras Altas y por lo tanto su población no celebraba los juegos. Había escogido otra para ello y justo coincidía con la mía, eso no era cuestión de azar, eso dejaba claras sus intenciones.

Agnes abrazaba a Madeline y acariciaba su espalda con cariño mientras susurraba palabras de amor.

—Está bien, si quiere guerra tendrá guerra —dije haciendo que las dos me miraran.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó Agnes extrañada por mi determinación.

—Digo que jamás pido nada, que siempre cumplo las reglas y siempre acabo recibiendo los balazos. Que esto se acabó, tengo que pensar un plan, pero no nos vamos a rendir.

—Pero es que él ya tiene a muchas personas pendientes de su evento —protestó Madeline.
Me acucillé frente a ella para poder mirarla a los ojos.

—Solo quiero que me respondas a esto, ¿seguimos queriendo salir adelante?

—Claro —dijeron las dos a la vez.

—Pues entonces necesito pensar y eso no lo puedo hacer aquí encerrada, porque ya he pasado mucho tiempo haciéndolo y siendo una cobarde que apostaba a lo seguro. Ciertamente es que en esta familia lo de apostar no siempre ha dado buenos resultados, pero vamos a ignorar eso por un momento. Si os parece.

Agnes tapó una sonrisa con su mano y Madeline nos miró a ambas como si nos hubiéramos vuelto locas.

—No sé, ¿qué pretendes hacer?

—Pues de momento me voy a ir con Cally Berry a dar un paseo, no me miréis así, ha dejado de llover y parece que incluso saldrá el sol, y eso, amigas mías, es una señal. Solo necesito que sigáis con el plan establecido y estéis preparadas para cualquier cosa que se me ocurra. Quién sabe, igual el gen loco de mi padre acaba de salir a la luz y nada tiene sentido desde ahora, pero os voy a garantizar que si esto es el final, será el final más grande y fabuloso que hayáis visto.

Y con esas palabras, dejándolas más preocupadas que otra cosa, salí de la fábrica, ensillé a la yegua y me fui en busca de algún lugar alejado de aquellas cuatro paredes que me permitiera pensar.

Había aguantado estoicamente frente a ellas, pero la puñalada de Scott había sido mortal; disminuyendo el paso de Cally Berry al mínimo, dejé que las lágrimas surgieran a la vez que el viento las secaba, como si mi tierra, mi pueblo, mi hogar me impidieran derramar una más por ese monstruo.

Vagué sin rumbo por las praderas hasta que de pronto me vi en la puerta del cementerio. Sin saber muy bien por qué, descabalgué, dejé al animal paciendo tranquilamente en la hierba de la entrada, sin temor a que se fuera o alguien la robara, y entré. Anduve por las calles, rodeada de mi gente de otros tiempos, personas que habían ayudado a que Baileaghráid fuera lo que era en ese momento. Supongo que mi subconsciente sí que sabía dónde iba, aunque yo pretendiera seguir pensando que estaba perdida. Como dijo Tolkien: «*Not all those who wander are lost*». «No todos los errantes están perdidos», y extrañamente yo tampoco lo estaba. En ese momento en el que todo parecía derruirse y llegar a su final, yo conseguía mantener la calma, porque ahora sabía mejor que nunca que si pedía ayuda la recibiría.

Cogí aire antes de abrir la puerta del mausoleo familiar. Ocupando la parte central del campo santo y elevándose por encima del resto, el apellido McFàrach lucía grabado en el frío mármol gris sobre la puerta. Dos grandes gárgolas con las alas extendidas lo custodiaban. Los barrotes con filigranas vegetales de la puerta dejaban ver un cristal opaco y a través de este se alcanzaban a vislumbrar algunas velas encendidas. Señal de que mi primo Evans había tenido que consultar algo con su difunto padre. Él sí lo hacía, acudía allí en busca de consejo. Yo, pese a lo mucho

que me atraían los cementerios y sus habitantes, nunca me había visto en esa necesidad.

Alcé la vista al cielo, las nubes abrieron paso a un rayo de sol que llegó directo a la vidriera central donde se dibujaba el búho del escudo familiar. Posé las manos sobre la insignia grabada en el metal de la puerta y empujé. Esta se abrió sin problemas, mostrando los nichos de mis antepasados, bañados por cientos de colores provenientes de la vidriera. Di un paso hacia el interior y entonces una sensación de paz empezó a llenarme, partía de mi corazón y parecía extenderse con cada latido. Seguí el rayo de luz hasta la tumba de mi padre y bajé la cabeza cuando me hallé ante ella. Pasé despacio las yemas de mis dedos por su nombre y me detuve en la fecha de la muerte, recordé el día en que mi madre recibió la llamada. Lo habían encontrado en un callejón de los barrios bajos de Glasgow, nadie sabía cómo había llegado allí. El juego, la bebida, el vicio en general, el causante de la pérdida, él el único culpable. Después llegó el entierro y la lectura del testamento y todas las desgracias que ello conllevó.

Busqué a mi alrededor, en uno de mis paseos por el cementerio, había visto a mi primo sentado en una banqueta frente a su progenitor, enterrado justo al lado del mío. La localicé apoyada en la pared, la coloqué en el centro y me senté. Me sentía extraña, no sabía qué esperar. Me mantuve en silencio durante mucho tiempo, en ocasiones mi mirada paseaba por el resto de tumbas y nombres, algunos como los de Evander, Inés, Ailean me eran conocidos. Incluso podía recordar parte de su historia. Sentí un pellizco de tristeza en la boca del estómago al recordar que no muy lejos de allí se encontraba el mausoleo de los Drummond, la tumba de Elsbeth se dibujó perfectamente en mi cabeza, la foto que la presidía con un rostro que me recordaba mucho a Olivia. Saber que su hermana no podía descansar junto a ella volvió a apenarme. Qué injusta podía ser la vida.

—Seguimos cuidando de Seelie —murmuré como si estuviera frente a ella y volví a guardar silencio.

No sé cuánto tiempo estuve allí simplemente observando la fotografía de mi padre y dejando que me llegaran recuerdos que creí olvidados. Como Agnes había dicho no hacía mucho, no siempre había sido un mal padre.

Escuché unos pasos tras de mí y me giré para ver entrar a Kenneth, no pude evitar sonreír.

—Somos la pareja más rara que conozco —dijo apoyándose en el marco de la puerta.

—¿Qué haces aquí? ¿Cómo me has encontrado? —pregunté con la voz rota por el tiempo que llevaba en silencio.

—Agnes ha venido a la posada hace una hora, estaba preocupada, por lo visto has salido cabalgando tú sola diciendo que ibas a meditar, y Cally Berry está pastando en la entrada.

—Sí. Eso hago.

—Aylin. —Su voz era dulce; como si tuviera miedo de que fuera a salir corriendo, se acercó a mí y se acuclilló haciendo que sus ojos quedaran frente a los míos—. Cariño, está empezando a oscurecer.

—¿He pasado aquí todo el día?

—Eso parece —dijo acariciando con dulzura mi mano.

—Ese de ahí es mi padre.

Se giró para ver la tumba que tenía justo detrás y con voz solemne dijo:

—Un placer, señor. Tiene una hija maravillosa, se ha convertido en una mujer fuerte y digna de admiración.

Lo abracé emocionada no solo por sus palabras, sino por cómo había entendido que necesitaba estar sola. No importaba dónde me había encontrado, otros habrían puesto el grito en el cielo. Como si esa fuera la señal que mi cerebro estaba esperando, una idea cruzó por mi mente. De pronto todo estaba claro, sabía exactamente lo que tenía que hacer y cómo.

—¿Dijiste en serio que me ayudarías a difundir un evento?

—Claro que sí.

—Pues vamos a la posada, ¿sabes cabalgar? No importa, yo te llevo.

Capítulo 14

Kenneth

—No importa, yo te llevo.

Y con esas palabras salimos del mausoleo. No pude evitar echar la vista atrás y observar aquellas tumbas, Aylin tiró suavemente de mi mano.

—Otro día venimos y te presento al resto, te caerán bien, son callados y saben escuchar.

Sonreí abrazándola y dándole un dulce beso en la mejilla, efectivamente éramos la pareja más extraña que conocía.

Iniciamos el camino hacia la salida cogidos de la mano. Fuera, junto a la verja negra de la puerta, nos esperaba la yegua, su color azabache empezaba a fundirse con la oscuridad de la noche.

—¿Estás segura de cabalgar con tan poca luz?

—Cally Berry conoce el camino, enseguida empiezan las primeras casas, está todo controlado. ¿Dónde has dejado tu fantástico farol de luz verde?

Mi mirada la hizo reír. Subió a la yegua y me esperó para que lo hiciera justo detrás.

—Creí que las mujeres McFàrach no cabalgaban.

—Eso era antes, cuando tampoco llevábamos pantalones. Acabo de hablar con ellas y estoy segura de que están orgullosas de mí.

—Todas y cada una, que no te quepa duda.

Aylin inició la marcha a un trote suave, el animal respondía a sus indicaciones, y como había previsto no tardamos en divisar las primeras luces del pueblo. Acercándome más a su oído, dije:

—¿Crees que podrías dar un rodeo hasta la playa?, acabo de descubrir que me gusta que seas tú la que guíes mi camino.

La vi sonreír y se giró para besarme.

—Pues cógete, cielo, porque vamos a empezar a vivir a lo grande.

Cally Berry obedeció a la señal de forma inmediata y empezó a trotar.

Lo disfruté, no solo la sensación de libertad que otorgaba el viento, sino de ver por fin a una

Aylin decidida. Algo había cambiado en ella esos días al abrirse más conmigo. La sentía más segura de sí misma. Al conocerla me había parecido una mujer decidida y que sabía lo que quería, pero algo le impedía conseguirlo. Ahora era imponente, firme, certera, poderosa.

Llegamos a la posada de Logan, ayudé a Aylin a acomodar a la yegua en los establos y entramos por la puerta de atrás. Todo el mundo nos esperaba en el salón. Al encontrarla en el mausoleo le había mandado un mensaje a mi hermano para que supieran que estaba con ella y se tranquilizaran. Aun así, cuando entramos, Evans, Logan y Olivia se echaron a sus brazos.

—Hola —dijo Aylin como si la recibieran después de un largo viaje.

—¿Hola? ¿Sabes lo preocupada que estaba por ti?

—Olivia, necesitaba pensar.

—Has desaparecido todo el día. —La voz de Evans era pausada pero dura—. ¿Dónde estabas?

—Ahora os lo cuento, pero igual te asustas más.

—¿Por qué?

—Porque con lo rara que es fijo que estaba en el cementerio o al borde del acantilado, cualquiera de las dos me parecen válidas.

—Te crees muy listo, McLean. —Chascó la lengua y los volvió a abrazar. Cuando se separó de ellos nos miró a todos despacio y dijo—: Estaba en el mausoleo familiar trazando un plan y ahora os necesito a todos.

Nadie dijo nada más, instantes después todos teníamos un vaso de whisky en la mano y estábamos sentados alrededor de ella mientras nos relataba el plan a realizar.

Capítulo 15

Aylin

Volví a repasar punto por punto la lista mental de tareas a la vez que me miraba en el espejo analizando mi atuendo. Al primer vestido diseñado y cosido por mí había tenido que realizarle algunos ajustes, la Aylin de quince años tenía menos pecho y caderas, por lo demás me quedaba perfecto. Ni siquiera se notaba el paso del tiempo en el diseño.

Alguien llamó al timbre y bajé para abrir, a cada paso que daba tenía la sensación de que andaba una milla. Era un día decisivo; si aquello salía bien podríamos seguir adelante, al menos esa era la idea, pero si salía mal, todo el pueblo se vería afectado.

Fuera me esperaba Olivia, mi amiga incondicional con la que siempre podía contar. Iba preciosa con una falda a cuadros y una camisa blanca, como una versión femenina de su hermano.

—¿Te gusta? —preguntó dando una vuelta—. Lo escogí yo misma.

—Estás fabulosa.

—Tú sí que lo estás, me encanta ese vestido. ¿No es el que te hiciste para el baile de graduación?

—Sí, el mismo que no utilicé porque Thomas Clifford decidió llevar a otra en mi lugar en el último momento. Me quedé compuesta y sin acompañante.

—Lo recuerdo, ¿no terminaste la noche con Evans y mi hermano?

—Ellos dos y Bryden, los únicos hombres que jamás me han fallado pese a todo lo que hemos vivido juntos.

—Creo que ahora puedes sumar a Kenneth y Aidan.

—Sí. Hablando de Aidan, vayamos ya a la posada, creo que le di demasiada responsabilidad el otro día y he estado tan liada con todo que no le he preguntado si necesitaba ayuda.

—Cielo, lo último que necesitan ese chico y su hermano es ayuda. Son formidables, cuando veas la que han liado en solo dos días vas a alucinar. Por cierto, ¿qué hicisteis esa noche los tres solos? Nunca me lo habéis contado.

—Le pinchamos las ruedas del coche a Thomas —confesé después de haber guardado silencio todos esos años. Reí ante su mirada de estupefacción—. Las cuatro. Tuvo que llamar a su padre para que los recogiera en el Pico de los Amantes.

—Aylin McFàrach, ¿crees que una dama proveniente de alta cuna como tú puede ir por la vida haciendo tales fechorías?

—Sí —dije con firmeza, y Olivia soltó una carcajada.

—Claro que sí, bien merecido lo tenía ese idiota. Vamos, que nos están esperando.

Llegamos a la taberna de Logan, extrañamente vacía, salvo por Alba, que esperaba ansiosa nuestra llegada. La abracé con cariño y nos sentamos en dos taburetes que habían colocado frente a las escaleras. Miré a Olivia.

—¿Qué es todo esto?

Antes de que ella me pudiera responder, la voz de Aidan sonó desde arriba.

—Bienvenidos al primer gran desfile de moda de Baileaghràid, donde haremos un viaje en el tiempo desde nuestros inicios como guerreros defensores de nuestra tierra hasta la época actual.

Escuché a alguien batallar arriba, voces discutiendo algo a última hora que no llegaba a entender, volví a identificar la de Aidan.

—... Porque estás que lo rompes, eres perfecto para ese traje y además estás cañón. Que no se le discute al organizador del desfile, bajas y punto.

Instantes después, Logan bajaba las escaleras, portaba un atuendo antiguo, era una de las réplicas que Evans había mandado hacer cuando el verano anterior lo contrataron algunas exposiciones por todo el mundo. Hasta nosotras llegó un salvaje guerrero escocés del siglo XVIII. Una vez abajo, empezó a caminar pesadamente, como si en lugar de pasos diera coces.

—¿Qué haces? —preguntó Olivia.

—Los modelos van así, con cara amargada porque llevan años sin probar nada succulento y andando como si fueran los reyes del mundo. —A la vez que hablaba, caminaba por el comedor defendiendo su descripción mientras nosotros reíamos—. Voy a ir así por la pasarela y, cuando llegue al final, atentos, porque entonces veréis el grandísimo modelo que soy.

En ese momento una idea fugaz cruzó mi mente, y antes de que Alba preguntara dije:

—De eso nada, McLean, no vas a enseñar el culo desde el escenario.

Todos me miraron como si estuviera loca, pero su carcajada confirmó que le había leído la mente.

—¡Logan! —protestó Evans asomándose desde el primer piso.

—¿Qué? Soy un guerrero de las Highlands, así lo hizo Mel Gibson en *Braveheart*.

—Sí, esa película históricamente correcta de principio a fin —dijo con ironía Alba, muerta de risa.

Logan le sacó la lengua y se acercó a mí.

—No haré nada que pueda dañarte, pero no me pidas que sea un estirado allí arriba, no sé cómo voy a reaccionar con tanta gente.

—Sé tú mismo. Solo anda por la pasarela y sitúate al lado de la presentadora. No importa si vas muy rápido por los nervios o si se te olvida sonreír.

Jamás se me habría ocurrido pedirle algo así; a pesar de todo lo bravucón que era, nunca le había gustado ser el centro de atención. Sabía que estaba haciendo esto solo para salvar al pueblo de la ruina. Me abrazó y yo murmuré:

—Te debo la vida.

—No me debes nada, para una vez que vas a dejar que te ayudemos. El primer favor es gratis, tú solo aprovecha esto y salva esa fábrica.

—Te prometo que lo haré.

Nos abrazamos de nuevo y entonces un carraspeo llamó la atención de todos. La voz de Aidan continuó su presentación.

—Y no solo tenemos feroces luchadores, los grandes señores siempre se han sentido orgullosos de sus clanes, fieles protectores de su gente y sus castillos.

Evans descendió con dignidad por la escalera, por un momento creí estar viendo a Evander, uno de nuestros antepasados más ilustres y queridos. A juzgar por su cara, a Alba también se lo pareció. El gran *kilt* con los colores del clan McFàrach caía por detrás creando un bamboleo hipnótico y cruzando el pecho por encima de la levita. No pude decir nada más, porque en cuanto llegó a los pies de la escalera, Alba se le tiró encima mientras todos reíamos.

—Necesitamos este atuendo —dijo en lo que pretendía ser un susurro.

Enrojeció al darse cuenta de que la habíamos oído y Evans la abrazó, besándola con pasión.

Toda la taberna se llenó de silbidos y aplausos. Aidan asomaba ya medio cuerpo por la barandilla.

—El año que viene montamos una escena donde el señor del castillo luche por la dama y al final se besan. ¿Contra quién puede luchar?

—Los Dow —dijimos todos los de la planta baja.

—Estupendo, McLean, ya tienes papel.

—¡Ja! Lo último que verán tus ojos de perro pedigüeño será a un McLean con el tartán de los Dow, ni que sea una aproximación. Además, se trata de que gane el McFàrach y hasta la fecha Evans no ha sido capaz de ganarme en un duelo.

—Hace mucho que no lo intentas —respondió Evans cogiendo a su chica de la cintura como si de verdad estuviera protegiéndola de Logan.

—He perdido la oportunidad de simular una batalla por la dama. Alba, sube que te visto ahora mismo como una dama escocesa. ¡Necesito drama!

Los ojos de esta se abrieron al máximo y empezó a negar efusivamente.

—No, no, así está bien, prometo controlarme cuando esté arriba. Eso sí, una vez finalizado el desfile, no contéis con él hasta la cena.

Volvimos a reír. Empezaron a bajar algunas otras personas, desconocidas para mí, pero por lo que me pudo explicar Olivia, eran chicos y chicas que Aidan conocía, estaban dando sus

primeros pinitos en el mundo de la moda. Simulaban el avance en el tiempo y cómo había llegado el *kilt* a nuestros días. Incluso la propia Olivia subió rápidamente para bajar orgullosa.

Cuando llegó el turno de Aidan lo recibió una fuerte ovación, él ya vestía como un chico moderno con *kilt*, demostrando que había un futuro para la prenda.

Me acerqué a él.

—Ha sido un final maravilloso. Eres un broche perfecto para el desfile.

—No, cielo, no. Yo no soy el final. —Me guiñó un ojo y, apartándose un poco, dijo—: Y los grandes señores han perdurado hasta el día de hoy, la elegancia y el saber estar de un pueblo.

Desde arriba de la escalera. Kenneth nos miraba con una expresión extraña y yo no pude contener la emoción. Ese chico no solo me estaba ayudando con la difusión del desfile, sino que además se prestaba a participar sin poner ninguna pega.

Mis ojos subieron por las botas, los calcetines blancos adornados con cintas azul marino; las musculosas pantorrillas las cubría ahora el *kilt* de diferentes tonos de azul con una fina línea en verde. Seguí subiendo para ver la camisa blanca y una chaqueta corta del mismo tono oscuro que el *kilt*. Todo a juego con el azul de sus ojos. Sentí cómo empezaba a faltarme el aire, el corazón amenazaba con salirse por mi garganta y tuve que aferrarme con fuerza a uno de los taburetes cercanos para no desfallecer.

Había empezado a bajar los escalones, mientras nos miraba y con voz de pena decía:

—Lo hice lo mejor que pude, pero creo que algo no está bien puesto.

Evans se adelantó a lo que iba decir:

—Mirad qué hora es. Al final empezará el desfile y todos estaremos aquí. Aylin, revisa que él esté correcto y nosotros vamos a ir tomando posiciones.

Antes de que pudiera darme cuenta, estábamos solos en el salón y Kenneth me miraba del modo más dulce y cariñoso que lo habían hecho jamás. Despacio me acerqué hasta él para comprobar que todo estuviera bien atado.

—Estás perfecto —dije mirándolo fijamente a los ojos.

—¿Piensas que la gente se creará que soy un escocés de las Highlands?

—Desde luego, tienes su valor. Yo sería incapaz de subirme a una pasarela y atraer la atención de cámaras y focos.

—Lo hago por ti.

Tragué saliva y desvié la mirada. Él se acercó, me abrazó y me di cuenta de que estaba temblando. Como si fuera una hoja de árbol que resiste aferrada a la rama en mitad de una tormenta, que se mueve por el viento, pero impide que este la lleve. Esa era yo. Así me sentía, incapaz de dejarme llevar por el amor y cariño de Kenneth.

—Aylin, sé que aterra confiar en alguien cuando la gente no ha hecho más que fallarte. Comprendo que has sufrido demasiado.

—No más que otras personas, pero mi manera de protegerme fue aislarme de todo, creer que estaba sola aunque haya personas que me demuestran constantemente que no era así, como tú o

ellos. Kenneth, te agradeceré eternamente esto que estás haciendo por mí.

—Por nosotros. Este pueblo me ha acogido como uno más, me ha dado un lugar de paz para vivir y no voy a permitir que pierda una de sus mayores fuentes de ingresos. Además, estás tú. —Acarició mi pómulos con el pulgar—. Mi dulce y sexy Aylin.

Esas palabras me hicieron estremecer. Como si no fueran suficiente, se acercó y me dio un beso. Dulce al principio, que intensifiqué abrazándome a él. Un «te quiero» se quedó atascado en mi garganta, pero debió salir gritando por mis ojos porque él sonrió y, volviéndome a besar con ternura, dijo:

—Lo sé, y también sé que es demasiado pronto para decir algo así.

—Para de leerme la mente o tu hermano se queda sin broche final.

—Entonces sí que te odiaría para siempre. Vas a llegar tarde a tu primer desfile, así que, venga, asegurate de que no se me vaya a caer el *kilt* en mitad de la pasarela y vamos.

—Deja que te lo diga, porque necesito que me lo escuches decir antes de salir ahí fuera. —Cogí aire—. Gracias, no solo por estar dispuesto a pasar por esto, sino por mostrarme que estaba siendo irracional y me estaba aislando sin pretenderlo. Por enseñarme que no todo el que se acerca a mí lo hace con malas intenciones. Pero sobre todo, gracias por quererme bien. Lo que ocurrió hace unos días no volverá a pasar, porque ahora sé que cuando empiece a sentirme superada puedo hablar con mi gente, y eso te incluye. Habrá momentos en que me ayudaréis a salir del pozo y otros en los que me acompañaréis para que lo haga sola. Es lo bonito de confiar en las personas. —Lo abracé de nuevo y él me dio un beso en la cabeza—. Gracias por quererme con tanta paciencia.

—A ti por aceptarlo y pararte a entender que lo que decíamos lo hacíamos siempre por tu bien.

Salimos y anduvimos hasta la plaza por caminos secundarios, tratando de que nos viera la menor gente posible. Al llegar, vi que estaba allí todo el pueblo, una mezcla de orgullo y desilusión se instauró en la boca del estómago.

—¿Qué ocurre? —preguntó Olivia ya a mi lado.

—Hay mucha gente.

—¿Esa es tu cara de pánico escénico? —dijo Aidan, que ya se había hecho con el micrófono y se lo daba a Olivia, por lo visto ella iba a ser la encargada de presentar el desfile.

—No —murmuró Logan—. Es su cara de «hemos hecho lo posible, es maravilloso, pero estamos los de siempre».

Miré a mi amigo, demasiadas noches y confidencias compartidas para ocultarle algo.

—Ah. —El modelo sonrió—. Eso es porque tu público no está aquí.

Lo miré sin entender.

—¿Cómo dices?

—Era una locura querer que en solo dos días la gente viniera, hay algunas caras nuevas, claro, pero, cielo, lo importante es esto. —Me mostró la pantalla de su móvil a la vez que señalaba a dos puntos cerca del escenario—. Estamos emitiendo el desfile en *streaming* en mi canal de

Twitch, millón y medio de seguidores, ahora mismo cien mil personas están viendo cómo mis amigos se terminan de preparar y les enseñan lo maravilloso del lugar. Hemos explicado que los diseños están creados por mujeres de Baileaghràid. Me he permitido decir que participo en la organización. Es que algo tenía que agregar para justificar el directo, espero que no te parezca mal.

—Es que la organización del desfile es tuya, yo solo puse las prendas. La historia que cuentan y cómo es cosa tuya. ¿Estás tan orgulloso de esto como para añadir tu nombre?

Me miró sorprendido.

—¿Vas de coña? Por supuesto que sí. Tienes una fábrica de telas maravillosa, dirigida por y para el pueblo. Diseños únicos a una calidad excelente y un precio muy competitivo. Eres un ejemplo a seguir.

—Esto lo has conseguido tú —dije señalando el móvil.

—Y no serviría de nada sin todo el trabajo que has hecho detrás, de hecho me he encargado personalmente que se vea.

—¿Qué has hecho?

—Pedí voluntarias entre tus trabajadoras y ahora mismo algunas de mis amigas las están entrevistando. No es mi éxito, Aylin, es vuestro y será un honor que me dejes ayudarte a que tu fábrica sea la más conocida de Escocia. No sé, tal vez crear una sección especial en mi canal: «Un modelo en Baileaghràid».

Abrió las manos frente a nuestras caras como si de pronto fueran a aparecer las letras del título. No pude evitar una carcajada.

—¿Qué dices?

—No sé, le daremos una vuelta. Ah, y que sepas que algunos de los *influencers* han dejado tirado a tu amigo Scott. No, no hicimos nada para conseguirlo, es lo que tiene racanear y mentir, que al final te pillan. Por lo visto les prometió que los verían grandes diseñadores y adivina dónde están esos diseñadores. Exacto, a la otra parte de esta pantallita. Así que, vamos, empieza la fiesta y tú vas fabulosa. Prepárate porque tu broche final vendrá a por ti una vez finalice su pase y te subirá al escenario, quiero veros desfilas por la pasarela como lo que sois, mi mayor descubrimiento.

No protesté, lo último que quería era desfilas frente a miles de personas que me verían desde sus casas, pero estábamos todos en el mismo barco. Ocupé el lugar que me habían reservado, un asiento desde el que podía disfrutar de las creaciones, y me olvidé de todo. Centré todas mis fuerzas en ver a mis amigos desfilas y para mi sorpresa, y la suya, disfrutar del evento. El público estaba completamente dentro del espectáculo. Vitoreaban a los nuestros y aplaudían felices a los futuros modelos.

Reí cuando una de las amigas de Aidan, encargada del chat del directo, vino hasta mí para enseñarme cómo las chicas se habían vuelto locas al ver a Logan hacer el guerrero en el escenario.

—Ya tiene club de fans —dijo entre risas.

—Madre mía, no habrá quién lo soporte esta noche.

La música marcó la entrada de Kenneth, que caminó por la pasarela como un profesional. Una vez terminado su pase volvió hacia nosotras, yo lo esperaba llena de nervios a los pies de la escalera, me tendió una mano y, al ver que dudaba, me dijo:

—Deja que ahora te guíe yo. Es un camino seguro.

Y lo hice, aferré su mano, subí los tres escalones que me separaban del suelo y anduve hasta el escenario a su lado. Disfruté de los aplausos y gritos de mi gente. Una vez junto a Olivia, esta me recibió con un abrazo. Entonces una de las chicas que portaba la cámara le hizo una señal y se acercó para escuchar algo que le susurró al oído. Mi amiga volvió a coger el micrófono para decir:

—Tengo una buena noticia para vosotros. El lunes vais a tener que poneros manos a la obra, la colección ha gustado tanto que ya la tenemos vendida y con varios pedidos en cola.

Mis trabajadoras lanzaron un grito de alegría, en la puerta de la tienda vi a Agnes abrazar a Madeline y no pude reprimir unas lágrimas de emoción.

—Gracias. Gracias a todos.

Ese fue todo mi discurso, pues pronto la emoción bloqueó mi garganta y no pude decir nada más.

Hicimos la despedida grupal desde el escenario y volvimos a la posada para cambiarnos y seguir con la fiesta. Algunos de los modelos más actuales pidieron permiso para quedarse así vestidos, por supuesto se lo di.

Una vez que todos estuvieron en la planta baja con las primeras cervezas, subí a la habitación para recogerla y trasladar las prendas a la tienda. Estaba tan concentrada en la tarea que no escuché la puerta cerrándose tras de mí y di un pequeño salto al escuchar a Kenneth.

—Ha sido todo un éxito.

Seguía vestido para el desfile.

—¿No te vas a poner tu ropa?

—La verdad es que no, hay algo liberador en esto del *kilt*. Además, no se me ha pasado por alto el modo en que me miras.

—Vaya, me has descubierto. Eres el inglés más sexy que conozco.

Me acerqué a él y lo abracé, nos fundimos en un beso lleno de amor.

—Voy a ponerme a investigar, seguro que si retrocedo lo suficiente debo tener un porcentaje de sangre escocesa que justifique todo esto.

Apoyé mi rostro en su pecho y escuché su corazón. Sus latidos marcaban el inicio de algo prometedor.

Epílogo

Kenneth

Cinco meses después.

Observé el mar desde la ventana de mi despacho. Hacía una semana que se habían ido los obreros y por fin podía disfrutar de la calma del lugar. Sin nadie dando golpes o gritos, solo las olas rompiéndose en un constante contra la orilla y yo.

El móvil vibró. Abrí el mensaje de Aidan, sonreía desde algún lugar de Italia donde tenía una reunión con algunas personas importantes del mundo de la moda. Después del desfile improvisado de Aylin su trabajo había llegado a una nueva etapa. Había disfrutado tanto llevándolo a cabo que se estaba planteando seriamente hacerlo su nueva faceta. Le respondí con palabras de ánimo, el tiempo que había pasado conmigo en Baileaghràid me había hecho ver lo mucho que lo echaba de menos cuando no estaba.

Estaba pensando en hacerme un café y ponerme a leer cuando sonó el timbre. Bajé la escalera de caracol, el salón estaba inundado de la luz del sol. Había sido una gran idea hacer que una de las paredes, la que daba al majestuoso mar del Norte, fuera todo un ventanal. Tenía una vista panorámica de una de las grandes maravillas de la naturaleza.

Abrí la puerta para encontrarme con una radiante Aylin. Llevaba un precioso abrigo capa, muy de moda ese invierno, hecho con una de las telas de la fábrica, y el pelo recogido. Algunos de los mechones escapaban rebeldes rozando su delicada piel. Fue verla y encenderme, la atraje hacia mí cogiéndola por la cintura, y besé sus labios para seguir por su largo cuello.

Ella rio y rodeó mi cuello con los brazos, haciendo fuerza en mis hombros para que la cogiera y diera una vuelta en el aire. La bolsa que portaba golpeó mi espalda.

Cuando la vuelta terminó y la dejé en el suelo, dirigí la mirada hacia la bolsa.

—¿Qué traes?

—¿Esto? Es un regalo para que empieces a decorar las paredes de tu nueva casa.

Sonreí. Hacía un par de noches, mientras disfrutábamos de la vista del mar desde el sofá, después de hacer el amor, le había comentado que quería decorar esa casa con experiencias.

Dejar las paredes en blanco hasta que, poco a poco, la vida en ese lugar las fuera llenando. Ahora estaba frente a mí con una bolsa de papel blanca y su mejor sonrisa.

—No creas que no te escuché la otra noche. Es solo que creo que ya tienes recuerdos para empezar a decorar.

Me llevó de la mano hasta el sofá y nos sentamos ladeados para poder mirarnos a los ojos. Abrió la bolsa y sacó un paquete envuelto en un elegante papel gris claro. Lo abrí deseoso de saber qué era y sonreí al ver la recreación de una fotografía antigua.

—Es un retrato de Seelie. Logan lo tiene en su casa y mandé hacer una reproducción.

—Es estupendo. ¿Soy yo o se parece mucho a Olivia?

—¿A que sí? Siempre me pareció sorprendente. Tal vez es la razón por la que Logan se siente tan unido. No sé. Bueno, abre el resto.

Saqué otro de los paquetes, una de las fotos que nos habíamos tomado en nuestra primera cita. Estaba editada en blanco y negro, detrás de nosotros la verja del cementerio de Greyfriars, yo la abrazaba por detrás y ambos sonreíamos a la cámara.

—La puedes poner en el despacho o donde te guste. Pensé que podría marcar el inicio.

Cogí su rostro entre mis manos y la besé.

—Gracias. No solo es una foto maravillosa, sino que tienes razón, es un principio y justo el recuerdo que necesito para empezar.

—Hay más, espera a verlo todo.

Me alargó otro regalo igual que el anterior, dejé el cuadro junto al de Seelie en la mesita de café que teníamos delante y, con manos temblorosas, abrí el que me ofrecía. La miré sorprendido al ver una foto parecida a la anterior, solo que esta vez era con Cat.

—Aylin..., no entiendo.

Cogió mis manos entre las suyas, evitando que temblara más.

—Hablé con Aidan y me dijo que esta era tu foto favorita con ella.

—Sí, pero...

—Kenneth, antes de nuestra primera cita me hablaste de ella y de las razones que habías tenido para no avanzar ese día y te lo agradezco. Fue muy considerado por tu parte que hicieras eso. Eres un hombre maravilloso, pero no tienes que olvidarte de ella para quererme a mí. Ella formó parte de tu vida y no la vas a olvidar, ni quiero que lo hagas. Está aquí —dijo posando su mano en mi pecho— y debe quedarse. Demuestra que el amor de verdad no se olvida, se transforma y perdura. No me siento la otra, me siento afortunada de compartir contigo esta parte de tu camino. Decide tú si quieres mostrarlo o no, si prefieres guardarlo porque te duele verla lo entenderé, pero quiero que sepas que siempre que necesites hablar de Cat aquí estaré.

—Eres mejor de lo que imaginaba. Aylin, esto es una muestra de confianza enorme. Gracias por entender que jamás serás una sustituta.

—A ti por demostrar que así es.

Volví a besarla, dejando el cuadro junto a los otros en la mesa y recostándola en el sofá. Podía

haber esperado cualquier cosa, pero jamás algo como eso. Cuando mis manos empezaron a subir la falda, ella rio.

—Espera, que tengo otra cosa.

—¿Más?

—Sí. —Nos incorporamos y ella cogió los tres cuadros para colocarlos en orden—. Digamos que este sería el orden de tus recuerdos, el pasado, el presente y... bueno, esto es un poco más complicado.

Ahora era ella la que estaba nerviosa, hice que me mirara alzando su mentón.

—¿Quieres hablar del futuro? Aylin, podemos hacer lo que queramos, que esta casa esté terminada no significa que debemos tomar una decisión sobre dónde vivir o qué paso dar.

Negó con la cabeza y después sacó un paquete parecido a los demás, pero más pequeño, cuadrado, y el papel era azul cielo con nubes. Lo miré extrañado.

—Abre este y me entenderás.

Lo abrí y estaba boca abajo, al darle la vuelta contemplé lo que parecía ser una ecografía. La miré con los ojos abiertos, ella arrugó la nariz.

—No nos hemos cuidado mucho y...

No terminó, no pudo, la besé con todo el amor que sentía, sin dejarme ni un gramo. La abracé hundiéndola en mi pecho y acariciando su espalda, sus hombros y sus brazos. Las manos fueron solas por su cuerpo hasta posarse en su bajo vientre con dulzura.

—De esto no habíamos hablado —murmuré—. No sé si querías tener hijos o si te lo habías planteado.

—Estaba muy ocupada salvando la fábrica para pensar en tener familia, pero cuando ayer fui al médico y me lo dijo...

—¿Por qué no me llamaste para que te acompañara?

—No pensé que me fuera a decir esto. Fui porque tenía una revisión rutinaria y le dije que pensaba que estaba pagando el estrés que había vivido con la inauguración de la tienda y el desfile. Ella me comentó que podía ser lo normal, pero que de todos modos iba a ver si no había otra causa.

—La había.

Rio.

—Sí, y me puse feliz. Podría decirte que me asusté o que dudé, pero no fue así. Lo primero que sentí fue felicidad. Luego incredulidad porque pasara tan rápido, pero supongo que estas cosas son así a veces.

Volví a abrazarla.

—Me alegro de que te pusieras feliz, porque yo también lo estoy.

Dejé el cuadro junto a nuestra foto. No podía decir que estaba preparado para lo que iba a llegar, pero sí que lo estaría en su momento. Que pasara lo que pasara esa nueva persona tendría una familia y un lugar al que llamar «hogar».

Cogí a Aylin en brazos y ella dio un pequeño grito sujetándose a mi cuello.

—¿Dónde vas? ¿Qué vas a hacer?

—Lo único que me apetece hacer en estos momentos. Amarte.

Hizo una pequeña risita ocultándose en mi cuello y besándolo.

Paré al llegar arriba de las escaleras y la miré a los ojos.

—Te quiero, Aylin McFàrach.

—Te quiero, Kenneth Murray.

Nota de autora

Escribir a Aylin ha sido una de las mejores cosas que he hecho en los últimos meses. Si con Evans la cosa fluyó sin problemas, con su prima ha sido casi mejor. Confieso que es de las pocas historias, por no decir la única, que escribí de forma lineal. Generalmente cuando estoy escribiendo, en mi cabeza se van dibujando escenas y yo me dejo llevar y las escribo sin pararme a pensar si es la que va justo después de la última escrita o no. No sería la primera vez que después del primer capítulo escribo de pronto la última escena o incluso el epílogo. La tarea de juntarlas todas y hacer que encajen es un poco abrumadora, pero este es el modo en el que mi cabeza cree que captura mejor la esencia de ese momento. Sin embargo, con Aylin la experiencia ha sido diferente. Su historia me fue llegando en orden, el encuentro con Kenneth, los problemas con la fábrica, todo venía en su determinado momento, sin adelantar acontecimientos. He vivido a tiempo real cómo poco a poco Kenneth perdía el miedo a volver a enamorarse y ella ganaba la confianza de saber que era un hombre bueno. Ha sido una experiencia diferente y muy enriquecedora.

En esta ocasión he decidido documentarme un poco más con los gustos de los protagonistas, por lo que antes de escribirlos leí *El ladrón de cadáveres* y *El fantasma de Canterville*, dos historias que me fascinaron. No descarto que siga indagando un poco más, pues al igual que a Aylin, me pica la curiosidad. Me queda pendiente una revisión de la película de *La cumbre escarlata* y *El retrato de Dorian Gray*, algo que sin duda haré con mucho gusto.

No quiero olvidarme de mencionar las páginas que sigo en Instagram y que me han ayudado muchísimo en la inspiración para alguna de las escenas: Kiltedyogis y HighlandertourScotland. Dos escoceses que me han ayudado mucho a entender a algunos de mis futuros personajes y los videos de los cuales veo con devoción, aunque no entienda gran parte de lo que dicen.

También debo nombrar el canal de Nekane Flisflisher, la cual sigo desde hace años y no dudé en recurrir a ella para meterme un poco en el papel de las sensaciones de presencias y fantasmas. Ha sido su video del cementerio de Greyfriars el que consiguió que captara el ambiente que podrían vivir los dos protagonistas y me ayudó a trasladarlo a la escena.

Como os he dicho, escribir esta historia ha sido un viaje único el cual he disfrutado de principio a fin. Siempre envió el manuscrito orgullosa de mi trabajo, pero esta vez, además, lo

hago muy feliz.

Me siento muy afortunada de poder mostraros estas historias.

Agradecimientos

A mis betas; creo que es justo, después de diecisiete historias, empezar por vosotras.

A Zahara, por ayudarme con la documentación y referencias de estos dos personajes tan diferentes a lo que suelo escribir y por crear el maravilloso cementerio aquella noche en la que nació Baileaghràid.

A Rosalía, siempre dispuesta a comentar y resolver mis dudas. Gracias por esas charlas poslectura, analizando las relaciones y escenas. Son vitamina.

A mi familia, porque siguen al pie del cañón cuando el impostor ataca y me cuidan y quieren como Aylin a Cally Berry, preocupándose por mí, pero dejando que escoja mi camino.

Gracias a todo el equipo de Selecta por su trabajo y dedicación para que este producto llegue en las mejores condiciones a las manos de mis lectores.

Y por supuesto, gracias a ti, lector anónimo, que sigues confiando en mi trabajo para dedicarle tu valioso tiempo libre.

Próximamente



Una promesa al viento

Serie *Sucedió en Escocia* 4

Zahara C. Ordóñez
Ángeles Valero

Capítulo 1

Elsbeth

Baileaghràid, Escocia, 1814

Nighean na gaoithe, así me llamaban las gentes del pueblo. «La muchacha del viento», «la vendedora de vientos favorables». Desde los más ancianos a los más niños sabían que yo tenía

algo especial, que había nacido bendecida por las hadas con un don único, algo que me hacía diferente a los demás. Y es que podía escuchar la voz del viento, su susurro se volvía palabras a mis oídos; un discurso claro y fácilmente interpretable. Y, para ganarme la vida, hablaba con el viento y le preguntaba cómo estaba su ánimo, si ese día soplaría de levante o de poniente; si soplaría enfurecido o sería brisa leve, y el viento contestaba. A veces, incluso, se tornaba a mi favor. Sonreía y me decía: «Hoy seré favorable para el propósito que tú me encomiendes». Viento no exigía ningún sacrificio de mi parte: solo que lo escuchase, y al final se había convertido en un gran compañero para el día a día.

En Baileaghràid necesitábamos el consejo de Viento, pues, aunque había una industria textil incipiente y también una destilería, que daban trabajo al pueblo, una parte de los ingresos locales venía del comercio por mar y de la pesca. Él, cuando se lo proponía, soplabla y soplabla hasta crespas las olas y hacerlas instrumento de tortura. Yo había oído que hubo un tiempo en el que él y la mar fueron amantes y ahora vivían a menudo en disputa. Por eso había días de calma, porque el viento olvidaba las rencillas y acariciaba la mar, y días en los que era mejor no acercarse a la playa.

La historia que cambió mi vida empezó en una de esas jornadas en las que Viento estaba enfadado por algún agravio. En días así yo bajaba a la playa a reunir conchas para él. Las conchas eran una de las cosas favoritas del viento. Le agradaba que las cogiera con una fina cuerda y la colgase de los árboles más cercanos a la playa, formando así curiosos sonajeros que él hacía agitarse despertando una preciosa melodía. Viento era caprichoso; le gustaban muchas cosas.

Sin embargo, tuve que pasarme por la posada, pues era temporada de pesca y los marineros se agolpaban esperando que los recibiera. Mis padres, por todos conocidos como los Drummond, regentaban la posada de Baileaghràid. En un anejo a esta estaba nuestro hogar, bastante amplio y bien adecentado. No éramos tan ricos como los McFàrach, los señores del pueblo, pero no podíamos quejarnos. La vida nos tenía en consideración y nada nos faltaba.

La posada era también grande, con espacio para los viajeros, pues eran muchos los que visitaban nuestra ciudad; en su mayoría comerciantes o aventureros inspirados por las viejas leyendas de nuestros bosques, las ruinas de la abadía o el viejo castillo. En los últimos años nos habíamos hecho famosos gracias a los libros de la señora McFàrach, lady Eilean Mo Chridhe, doña Inés, una afamada escritora que plasmaba con su pluma algunas de las leyendas locales más famosas.

En las dos plantas superiores estaban las habitaciones; en la inferior, la taberna, con su lustrosa barra de abedul, su gran chimenea y un montón de mesas y taburetes en las que los parroquianos pasaban horas y horas, gastando el dinero y el alma en whisky y juegos de dados y cartas. En las noches más frías, que eran casi todas siendo un pueblo de Escocia, alguien siempre se arrancaba a cantar y hasta el fuego de la chimenea bailaba.

Yo estaba sentada cerca, al calor de las llamas. El día había amanecido frío, helándonos los

huesos.

—Niña, dime, ¿podremos salir mañana a faenar? —preguntó el hombre al que atendía.

Miré por la ventana unos instantes, contemplando el cielo gris al que los jirones de nube ennegrecían aún más, y volví la vista al marinero. De no haber sabido su verdadera edad habría jurado que tenía por lo menos sesenta años, y es que el mar desgastaba a los hombres tanto como a las rocas.

—Señor McAlister, creo que... —Volví a mirar fuera. Las ramas de los árboles del bosque colindante se agitaban vapuleadas por un aire salvaje.

—No. —La voz de Viento sonó firme en mi cabeza.

—No.

La decepción se dibujó en el rostro del hombre, que apretó su viejo sombrero entre las manos, al tiempo que tenía los codos apoyados en la mesa de madera. Ajada por los años, desprendía un fuerte olor a whisky por las veces que sobre él lo habían derramado los borrachos que no atinaban a beber. En realidad, todo olía allí a agua de vida, hasta el vino.

—Hace una semana ya que no salimos a la mar. La gente necesita comer. Véndeme uno de tus vientos favorables, Elsbeth.

Sacó unas monedas del bolsillo y las colocó sobre la superficie. Las conté en un parpadeo: era más de lo que yo solía cobrar.

—No.

—Los hombres necesitan pescar —le contesté a la voz de mi cabeza.

El marinero arrugó la nariz, aunque al momento debió recordar que era habitual en mí hablar «sola», por lo que el rostro se le relajó y me miró con calma.

—*Y pescarán. Dentro de tres días.*

Viento entendía de la importancia del dinero y lo mucho que yo lo necesitaba. Quería ir a estudiar a una de esas escuelas de prestigio para convertirme en institutriz. Nada me apasionaba más que dar clases a niños. A veces pasaba algunas horas cuidando de los hijos de los vecinos solo para calmar esa ansia.

—Si le vendo un viento favorable no podrá ser para hoy. Tendrá que esperar al menos tres días.

—Tres días... —El hombre sopesó las opciones con la mirada clavada en las monedas—. Es demasiado tiempo. ¿Qué haremos hasta entonces?

—Descansar, les irá bien.

Miré la cola de gente que esperaba para hablar conmigo y tuve que guardarme las ganas de resoplar. Yo también necesitaba unos días de asueto. Momentos para mí en los que no tuviera que pensar en otra cosa que no fuera en tenderme sobre la arena a admirar la belleza del cielo azul en un día claro.

—A todos nos viene bien un poco de descanso a veces —añadí.

El marinero frunció los labios y después llevó la mano al dinero. Pensé que lo retiraría, que se

levantaría enfadado y se marcharía; sin embargo, solo cogió la mitad para guardarla en el bolsillo.

—Tres días, Elsbeth Drummond. Ni un segundo más —amenazó, poniéndose en pie.

Soporté su dura mirada mientras asentía y tomé un poco de aire en tanto que se marchaba. El siguiente en la fila se sentó al momento frente a mí: una jovencita hecha un manojo de nervios que resultaba ser mi única hermana. La bonita Seelie Drummond. Tenía el cabello de un castaño meloso y era famosa por la belleza de sus ojos y por la buena maña que se daba en coser. Había elaborado vestidos incluso para la señora del castillo. Llevaba la vista a un lado y a otro y, en un susurro, me dijo:

—Necesito que mi vestido favorito se seque para esta noche.

Alcé las cejas.

—¿Tu vestido?

—¿Es que no lo sabes? Ha vuelto Lucas McLean de la guerra. Quiero que me vea más hermosa que nunca.

Mi hermana mayor había estado enamorada de él desde que tenía uso de razón a pesar de que sabía que era imposible que estuvieran juntos porque entre los McLean y los Drummond había una enemistad enquistada por siglos. El origen de esta se perdía en los albores del tiempo, allá por la época de Robert the Bruce, algo a causa de un cambio de lealtades. Pese a eso, seguían conviviendo en el mismo pueblo y sirviendo al mismo señor sin que la sangre hubiera vuelto a ser derramada, por más que las malas palabras sí que lo hicieran. Pero sus viejas rencillas habían convertido a mi hermana y a Lucas en una suerte de Romeo y Julieta escoceses.

—Seelie, *bonnie* Seelie..., sabes que nuestros padres no quieren que te veas con él.

Se acercó un poco más, miró a un lado y otro y, al notar que la gente de la taberna andaba a sus cosas, dijo:

—Me importa un pimiento lo que piensen padre y madre. Estaré con él, les guste o no. —Extrajo de una de sus mangas un saquito y lo puso frente a mí, sobre la mesa—. Traigo dinero para pagarte.

—No me vas a pagar, eres mi hermana. —Empujé el dinero hacia ella.

Insistió en acercármelo.

—Véndeme para hoy tu mejor viento favorable.

Solté un suspiro. Seelie era bien cabezota y no cejaría en su empeño. Se quedaría allí sentada irritando al resto de los presentes, sin que la cola pudiera avanzar y sin que yo pudiera irme a cenar.

—No sé si será posible. El viento no está hoy en disposición de conceder muchos favores.

—¿Acaso no ha estado nunca enamorado el viento? Lo hará por el amor.

—*Mejor que no vaya por ahí, porque ese asunto me irrita.*

—No vayas por ahí. —Sonreí nerviosa.

Miré a mi hermana a punto de lanzarle de nuevo una negativa, pues pensé que Viento no le

daría tregua alguna, hasta que dijo:

—*Quiero que llame a su primer hijo como yo.*

—¿Qué? —Carraspeé. Era lo más raro que el viento me había pedido jamás.

—*Me has oído bien. Que prometa que lo hará y su vestido se secará en un par de horas, si es que lo tiende en la rama de un tejo.*

Le di las instrucciones a mi hermana, que atendió a ellas con un rápido e incesante parpadeo, como si no estuviera creyéndome. No obstante, al poco pareció caer en algo que la complació:

—Nuestro primer hijo... —susurró soñadora—. ¡Hecho!

Se puso en pie con brío y me besó en la frente, cogiéndome la cara con ambas manos hasta espachurrarme los rollizos mofletes. Tras esa celebración, salió corriendo de allí a toda prisa y no pude más que soltar un largo suspiro. Su obstinación por el joven McLean no iba a llevarnos a buen puerto, de eso estaba segura. No había viento favorable que le pudiera vender para que eso saliera bien, siendo que las familias se odiaban. Sin embargo, había algo que me daba gran curiosidad; y mientras el siguiente de los clientes tomaba asiento, me rondó la cabeza. El viento tenía poderes de adivino y si había hecho tal petición es porque sabía que ese niño llegaría.

Ceñuda, miré hacia la ventana. Vi a mi hermana correr sujetándose los bajos de la falda, calle abajo, y volví a suspirar.

—Elsbeth. —La voz de otra clienta me reclamó—. Elsbeth, necesito de tu ayuda urgentemente.

Y mientras ella me contaba sus problemas, y también la siguiente docena de personas, se hizo de noche. Ese día había recaudado una buena suma de dinero, así que me dispuse a contarla ya en la tranquilidad de mi cuarto. Amontone las monedas mientras escribía la cantidad en mi pequeña libreta de cuentas.

Siempre había sido muy organizada, y avispada, cabe decir. Había aprendido a valerme por mí misma y a hacer muchas cosas. La señora McFàrach poseía una estupenda biblioteca y a menudo me dejaba estar allí. Leía sobre tantas cosas que me sentí un pez pequeño en un mar enorme. Por más libros que leyese, más deseaba leer; más quedaban por descubrir. Un océano de páginas en las que las letras eran olas; y mi imaginación, el barco que las surcaba. Nada me gustaba más que leer. Y es que la curiosidad es un fuego que no cesa de alimentarse y, cuanto más leña le echas, más voraz se vuelve.

Guardaba la última moneda en mi caja de ahorros cuando la puerta de mi dormitorio se abrió. Pensé que sería Seelie, con quien lo compartía, que vendría a contarme alguna de sus ensoñaciones, pero resultó ser mi madre.

Mery Drummond había sido bendecida con un bonito cabello castaño, un rostro amable y una sonrisa suficiente como para hacer sonreír a los demás. Y, algo aún más importante que cualquier apariencia física: había sido bendecida con el amor de mi padre, que era devoto servidor de cuanto dijera su esposa. No negaré que vivir bajo el ejemplo de un amor así pone muy altas las expectativas con respecto al matrimonio y con respecto a cómo debe tratar un

hombre a una mujer; y aunque me sentía afortunada como hija, en el fondo sabía que por más que buscase jamás encontraría un amor como el que ellos se tenían. Y, aún menos, después de lo que mi madre venía a decirme.

Sabía que era un asunto serio incluso antes de que abriera la boca, pues se sentó al filo de la cama, muy despacio, y me cogió de las manos mirándome con una sonrisa dulce, paciente.

—Mi querida Elsbeth. ¿No estás cada día más hermosa? —Acarició mi mejilla con cariño—. Nunca pensé que ninguna de mis hijas poseería una belleza tan reseñable. No es que tu padre y yo seamos poco agraciados, pero lo que hemos hecho contigo supera cualquier expectativa. Y a la belleza, querida hija, hay que sacarle partido mientras se es joven.

—¿Sacarle partido? —Sus palabras me hicieron fruncir el ceño.

—Verás. —Bajó la mano de mi mejilla y la colocó junto a la otra, rodeando las mías—. Tu padre quiere verte casada y hemos encontrado un candidato perfecto. Un buen hombre, de buena posición y buenos modales.

Tragué saliva. Incómoda, retiré las manos de las de mi madre y las apoyé en el colchón, a mi espalda.

—Yo no quiero casarme. No todavía.

—En la vida no siempre podemos hacer lo que queremos, querida hija. Dios nos exige sacrificios como buenos cristianos. Y el sacrificio del matrimonio es algo a lo que toda jovencita debe someterse.

—Estoy bien así. Gano lo suficiente como para mantenerme sola y, además, quiero estudiar. Quiero ser institutriz.

—¿Institutriz? —Negó con la cabeza—. Las mujeres de esta familia no hemos sido nunca nada parecido. Siempre hemos tenido un buen marido al lado que garantice nuestra seguridad y estabilidad. —Hizo una pausa en la que me miró algo severa—. Además, ese asunto tuyo de vender vientos favorables... Tienes suerte de que en el pueblo sean supersticiosos, pero tal vez algún día des con alguien que no lo sea y tengas problemas.

—Yo no vendo mentiras. Es verdad que hablo con el viento.

—*Es verdad.*

—Solo es cuestión de suerte que tus predicciones se cumplan. De eso y de la fe de las gentes de Baileaghràid. Algunos viven todavía en la oscuridad de hace unos siglos; sin embargo, querida hija, la Ciencia avanza. Cada día se hacen descubrimientos más maravillosos que nos alejan de la superchería y las creencias absurdas.

—Usted sigue creyendo en Dios a pesar de todo. ¿Por qué no iban ellos a creer en la palabra del viento?

—¡Jovencita! —mi madre replicó muy enfadada. Tal fue su agitación que movió la cabeza de forma brusca y parte del moño se le descompuso, dejando algunos mechones al aire—. No te consiento que faltes así a Dios ni que lo compares con viejas creencias paganas. Cualquier día tendrás un problema por esto que haces. Ya lo verás.

—Pues mientras ese día no llegue seguiré haciéndolo. —Me puse en pie, alejándome de ella para ir a la ventana. Oteé el exterior. En la lejanía podía verse la costa y la incipiente figura del nuevo faro, cuya construcción había dado comienzo unos años antes y empezaba ya a coronar el paisaje. Cuánto me habría gustado estar en su punto más alto sintiendo el azote del viento y no allí, en mi habitación, soportando las exigencias de mi madre—. Y no, no me casaré con alguien que ni siquiera conozco. ¿Es un joven del pueblo?

—Es un capitán de barco. Un marino mercante inglés que trabaja para un español de renombre.

—Inglés... —murmuré con poca gana—. No me gustan los ingleses.

—Este te gusta. Ya has hablado antes con él.

—¿De quién se trata?

—George Dragel. Siempre ha sido muy amable con nosotros y tiene un aspecto más que agradable. Sin duda vuestros hijos serán hermosos.

Recordaba a ese hombre. Hacía una larga ruta desde las Indias Occidentales para comerciar con tabaco y otros productos de Ultramar. Paraba en España, donde se encontraba la naviera dueña del barco, y después continuaba su camino hacia el norte hasta llegar a diferentes puertos de Inglaterra y, por último, Escocia. Debía rondar los treinta años y, ciertamente, su aspecto no era desagradable. No obstante, las veces que lo había visto en la posada bebía por encima de sus posibilidades y siempre acababa en la cama de alguna pobre desgraciada que le vendía el cuerpo a cambio de dinero. El aliento de ese hombre hedía a whisky y desesperación. Como si quisiera más de lo que tenía y la vida no se lo hubiera dado. Como si dentro de él hubiera un plan extraño que se le estuviera pudriendo.

Fruncí los labios y me giré para encararla.

—Madre, usted no lo entiende. Yo no amo a ese hombre. Y tengo otras aspiraciones en la vida que casarme con alguien a quien apenas conozco.

—A amar se aprende, Elsbeth. ¿O es que piensas que tu padre y yo nos casamos enamorados? —Sacudió la cabeza con una negativa—. Ni siquiera me gustaba cuando me reuní con él en la iglesia. Lo encontraba... —Arrugó la nariz—. Lo encontraba poco agraciado.

Los había creído enamorados desde el principio. Eso era nuevo para mí.

—Yo pensé que...

—¿Que nuestro amor surgió como una llama que prendió sin más? No. Nuestro amor se ha construido con el tiempo, el afecto y la confianza, que es como ha de construirse. De nada sirven las cosquillas en el estómago iniciales porque eso no es algo que se mantenga en el tiempo. El amor bebe de otras fuentes, y harías bien en no olvidarlo o caerás en brazos de alguien inadecuado. Como tu hermana —resopló—. Hoy está nerviosa porque ha regresado Lucas McLean, ¿no? Se citará con él.

—N-no sé de qué me habla. —Carraspeé llevando la mirada de nuevo hacia la ventana—. No he hablado con Seelie desde hace días.

—No mientas a tu madre. Ha estado contigo en la posada. A veces te olvidas de que es nuestra y yo trabajo en ella.

Puse los ojos en blanco, evitando que me viera, por supuesto. Mi madre detestaba ese gesto, y de haberme visto hacerlo me habría dado una manta de palos.

Ella soltó un largo suspiro cansado y después noté que iba hacia la puerta. Allí se detuvo, reclamando mi atención.

—Elsbeth.

La miré una vez más, parándome un segundo a observar las arrugas que le surcaban la frente. Eran bonitas.

—¿Sí, madre?

—Mañana llega el barco de George. Vete a dormir y ponte un poco de agua de rosas y de ese aceite de caléndula que te compré. Quiero que tu futuro esposo te vea radiante.

—Me pondré ortigas en la cara —murmuré enfurruñada cuando mi madre cerró la puerta tras de sí.

Casada... ¡Querían que me casase! Yo no... Yo no estaba preparada.

De repente sentí muchísimo frío y la llama de las velas de la estancia se agitó mecida por un viento helado llegado de no supe dónde, pues todo estaba cerrado.

—¿*Vas a casarte*? —La voz de Viento resonó en mi cabeza.

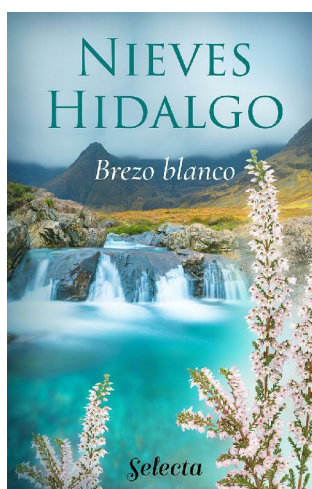
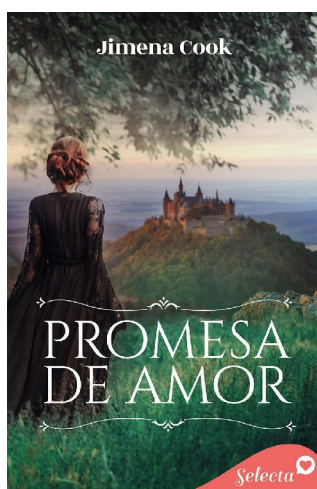
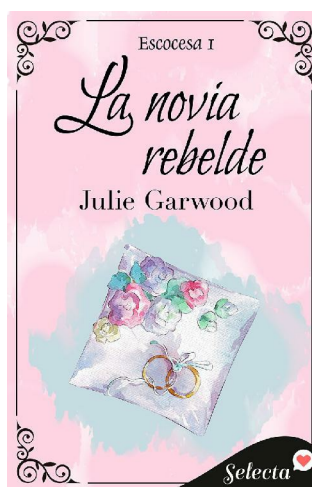
—No puedo deshonorar a mis padres. Ellos... ellos solo quieren lo mejor para mí.

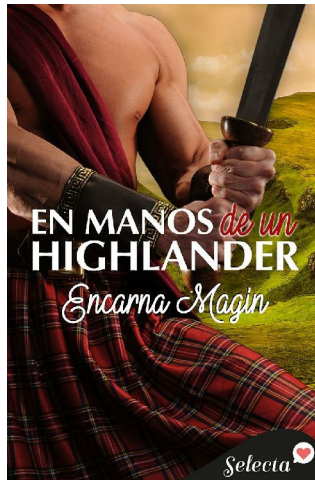
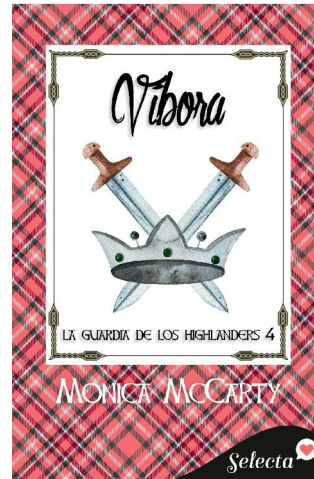
Viento calló. Quizá porque no tenía nada más que decir al respecto o porque no entendía de las exigencias de los padres, pero no dijo nada. Arrastrando los pies, sintiéndome derrotada, me dejé caer en la cama y me hice un ovillo.

¿De verdad iba a sacrificar mi vida por un amor que no sentía? ¿Aprendería a amar a ese tal George, tal y como mi madre había aprendido a amar a mi padre, o viviría la pesadilla de un matrimonio terrible hasta el final de mis días?

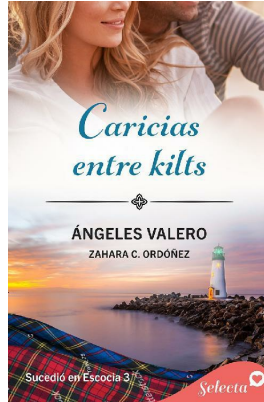
Si te ha gustado
Caricias entre «kilts»

puedes disfrutar de estas





«Entre sorbos de whisky y miradas cómplices, sus corazones encontraron el camino hacia el amor».



Aylin McFàrach es diseñadora de moda. Emprendedora nata, trata de modernizar su fábrica de tejidos y mantener los puestos de trabajo que dan sustento a gran parte del pueblo.

Kenneth Murray, publicista, deja Edimburgo buscando la calma de la naturaleza y se instala en un viejo faro inhabitado desde hace años. Aunque los primeros días son complicados, pronto se siente acogido por las gentes del lugar.

Allí, entre vasos de whisky, Aylin y Kenneth van forjando una amistad... y algo más.

Él se ofrece a ayudarla en su negocio, pero ella quiere hacerlo todo sola, algo que lo saca de sus casillas. Sin embargo, los motivos de ella van mucho más allá de lo que parece en la superficie. **Kenneth se esforzará por bajar las barreras de Aylin hasta que esta le abra su corazón.**

Ángeles Valero (Valencia 1982), es una apasionada de los libros y la escritura. Le encanta viajar a lugares poco conocidos de su tierra y descubrir costumbres, gastronomía, historias o leyendas de la zona para poder plasmarlas en sus novelas. Siempre encuentra una calle misteriosa, un recoveco apartado donde dejar que sus personajes vivan sus historias de amor. Noche de patatas fritas y cerveza es su primera novela, una divertida comedia romántica.

Zahara C. Ordóñez (Jaén, 1983) es una amante de la literatura romántica. Le encantan las novelas de época y el siglo XIX, pero también los escenarios actuales. España es uno de sus lugares favoritos a la hora de ambientar sus obras. Apasionada de la Historia y malagueña de adopción, no concibe la vida sin escribir, sin el mar y sin la música. Cree en el amor y en los finales felices. Para ella, «todo empezó con una tormenta».

Redes sociales:

Twitter: @AzaOrdorm

Instagram: zahara.c.o

Facebook: Zahara C. Ordóñez

Email: zahara.c.or@gmail.com



Penguin
Random House
Grupo Editorial

Edición en formato digital: agosto de 2023

© 2023, Ángeles Valero y Zahara C. Ordóñez

© 2023, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Bárbara Sansó Genovart

Imágenes: Shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-19116-56-7

Conversión digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks

Facebook: SomosSelecta

Twitter: penguinlibros

Instagram: somosselecta

Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores
recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



Penguinlibros.club



Penguin
Random House
Grupo Editorial

   Penguinlibros

[1] Círculo de piedras.

[2] Hoy mi destino, mañana el tuyo.

Índice

[Caricias entre *kilts*](#)

[Capítulo 1. Aylin](#)

[Capítulo 2. Kenneth](#)

[Capítulo 3. Aylin](#)

[Capítulo 4. Kenneth](#)

[Capítulo 5. Aylin](#)

[Capítulo 6. Kenneth](#)

[Capítulo 7. Aylin](#)

[Capítulo 8. Kenneth](#)

[Capítulo 9. Aylin](#)

[Capítulo 10. Kenneth](#)

[Capítulo 11. Aylin](#)

[Capítulo 12. Kenneth](#)

[Capítulo 13. Aylin](#)

[Capítulo 14. Kenneth](#)

[Capítulo 15. Aylin](#)

[Epílogo. Kenneth](#)

[Nota de autora](#)

[Agradecimientos](#)

[Próximamente](#)

[Si te ha gustado esta novela](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre Ángeles Valero](#)

[Créditos](#)

[Notas](#)